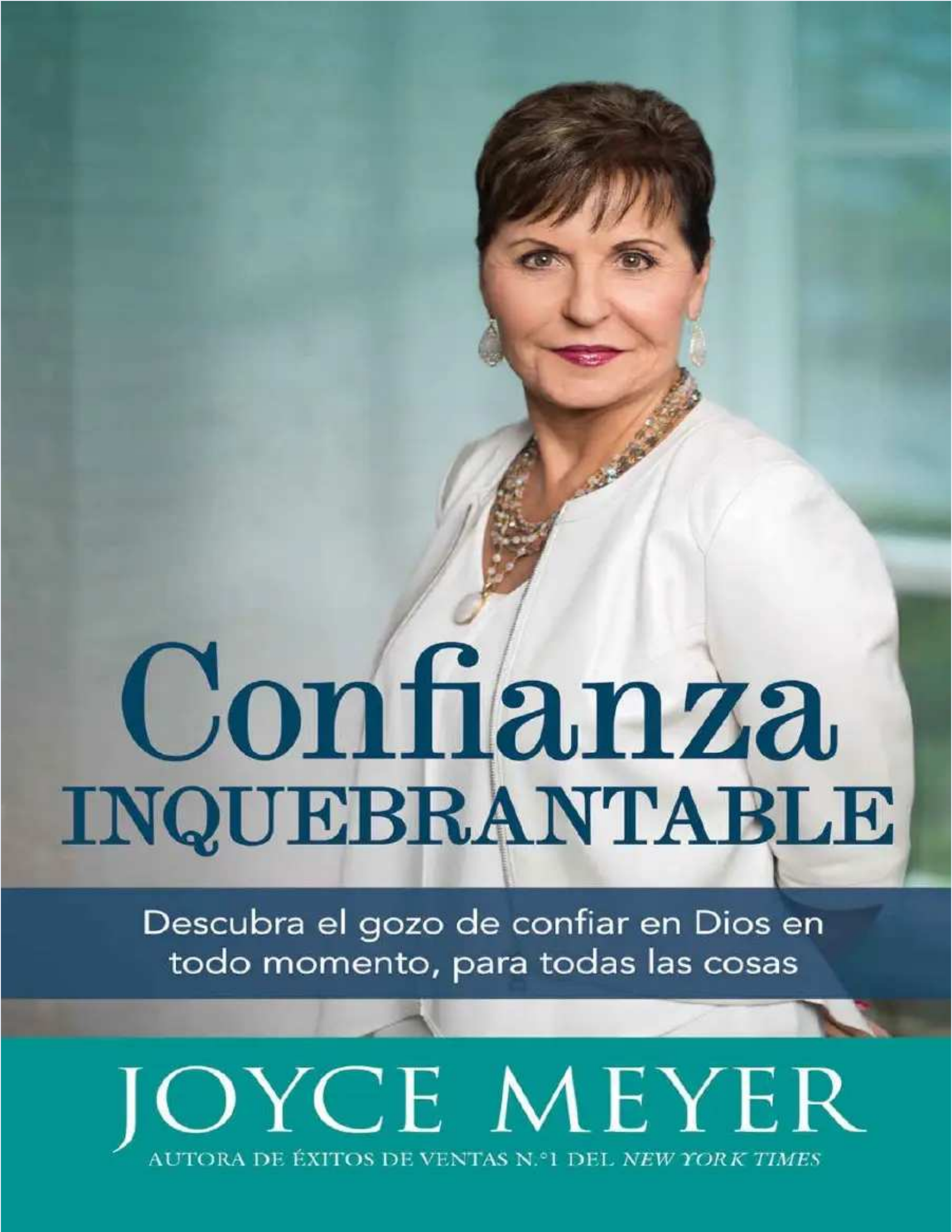


A portrait of Joyce Meyer, a woman with short brown hair, wearing a white jacket, a multi-strand necklace, and earrings. She is smiling slightly and looking towards the camera. The background is a soft-focus indoor setting with a window.

Confianza INQUEBRANTABLE

Descubra el gozo de confiar en Dios en
todo momento, para todas las cosas

JOYCE MEYER

AUTORA DE ÉXITOS DE VENTAS N.º1 DEL *NEW YORK TIMES*

Confianza

INQUEBRANTABLE

JOYCE MEYER



NEW YORK | BOSTON | NASHVILLE

Copyright

Copyright © 2017 por Joyce Meyer

Traducción al español copyright © 2017 por Casa
Creación/Hachette Book Group, Inc.

Traducido por: www.thecreativeme.net (Tr. Peggy Tovar, Ed.

Ernesto Giménez) Diseño de la portada por: Amber Majors
Foto de la autora por: Chad Spickler

Todos los derechos reservados. Salvo los permisos del U.S.
Copyright Act de 1976, ninguna parte de esta publicación será
reproducida, distribuida, o transmitida en cualquier forma o
por cualquier manera, ni será almacenada en cualquier sistema
de recuperación de datos, sin el permiso escrito de la casa

editorial.

A menos que se indique lo contrario, el texto bíblico ha sido
tomado de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades
Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades
Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960® es
una marca registrada de la American Bible Society, y puede
ser usada solamente bajo licencia.

Las citas de la Escritura marcadas (LBLA) corresponden a La Biblia de las Américas © Copyright 1986, 1995, 1997 por The Lockman Foundation. Usada con permiso.

Las citas de la Escritura marcadas (RVR1995) corresponden a la Santa Biblia Reina Valera 1995® © Sociedades Bíblicas Unidas, 1995. Usado con permiso.

Las citas de la Escritura marcadas (BLPH) corresponden a la Santa Biblia, La Palabra, (versión hispanoamericana) © 2010 Texto y Edición, Sociedad Bíblica de España.

El texto bíblico marcado (NVI) ha sido tomado de la Santa Biblia, Nueva Versión Internacional® NVI® Copyright © 1986, 1999, 2015 por Bíblica, Inc.® Usada con permiso. Todos los derechos reservados mundialmente.

Las citas bíblicas marcadas con (JBS) han sido tomadas de Jubilee Bible 2000 (Spanish) Copyright © 2000, 2001, 2012 por LIFE SENTENCE Publishing.

FaithWords

Hachette Book Group

1290 Avenue of the Americas, New York, NY 10104

www.faithwords.com

twitter.com/faithwords

Primera edición: Septiembre 2017

FaithWords es una división de Hachette Book Group, Inc.
El nombre y el logotipo de FaithWords es una marca
registrada de Hachette Book Group, Inc.

La editorial no es responsable de los sitios web (o su
contenido) que no sean propiedad de la editorial.

ISBN 978-1-546-03180-2

E3-20170722-JV-NF

CONTENIDO

Cubierta

Página del título

Derechos de Autor

Introducción

Capítulo 1: ¿Qué es la confianza?

Capítulo 2: La confianza que nos hace descansar

Capítulo 3: ¿En quién puedo confiar?

Capítulo 4: La necesidad de la autosuficiencia

Capítulo 5: Confiar en Dios y hacer el bien (parte1)

Capítulo 6: Confiar en Dios y hacer el bien (parte2)

Capítulo 7: En todo tiempo

Capítulo 8: Si Dios es bueno, ¿por qué sufre la gente?

Capítulo 9: ¿“Permite” Dios el sufrimiento?

Capítulo 10: Las razones de nuestro sufrimiento (parte1)

Capítulo 11: Las razones de nuestro sufrimiento (parte2)

Capítulo 12: Al otro lado del sufrimiento

[Capítulo 13: Día a día](#)

[Capítulo 14: Lo desconocido](#)

[Capítulo 15: En la sala de espera de Dios \(parte1\)](#)

[Capítulo 16: En la sala de espera de Dios \(parte2\)](#)

[Capítulo 17: Cuando Dios guarda silencio](#)

[Capítulo 18: Confiar en Dios en tiempos de cambio](#)

[Capítulo 19: Realmente quiero cambiar](#)

[Capítulo 20: Confiemos en que Dios cambiará a los demás](#)

[Capítulo 21: Lidar con la duda](#)

[Capítulo 22: ¿Cuánta experiencia tiene?](#)

[Capítulo 23: Encomiende todo a Dios](#)

[*Sobre la autora*](#)

[*¿Tenemos una verdadera relación con Jesús?*](#)

[*Notas*](#)

[*Boletines*](#)

INTRODUCCIÓN

No puedo imaginarme un tema sobre el que sea más importante escribir que la confianza en Dios. Este es un tema fundamental, ya que cuando decidimos confiar en Dios los beneficios son innumerables y asombrosos. Confiar en Dios

Desde el principio de este libro quiero subrayar que confiar en Dios no es una obligación, sino un privilegio que Él pone a nuestra disposición. Se nos invita a confiar en Dios, y al hacerlo, le abrimos la puerta a una vida de paz, gozo y provecho.

Añadirle una buena porción de confianza en Dios a todo lo que hacemos nos ayudará a vivir sin preocupaciones, ansiedad, miedo, cavilaciones o estrés. Yo por ejemplo estoy confiada en que Dios me ayudará a escribir este libro. Eso significa que reconozco que no sé todo lo que necesito saber sobre Él y que estoy convencida de que sin Él el libro no será bueno. Dios quiere que dependamos de Él en todo momento y en todo lo que hacemos. Nada es demasiado pequeño para Dios cuando sus hijos están preocupados.

Los seres humanos tendemos a apoyarnos en nosotros mismos y ser autosuficientes, y por ello nos toma algo de

tiempo aprender a confiar en Dios. Parte de la dificultad proviene de nuestras malas experiencias, que a menudo nos enseñan que no siempre se puede confiar en los demás. Pero los caminos de Dios están muy lejos de los de estos individuos y su Palabra nos dice que a causa de su carácter Él no puede mentir o engañar. En este libro espero enseñarle que usted puede aprender a *confiar sin límites* y tener *una fe más allá de la razón*. La confianza total en Dios debe ser nuestra meta, no solo porque honra a Dios sino también porque los beneficios son increíbles.

Dios se complace cuando confiamos en Él. Hebreos 11:6 dice que “sin fe es imposible agradar a Dios”. La fe y la confianza están tan conectadas que no podemos separarlas. La fe es la sustancia que invita a Dios a nuestra vida. A través de ella Él mantiene su presencia en nosotros y nos conecta a Él de una manera poderosa.

Tenemos un enemigo, Satanás, que constantemente está tratando de evitar que tengamos una relación con Dios y que disfrutemos de la vida que Él nos ofrece. Satanás nos tienta con miedos, preocupaciones y ansiedad, pensamientos, estrés, y dudas que alejan nuestra mente de Dios y nos conducen a una vida egocéntrica en la que tratamos desesperadamente de cuidar de nosotros mismos.

El único antídoto para este sufrimiento es una confianza total en Dios. Oro para que al leer este libro usted reciba la gracia de entregarle completamente a Dios todo lo que le preocupa, en toda situación y en todo momento.

Cuando lea y estudie este libro, mantenga este pasaje en

mente:

“Bendito el varón que confía en Jehová, y cuya
confianza es Jehová”.

Jeremías 17:7

CAPÍTULO 1

¿Qué es la confianza?

El principio de la ansiedad es el final de la fe, y el principio de la fe es el final de la ansiedad.

George Mueller

Cuando confiamos en alguien o algo que resulta digno de confianza, eliminamos la ansiedad. Es muy importante entonces aprender lo que es la confianza y cómo debemos confiar. En especial, cómo confiar en Dios.

El diccionario Noah Webster de 1828 define confianza como: "Seguridad; certeza o descanso mental en la integridad, veracidad, justicia, amistad u otro principio sólido de otro individuo".¹ El que pone su confianza en el Señor, estará seguro (ver Proverbios 29:25).

La confianza nos permite vivir sin pesos, cargas o preocupaciones, porque confiamos en que otro lidiará con nuestros problemas. En vez de llevar una carga constante, podemos disfrutar de una seguridad maravillosa en nuestra

alma.

Para poder confiar en Dios y entregarle nuestras preocupaciones a Él, debemos tomar la decisión de hacerlo. El salmista David hablaba frecuentemente de poner nuestra confianza en Dios. La expresión “vestíos” implica acción, y aparece con frecuencia en la Palabra cuando Dios nos da instrucciones específicas como *vestíos de amor*, *vestíos del nuevo hombre*, etcétera (ver Colosenses 3:14; Efesios 4:24).

La Biblia dice “Echa sobre Jehová tu carga [liberándote de ese peso], y él te sustentará...” (Salmo 55:22). Me gusta la idea de soltar el peso de una carga. Muchas veces vivimos con un peso en la mente y el corazón, pero Dios nos invita a disfrutar una mejor calidad de vida que solo alcanzamos si ponemos nuestra confianza en Él. Noah Webster dice que la confianza es un descanso mental. El apóstol Pablo lo confirma cuando dice que quienes creen (confían) en Dios entrarán en su descanso (ver Hebreos 4:3).

Una forma de saber si estamos confiando en Dios más que simplemente tratando de hacerlo, es fijándonos si nuestra alma descansa en la fidelidad de Dios. Si yo digo que confío en Dios, pero llevo continuamente la carga de la preocupación y la ansiedad, quiere decir que no le he dado la carga al Señor. Tal vez lo deseo. Tal vez lo estoy intentando. Pero aún no lo he hecho.

Comprender esto me ha ayudado a aprender que la verdadera confianza en Dios es más que palabras: es soltar el peso de mi carga, una acción decisiva que le da paz a mi alma (a mi mente, mi voluntad y mis emociones). Imagínese que a

todas partes lleva un pesado morral lleno de rocas. Lo lleva al trabajo, al supermercado, a la iglesia. Es una carga pesada, pero la sigue llevando. Ahora imagínese que decide soltarla. Solo piense en lo bien que se sentiría y en lo fácil que sería todo. Eso es lo que ocurre cuando nos preocupamos y llevamos la carga con nosotros, en vez de entregársela a Dios.

Seguimos funcionando y haciendo lo que tenemos que hacer, pero el peso de la carga coloca una gran cantidad de estrés sobre nosotros y dificulta mucho nuestra vida. Usted puede decidir soltar su carga hoy y confiar en Dios. Si lo hace, no se arrepentirá.

Conozco a muchos que afirman confiar en que Dios se hará cargo de sus problemas, pero siguen mostrándose asustados, preocupados y tratando desesperadamente de entender qué es lo que deben hacer. Esto solo demuestra que creen que deben confiar en Dios y que desean hacerlo, pero que aún no lo han hecho. Dicen que confían en Dios, pero están abrumados por las preocupaciones.

He aprendido que la mejor manera de llevar nuestra relación con Dios es confiando en Él. Él ya sabe la verdad, y eso nos ayudará a enfrentarla. Yo pasé muchos años diciendo que confiaba en Dios pero al mismo tiempo me sentía preocupada e infeliz, y ciertamente me ayudó mucho reconocer que la verdadera confianza trae buenos frutos. La confianza produce paz, ¡esa paz que sobrepasa todo entendimiento!

Si no hemos logrado confiar en Dios completamente, es mejor ser honestos con Él. En Marcos 9 hay una buena

historia sobre un padre que anhelaba la sanación de su hijo. Él le dijo a Jesús que creía, pero necesitaba ayuda con su incredulidad (ver Marcos 9:24). Siempre me ha gustado su honestidad, y la buena noticia es que recibió su milagro. A

veces tenemos algo de duda mezclada con nuestra fe. Favorablemente, iremos creciendo y aprendiendo a confiar en Dios cada vez más, pero crecer requiere tiempo y no hay razón para que seamos condenados si nuestra confianza en Dios aún no ha sido perfeccionada.

He estado enseñando la Palabra de Dios durante más de cuarenta años y, sin embargo, he aprendido mucho sobre la confianza en Dios durante el último año. Me imagino que aprenderé mucho más mientras estudio e investigo para este libro.

El carácter de Dios

El diccionario Merriam-Webster.com define «confianza» como: “La creencia de que alguien o algo es de fiar, bueno, honesto, efectivo, etcétera”.² La confianza depende de lo que sabemos del carácter de la persona en la que confiamos. Si no pensamos que es buena, justa, amable, amorosa y digna de confianza, no podemos confiar en ella.

Un estudio minucioso del carácter de Dios me ha ayudado a aprender a confiar totalmente en Él. Uno de los aspectos del carácter de Dios que me tranquiliza mucho es que Él es justo. Eso significa que Él siempre sacará algo bueno de lo que está mal.

Yo he experimentado muchas veces su justicia en mi vida, y cuando enfrento algo que a mi parecer es injusto, puedo confiar en que a su manera y a su debido tiempo Dios sacará algo bueno de lo malo. La vida no siempre es justa pero Dios sí, y cuando confiamos en Él y le entregamos nuestra carga, Él obra a nuestro favor y hace justicia..

Confiar en que Dios hará justicia me ahorra el trabajo de tratar de lograrlo por mí misma. Dios dice claramente en su Palabra que la venganza es suya y que él pagará a los enemigos de su pueblo:

“Mía es la venganza [la retribución y la administración de justicia me pertenecen], yo daré el pago [a quien actúa mal]”, Y otra vez: “El Señor

juzgará a su pueblo”.

Hebreos 10:30

Para experimentar la justicia de Dios debemos estar dispuestos a entregarle cualquier situación a Él y negarnos a tratar de resolverla nosotros. ¡Esta es la parte difícil! Por lo general nos desgastamos tratando de resolver los problemas sin éxito, hasta que finalmente estamos dispuestos a confiar en Dios. Cuando lo hacemos y comenzamos a experimentar su fidelidad, confiar se va haciendo cada vez más fácil. Una de las razones por las que confiar en Dios puede hacérsenos difícil es porque Él no siempre da inmediatamente lo que le pedimos. Recibimos de Dios a través de la fe y la paciencia. La espera es una prueba que normalmente lleva nuestra fe a un nuevo nivel.

Dios es bueno, misericordioso, santo y bondadoso. Es compasivo, fiel y verdadero. ¡Dios es amor! Es el mismo en todo momento y podemos confiar en que Él cumple su palabra.

Es fácil confiar en alguien que sabemos que nos ama y que no solo tiene el poder de ayudarnos, ¡sino que también quiere hacerlo! Dios está esperando para ayudarnos y lo único que debemos hacer es confiar en que Él lo hará.

Cuando miro al pasado, confirmo por experiencia personal que Dios es fiel. Él siempre está allí aunque no lo veamos o lo sintamos. Si creemos que Él está obrando, Él manifestará o revelará la prueba de su obra en el momento correcto. No podemos darnos por vencidos si la espera es muy larga.

¡Sigamos confiando en Dios!

Cuando tengo dificultades para confiar en Dios, recuerdo lo que Él ha hecho por mí en el pasado y me tranquilizo pensando que lo volverá a hacer. Durante más de cuarenta años he tenido la costumbre de escribir diarios, y hace poco me topé con uno de los años setenta en el que le pedía a Dios que me proveyera una docena de paños de cocina. Dave y yo no teníamos dinero para comprarlos y como yo apenas estaba comenzando a confiar en Dios, me le acerqué como un niño pequeño y se los pedí. Imagínese mi sorpresa cuando unas semanas después, una mujer que apenas conocía se apareció en mi puerta y me dijo: “No quiero que piense que estoy loca, ¡pero sentí que Dios quería que le trajera estos paños de cocina nuevos!”. Mi reacción fue de tanta emoción, que ella se quedó atónita hasta que le expliqué que yo le había pedido a Dios que me los proveyera. Esa es una de mis experiencias más vívidas relacionadas con la fidelidad de Dios, y he tenido muchas otras a lo largo de mi vida.

En la Biblia leemos que cuando David iba a matar al gigante Goliath y todo el mundo le decía que no lo hiciera, que fallaría, él se acordó del león y del oso que había matado anteriormente con la ayuda de Dios. Su fe se fortaleció y salió a enfrentar a Goliath (ver 1 Samuel 17:34–36).

Quiero animarle a dedicar unos momentos, incluso ahora mismo, a hacer una lista de las veces en las que ha experimentado la fidelidad de Dios en su vida. Le aseguro que su fe se fortalecerá y que podrá confiar en Dios más

fácilmente para sus necesidades actuales.

He escuchado definir la palabra “fiel” como: “Alguien de confianza en quien poderse apoyar”. ¡Podemos apoyarnos en Dios! Podemos descansar en Él. Él prometió nunca dejarnos ni abandonarnos y estar siempre con nosotros (ver Mateo 28:20).

Cuando estamos en medio de una necesidad, confiemos en que Él estará con nosotros y nos ayudará (ver Hebreos 13:5). Cuando enfrentamos pruebas, Él está con nosotros y siempre nos ayuda (ver 1 Corintios 10:13). Y cuando los demás nos abandonan, Él está con nosotros y permanece fiel (ver 2 Timoteo 4:16–17).

Un análisis honesto de cada uno de los aspectos del carácter de Dios nos ayuda a aprender a confiar en Él. Hablaré de otras de sus características a lo largo del libro, pero le animo a buscar información sobre este tema e investigar por su cuenta.

Confianza

Se dice que la confianza es más fácil cuando tenemos seguridad y sabiduría. Tener la seguridad de que podemos hacer algo nos permite vivir la vida con valor, deleite y positivismo. Como creyentes nuestra confianza debe estar puesta en Jesús. Todos nos sentimos seguros en algunos aspectos, pero podríamos sentirnos seguros en todos los aspectos de la vida si confiamos en Dios. Yo, por ejemplo, a veces me siento segura cuando estoy dando una conferencia, pero hay también momentos en los que no ocurre. En esos momentos puedo elegir sentirme segura si pongo mi seguridad en Cristo y no en mí o en la forma en que me siento.

El apóstol Pablo fue enfático cuando declaró que no confiaba en la carne. Aunque él tenía muchas ventajas físicas, no basó su confianza en lo externo. Él afirma vehementemente que nuestra confianza debe estar en Cristo (ver Filipenses 3:3). Confiar es estar seguros de Aquel en quien confiamos, ¡y la seguridad en Cristo nos permite vivir en paz! Nos permite trabajar tranquilos porque creemos que tenemos la capacidad de hacer lo que hay que hacer. La seguridad elimina el estrés, la presión, la preocupación y el miedo al fracaso.

Mencioné que podemos “estar” seguros aunque no nos “sentamos” seguros, y este es un punto muy importante. Los sentimientos son caprichosos; pueden cambiar en cualquier

momento y sin previo aviso. Así que confiar en lo que sentimos no es muy recomendable.

Al solicitar un empleo, por ejemplo, inicialmente podríamos sentirnos confiados porque creemos que tenemos las habilidades necesarias. Pero a mitad de la entrevista comenzamos a sentir que no le gustamos mucho al que nos está entrevistando y de repente ese pensamiento (que a lo mejor ni siquiera es verdad) nos hace perder la sensación de seguridad. Pero si tenemos la confianza puesta en Dios, tendremos la certeza de que Él está a nuestro favor, y continuaremos la entrevista con la seguridad de que ese el puesto perfecto para nosotros y de que lo obtendremos.

Satanás no quiere que nos sintamos seguros porque él sabe que sin seguridad no lograremos mucho en la vida. Hasta la gente que es muy talentosa, inteligente y capaz necesita seguridad. La confianza es para nosotros lo que la gasolina es para el avión: este tiene la capacidad de volar, pero se queda en tierra si no tiene gasolina.

Es imposible tener una seguridad permanente si colocamos nuestra seguridad en la persona o cosa equivocada, ya que esta puede cambiar, ¡pero Dios nunca cambia ni miente! Él es la Roca que nos sostiene en un mundo que suele ser un torbellino de incertidumbre.

CAPÍTULO 2

La confianza que nos hace descansar

*“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados,
y yo os haré descansar”.*

Mateo 11:28

El diccionario Noah Webster define «confianza» como la tranquilidad mental que se obtiene gracias al buen carácter de alguien. Creo que es importante dedicar un capítulo de este libro a esta tranquilidad, que produce descanso mental. Esto es algo que todos necesitamos urgentemente y que la mayoría desea. La vida implica demasiados asuntos que requieren de nuestra atención y que inevitablemente nos abrumen. Dios quiere ayudarnos, pero si queremos seguir haciendo todo por nuestra cuenta, Él no nos obligará a aceptar su ayuda.

A menudo Dios nos ayuda a través de otros que están dispuestos a compartir nuestras cargas. Dave y yo tenemos

dos hijos que trabajan con nosotros en el ministerio, y Dios los ha provisto para que nos ayuden a llevar la responsabilidad de administrar un ministerio tan complejo. Al principio fue difícil dejar los asuntos de los que nos encargábamos en las manos de nuestros hijos, pero debíamos tomar una decisión y hacerlo ha representado un gran descanso tanto mental como espiritual.

Hay muchos asuntos y situaciones de las que ya no tenemos que preocuparnos, porque nuestros hijos se ocupan de ellas. Tengo tiempo para enseñar, escribir, orar, estudiar y hacer mi programa de televisión. Mientras estoy sentada aquí escribiendo, en el ministerio están ocurriendo muchas cosas de las que no tengo la menor idea. Veo los resultados y siempre son buenos, y confío en que mis hijos se ocupan de todos los aspectos que llevan a esos resultados. Mi hijo Dan recién me dijo ayer que nuestro programa de televisión ahora está disponible en Netflix, y me sorprendió gratamente. Esta es una gran oportunidad para llegar a un mayor número de gente y todo eso ocurrió sin que yo estuviera involucrada, delegando a alguien para que se hiciera cargo de esa parte del ministerio.

David, mi otro hijo, me sorprendió mostrándome fotografías de un proyecto que estamos financiando y supervisando en Tanzania. Me alegré muchísimo de poder compartir la celebración de ayudar a más personas, pero no tuve que preocuparme ni una sola vez por ninguno de los miles de detalles necesarios para que el proyecto fuera un éxito.

Nuestros hijos son nuestros socios en el ministerio y aunque seguimos trabajando arduamente no estamos abrumados ni saturados. No estamos presionados por la preocupación y la angustia. ¡Nuestras mentes descansan!

Dios se deleita al sorprendernos y lo hará con frecuencia si ponemos todo en sus manos y bajo su custodia. Él quiere ser nuestro socio y, cuando le permitimos serlo, nuestra mente puede descansar. Según las Escrituras, fuimos llamados a la compañía y la participación con Dios. En 1 Corintios 1:9 se nos dice lo siguiente:

“Fiel [seguro, confiable, por lo tanto siempre leal a su promesa y digno de confianza] es Dios, por el cual fuisteis llamados a la comunión con su Hijo Jesucristo nuestro Señor”.

Tener una relación con Dios va mucho más allá de leer las Escrituras diariamente, ir a la iglesia una vez a la semana, dar dinero en la ofrenda y, tal vez, hacer algunas buenas acciones. Eso no es más que religión, pero la poderosa relación que se nos ofrece a través de la fe en Cristo es una sociedad. Dios nos da la capacidad y espera que la utilicemos, siempre confiando en Él. Él también está listo para hacerse cargo de lo que no podemos manejar. Me gusta decir: *Confía en que Dios te ayudará a dar lo mejor de ti y confía en que Él hará el resto.*

Paz mental

Dios nos da la paz mental cuando depositamos nuestra confianza en Él. La paz lo largo del día llega a nuestra mente muchos pensamientos que causan angustia y preocupación. Esta mañana, por ejemplo, estaba al lado de alguien que estaba muy callado y no mostraba ningún interés en tener una conversación conmigo. Pensé algo así como: *no creo que yo le caigo muy bien*. De repente, comencé a sentir que debía “hacer algo” para cambiar la situación. Pero no sabía qué.

Cuando tratamos de hacer algo que no sabemos surge en nosotros estrés, preocupación, angustia y algunas veces temor. ¿Hay aspectos en su vida que usted siente que debe “reparar” pero no sabe cómo? Si es así, puede hacer lo que yo hice esta mañana y orar, entregándole el problema a Dios y confiando en que Él “lo reparará”. Hice una plegaria sencilla: “Padre, pongo mi relación con _____ en tus manos. Te la entrego y te pido que hagas tu voluntad”. Tan pronto lo hice, mi paz mental regresó.

Poco después de eso, conversé con uno de mis hijos y pude notar que no estaba muy bien emocionalmente. Le pregunté si podía ayudarlo de alguna forma, pero dijo que no e inmediatamente pensé: *¿Qué será lo que está mal? ¿Discutió con alguien? ¿Se siente mal físicamente? ¿Qué pasa?* Tenía la mochila llena de preocupaciones y estaba lista para cargarla durante todo el día cuando recordé que podía dejársela a Dios, quien era el único que sabía qué andaba mal

y qué podía hacerse al respecto.

Oré: “Padre, ayuda a que _____ decida tener un buen día. Permítele ver cuán bendecido es y que esté agradecido en vez de estar triste”. Poco después de orar me llegó un mensaje de texto que decía: “Me siento mucho mejor ahora, ¡Te amo!”.

A diario podemos experimentar muchas situaciones como esta. No es de extrañar que la gente se sienta estresada a menos que aprenda a confiar en Dios y entregarle sus cargas. Yo fui así durante más de la mitad de mi vida, pero ahora estoy agradecida de saber qué hacer con mis preocupaciones.

Comparta su día con Dios, hablándole de todo. La oración es simplemente conversar con Dios, así que le invito a no verla como una simple tarea que debe cumplir. Por medio de la oración involucramos a Dios en cada aspecto de nuestra vida, incluyendo aquellos que intentan robarnos la paz y causarnos ansiedad.

No se engañe creyendo que no tiene otras opciones a la hora de escoger sus pensamientos. Si nuestros pensamientos están llenos de preocupación o ansiedad, podemos elegir pensar en otra cosa. La Palabra de Dios nos enseña que debemos desechar los malos pensamientos, llevándolos en cautiverio a la obediencia de Cristo (ver 2 Corintios 10:5). He descubierto que hablar con Jesús a lo largo del día sobre todo lo que hago y las preocupaciones que tengo es una de las mejores formas de permanecer en comunión con Él, disfrutar de su presencia y, al mismo tiempo, recibir su ayuda.

¿Qué pensaba Jesús cuando estaba frente a una situación

que podríamos calificar como “problemática”? En la Biblia tenemos muchos ejemplos de cómo Jesús manejaba estas situaciones y Él siempre escogía confiar en su Padre celestial. Incluso cuando estaba en la cruz y sintió que había sido abandonado, dijo: “Padre, ¡en tus manos encomiendo mi espíritu!” (Lucas 23:46). Este fue el momento más difícil de su vida y aun así, en medio de un dolor y sufrimiento terribles, ¡confió en Dios!

La Biblia también nos narra la historia de cuando Jesús estaba en la barca y se desató una tormenta de grandes proporciones. Los discípulos que estaban con Él estaban desesperados y temerosos, pero Jesús estaba durmiendo en la popa de la embarcación. Cuando lo despertaron y le expresaron sus temores, Jesús les dijo: “¿Por qué estáis así amedrentados? ¿Cómo no tenéis fe? (una firme esperanza confiada)” (Marcos 4:40).

¡Dios espera que confiemos en Él! Él nos ofrece esa posibilidad y actuaríamos sabiamente si aprendiéramos a confiar en Él cada vez que sentimos la tentación de preocuparnos. ¿Por qué sentirnos desdichados si no hay necesidad de ello?

¿Qué pasa si no obtengo lo que quiero?

Pienso que el temor de no obtener lo que queremos es la causa principal de nuestras dificultades para aprender a confiar en Dios. La mayoría estamos convencidos de que la única manera de asegurarnos de obtener lo que deseamos es cuidándonos a nosotros mismos. Este temor evita que confiemos enteramente en alguien.

Yo fui criada por un padre y una madre abusivos, y estaba segura de que nadie se preocupaba de mí. Mi posición era que

si yo no cuidaba de mí misma, nadie más lo haría! Quizás usted pasó por algo parecido y fue tan infeliz como lo fui yo.

A menudo Dave se sentía mal por mi reticencia a confiar en él, pero yo no estaba segura de que él no tomaría decisiones egoístas que solo lo beneficiaran a él. Creía que me amaba, pero mis padres también me habían dicho que me amaban y ya sabía el resultado. No podría aprender a confiar en los demás hasta que aprendiera a creer en el amor incondicional

de Dios y me diera cuenta de que, aunque alguien me hiciera daño, Dios me sanaría y me consolaría. Dios siempre tiene lo mejor para nosotros en sus planes y, una vez que creamos en ello, podremos confiar en Él y aprender a confiar en los demás.

Confiar en Dios no es garantía de que siempre obtendremos lo que queremos. Sin embargo, si no lo recibimos es porque Dios tiene en mente algo mejor para nosotros. Muchas veces le he pedido a Dios cosas que al final

no he obtenido, solo para darme cuenta después de que si Dios me las hubiera concedido en ese momento, no habrían sido algo bueno para mí. A medida que vamos aprendiendo a desear lo que Dios quiere para nosotros, por encima de lo que nosotros queremos, vamos obteniendo paz mental en cada situación.

Jesús nos dio un ejemplo perfecto de la actitud correcta cuando oró en el jardín de Getsemaní antes de su dolorosa muerte:

“Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya [siempre]”.

Lucas 22:42

Nuestra paz mental depende de lo dispuestos que estemos o no a confiar en que la voluntad de Dios es mejor que la nuestra, aunque a veces no la entendamos. Fuimos creados con libre albedrío y tenemos la opción de intentar dirigir nuestra vida y vivir en función de lo que queramos, pero

afortunadamente tenemos la otra opción, que es confiar en la bondad y la soberanía de Dios. El profeta Isaías dijo: “La dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite” (Isaías 9:7). ¡Cuanto más permitamos a Dios llevar las riendas de nuestra vida, más paz tendremos!

¿Quién está piloteando su vida?

Cuando la vida no va como queremos ya no confiamos en Dios, es fácil querer quitarle el volante y tratar de obligarlo a hacer las cosas como nosotros queremos. Tristemente, esto lo que hace es lanzar hacia una cuneta emocional y espiritual incluso a la mejor persona. ¿Por qué no dejar que Dios dirija nuestra vida?

Recientemente escuché una historia de dos adolescentes que estaban pasando el día juntas. Una de ellas era muy espontánea y muchas veces actuaba sin pensar. De repente decidió que quería cambiar de lugar con la chica que conducía el automóvil en el que se trasladaban y procedió a hacerlo mientras se encontraban en marcha. Aunque al principio la chica que conducía se resistió, finalmente accedió a realizar el experimento, pero terminaron metidas en una cuneta y con el automóvil estropeado.

Mi recomendación es que permitamos que Dios conduzca. No debemos intentar quitarle el volante mientras nos está dirigiendo a nuestro destino. Dejémoslo que Él tome el control y aprendamos a seguirlo. Esta es la forma más inteligente, segura y plena de vivir.

Este es un buen momento para hacer una breve pausa y pensar en estas preguntas:

- ¿Quién está piloteando su vida?

- ¿Cuánta paz mental tiene?
- ¿Qué tan a menudo desperdicia el día preocupándose por asuntos que le roban la paz?
- ¿Evita confiar en Dios por miedo a no obtener lo que desea?
- ¿Anhela más paz mental?
- ¿Quiere disfrutar más de la vida?

Responder estas preguntas con honestidad puede ayudarle a identificar su nivel de confianza. Si encuentra que no está confiando en Dios lo suficiente, no hay razón para la condenación. Solo comience a partir de este momento a poner la confianza por encima de la preocupación. Reflexione en este pasaje:

“Tú guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento [tanto su inclinación como su carácter] en ti persevera; porque en ti ha confiado”.

Isaías 26:3

Permítame sugerirle una nueva forma de orar. En vez de solo decirle a Dios lo que quiere que Él haga por usted, intente pedirle lo que quiere, añadiendo esta declaración: “Pero Señor, si esto no es lo mejor para mí, ¡entonces por favor no me lo des!”.

Hubo muchos momentos en mi vida (y estoy segura de que en la suya también) en los que trabajé arduamente para obtener lo que quería, solo para descubrir que eso no me

satisfacía ni me hacía sentir plena, y que incluso empeoraba mi situación. La mayoría de nosotros en algún momento ha comprado algo que deseaba, pero que en realidad no podía costear, y ha terminado con una gran presión por haberse endeudado. O tal vez hemos comenzado una discusión con nuestro cónyuge debido a una diferencia de opiniones, pero después de obtener aquello que pensábamos que queríamos, nos hemos damos cuenta de que salirnos con la nuestra no valió la pena por toda la desdicha emocional y mental que experimentamos.

He aprendido que si no podemos tener lo que deseamos con paz mental, entonces probablemente no vale la pena tenerlo. Las Escrituras nos exhortan a dejar que la paz sea el juez de nuestra vida y que tome todas las decisiones finales (ver Colosenses 3:15). Después de muchos años de agitación mental y emocional, he aprendido que la paz es un bien valioso y que debemos hacer lo que sea necesario para tenerla.

Cuando usted sienta que está teniendo problemas para confiar en Dios, pregúntese: “¿Tengo miedo de que si confío en Él no voy a obtener lo que quiero?”. Si la respuesta es sí, entonces ha encontrado la causa de su falta de confianza y de paz.

Hacer las cosas a nuestro modo es algo que está sumamente sobrevaluado. Es asombroso cómo desperdiciamos tiempo valioso buscando la gratificación propia, solo para darnos cuenta de que después de todo no estamos satisfechos.

Solo la voluntad de Dios puede satisfacernos realmente.

Fuimos creados por Él para llevar a cabo sus propósitos y no hay nada más que pueda brindarnos satisfacción duradera. Cuando somos jóvenes solemos pensar que tener lo que queremos es lo más importante en la vida, pero a medida que pasan los años, aprendemos y ganamos la experiencia suficiente para decir: “Deseo la voluntad de Dios mucho más de lo que deseo mi propia voluntad”. ¡No hay una mejor posición en la que podamos estar que en la perfecta voluntad de Dios!

CAPÍTULO 3

¿En quién puedo confiar?

“Así ha dicho Jehová: Maldito [con gran maldad] el varón que confía en el hombre, y pone carne [humana] por su brazo, y su corazón se aparta de Jehová”.

Jeremías 17:5

“Ya no se puede confiar en nadie”, es una expresión muy común que muchos solemos decir de vez en cuando. Pero no es cierto que no se pueda confiar en nadie y creerlo podría

terminar convirtiéndonos en unos cínicos. Admito que hoy más que nunca es verdaderamente difícil encontrar a alguien en quien confiar, pero me niego rotundamente a vivir llena de desconfianza y recelo. He decidido creer lo mejor de mis semejantes y confiar en ellos hasta que me den una razón contundente para no hacerlo. Y no tomé esta decisión basándome en mi experiencia con los demás.

Cuando tenía siete años sabía que no podía confiar en mis

padres, ya que eran egocéntricos y muy abusivos. No podía confiar en otros parientes a quienes les había pedido ayuda, ya que se habían rehusado a dármele esgrimiendo la débil excusa de “no me quiero involucrar, eso no es de mi incumbencia”.

Al crecer y convertirme en adolescente y luego en una adulta joven, tuve otras experiencias tristes que confirmaban el mensaje: “¡No puedes confiar en nadie!”. Me casé a los dieciocho años con un hombre joven que me fue infiel, aparte de ser un ladronzuelo que terminó tras las rejas. Estoy segura de que también conocí gente confiable, pero estaba tan furiosa con los que me habían lastimado y decepcionado que solía concentrarme en eso.

Me casé con Dave a la edad de veintitrés años y a partir de ese momento comencé a ir a la iglesia con frecuencia. Supuse que como ahora me relacionaba con “gente de la iglesia” podía confiar en ellos sin salir lastimada, pero eso tampoco resultó ser verdad. De hecho, algunas de las decepciones más profundas que he experimentado en mi vida han sido con personas cristianas (casi puedo escuchar a algunos de mis lectores decir “¡Amén!”). Tal vez usted ha experimentado lo mismo y estoy segura de que tiene algunas historias desgarradoras que contar.

Los seres humanos somos imperfectos y sufriremos una dolorosa decepción si pensamos lo contrario. Jesús vino para ayudar a los débiles, no a los fuertes, y le agradezco que lo haya hecho. A menudo necesito misericordia y perdón, y eso significa que también debo estar lista para darlos en grandes

cantidades.

El tema de la confianza, o mejor dicho, de la falta de confianza, llena los titulares por estos días. Son comunes las denuncias de abuso sexual por parte de sacerdotes. Hemos escuchado sobre el escándalo Enron, en el que les estafaron los ahorros de toda su vida a miles de personas. Votamos por políticos en los que creemos que podemos confiar y nos decepcionan incumpliendo sus promesas.

¿Cómo podemos diferenciar a los chicos buenos de los malos? ¿Cómo sabemos quién es confiable y quién no? ¿Cómo saber en quienes podemos confiar? Es difícil saberlo. A veces no podemos confiar ni siquiera en quienes deberían estar más comprometidos con nuestra crianza y cuidado. Si no, pregúntele a la joven que fue abusada por su padre, un respetado diácono de su iglesia. Todos, incluyendo su familia, pensaban que él era el epítome de la integridad y la confiabilidad. Pero al final se demostró que este hombre era un falso y un malvado.

En un artículo llamado “¿En quién se puede confiar?”, el Dr. Erwin W. Lutzer dice:

“¿Por qué la gente no es confiable? Aunque nos gusta pensar que somos gobernados por instintos racionales, la verdad es que somos gobernados por nuestros propios deseos egoístas. Y como queremos que piensen bien de nosotros, prestamos cuidadosa atención a nuestra imagen externa, mientras descuidamos por completo la integridad

de nuestro corazón. De hecho, algunos no solo engañan a los demás, sino que terminan engañándose a sí mismos. Cuando estamos completamente autoengañados podemos volvernos perversos, destruyendo a nuestros semejantes para proteger nuestro enfermo ser”.³

Sí, es difícil saber en quien confiar. El adulterio está presentando récords históricos. La mayoría de los estudiantes universitarios dicen que hacen trampa en sus exámenes. Los empleados roban a sus patrones. Y la lista continúa. En una escala menor, pero igualmente frustrante, se está haciendo cada vez más difícil encontrar mano de obra de calidad. Incluso algo tan sencillo como encontrar a alguien que llegue puntualmente a una cita es raro. ¿Qué debemos hacer?

¿Adoptamos una actitud amargada y recelosa y también decimos que “ya no se puede confiar en nadie”, o confiamos en todos a menos que nos den una razón contundente para no hacerlo? Yo voto por confiar en la gente, simplemente porque me niego a vivir con una actitud suspicaz que me haga infeliz, solo porque algunas personas podrían decepcionarme.

Confiar con los ojos bien abiertos

Podemos confiar en los demás sin depositar en ellos esa confianza que solo le pertenece a Dios. Jesús así lo hizo, y Juan su apóstol lo registró:

“Pero Jesús mismo [por su parte] no se fiaba de ellos, porque conocía a todos [los hombres]”.

Juan 2:24

Este pasaje no dice que Jesús no confiaba en nadie. Lo que dice es que Él no le confió su ser a ellos. ¿Qué significa esto? Que Jesús no creyó ciegamente que los hombres nunca lo decepcionarían. No se puso completamente en sus manos para que lo salvaran.

“Y no tenía necesidad de que nadie le diese testimonio del hombre [no necesitaba evidencia de los hombres de parte de nadie], pues él sabía lo que había en el hombre”.

Juan 2:25

Jesús conocía muy bien la naturaleza humana y la debilidad que esta conlleva. Él vino para fortalecer a los hombres en su debilidad y a perdonar sus fallas y pecados. Si queremos vivir en paz, deberíamos hacer lo mismo.

Nadie puede decir que no ha herido o decepcionado a

alguien, o que nunca ha sido lastimado o decepcionado. Experimentamos en nuestra carne la debilidad de la naturaleza humana. Yo nunca le he hecho daño a alguien a propósito, pero lo he hecho. Cuando estamos en una relación sabemos que es posible que nos decepcionen, y que aun así debemos encontrar la manera de seguir construyendo la confianza y no darnos por vencidos.

Así que he decidido confiar con los ojos bien abiertos, aunque eso no significa que espero que nadie (con excepción de Dios) me decepcionará. Incluso a veces me siento decepcionada de Dios al principio cuando las cosas no marchan de la manera en que yo esperaba. Pero no es lo mismo que yo me sienta decepcionada a que Dios me haya decepcionado. El origen de mi decepción son mis propias expectativas y no Dios, porque las Escrituras enseñan que si colocamos nuestra esperanza en Él, Él jamás nos decepcionará (ver Romanos 5:5).

Expectativas equivocadas

¿Qué porcentaje de nuestra decepción es culpa de otros y qué porcentaje es culpa nuestra? Creo que esta es una pregunta interesante. Anteriormente dije que Dios nunca nos decepciona. Podemos sentirnos decepcionados con algo que Él haga o deje de hacer, pero eso solo ocurre porque tenemos expectativas equivocadas. En vez de desear lo que Dios quiere, deseamos lo que queremos nosotros.

Esperar que los demás nunca nos lastimen o decepcionen es una expectativa equivocada, porque la naturaleza humana es incapaz de ser perfecta. Queremos que los demás sepan lo que queremos o cómo nos sentimos y cuando no lo hacen nos decepcionamos. Nos decepciona que la gente no nos entienda pero, ¿está bien que yo culpe a Dave por no entender cómo me siento si eso no forma parte de su naturaleza? Su personalidad es diferente a la mía y algunas cosas que para mí son muy importantes a él no le importan en lo absoluto, y viceversa. Yo puedo explicarle a Dave cómo me siento y su amor por mí tal vez lo lleve a sentir empatía, pero seguirá sin saber por experiencia propia cómo me siento, simplemente porque no tiene un punto de referencia.

Si una mujer quiere que la entiendan completamente, lo mejor entonces es que hable con otra mujer, preferiblemente que tenga una personalidad similar. Si Dave quiere hablar de deportes con alguien a quien de verdad le interese el tema, es inútil que hable conmigo. Por respeto puedo fingir que estoy

interesada, pero no entiendo su emoción simplemente porque nunca la he sentido y probablemente nunca la tenga.

Al escribir estas líneas Dave y yo tenemos cincuenta años de casados, y una de las razones del éxito de nuestro matrimonio es que hace mucho tiempo entendimos la importancia de no esperar algo que el otro no pueda dar. Hay cosas que podemos aprender dar a quien las necesite simplemente por amabilidad, pero también hay cosas que son imposibles. Dave quiere que yo disfrute la vida y sabe que no puedo hacerlo si no puedo ser genuinamente yo, así que él celebra quién soy, no quien él quisiera que yo fuera. Yo hago exactamente lo mismo con él. Nos tomó muchos años llegar a este entendimiento, pero hasta que no logramos hacerlo, ambos experimentamos dolor y decepción por culpa del otro debido a nuestras expectativas equivocadas.

Jesús sabía que sus discípulos lo decepcionarían, así que estaba preparado cuando lo hicieron y no se sintió devastado por sus acciones. Judas lo traicionó, Pedro lo negó, todos estaban durmiendo en su momento de mayor necesidad en vez de orar con Él como se los había pedido. A pesar de eso, los siguió amando con todo su ser.

No tuvo una actitud cínica de: “Me lastimaron, así que más nunca volveré a confiar en ustedes”. Jesús no tenía expectativas equivocadas.

No es malo esperar que la gente actúe correctamente y que haga su mayor esfuerzo para no lastimarnos, pero no debemos esperar que no nos fallen. ¡Nadie es perfecto!

Yo desperdicié muchos años sintiéndome decepcionada y

enojada porque mis planes no salían como esperaba, hasta que me di cuenta de que muy pocas veces todo resultaba exactamente como lo había planeado. Ahora tomo en cuenta los imprevistos y eso me permite mantener mi paz. Recuerde siempre que es sabio estar preparados para algunos imprevistos cada día.

Mire el lado positivo

Hemos hablado sobre la gente que no es digna de confianza pero, ¿qué podemos decir de aquellos que han probado una y otra vez que sí se puede confiar en ellos? Como ya dijimos, nadie es perfecto, pero hay personas que son excepcionales y que constantemente demuestran ser integrales y honestas. Podemos confiar en que mantendrán su palabra y que nunca traicionarán nuestra confianza intencionalmente.

Tengo el privilegio de conocer a unos cuantos así y estoy agradecida por ellos. Cuando alguien me lastima y siento que el viejo dicho de "no se puede confiar en nadie" quiere filtrarse nuevamente en mi corazón, me acuerdo de esta gente excepcional que continúa brindándome esperanza.

Es mejor ver siempre el lado positivo de cualquier problema que el lado negativo. El primero nos da paz y el segundo nos la roba así que, ¿por qué no hacer todo lo posible para maximizar nuestra experiencia de vida mirando el lado positivo?

Discernimiento

Hay un don del Espíritu Santo que está disponible para cualquiera de nosotros y se llama discernimiento de espíritus (ver 1 Corintios 12:4-11). Es un don sobrenatural y divino que nos permite saber quién es malo y quién es bueno. A menudo oro para que Dios me dé el don del discernimiento. Sé que Dios me ayudará a saber que algo no está bien con alguien cuando no haya una forma física de saberlo. Lo sentí recientemente con alguien que acababa de conocer. Cada vez

que lo veía pensaba “*no confío en ti*”. Al principio me recriminaba a mí misma por ser recelosa y crítica, pero dos individuos diferentes me dijeron, en dos oportunidades diferentes, que la persona en cuestión no era quien aparentaba ser. Se presentaba como un tipo consagrado que decía tener una conducta cristiana, pero en realidad no era así.

Hace poco también sentí que algo no andaba bien con un empleado. No sabía qué era, pero me sentía incómoda cuando estaba en su presencia. Unos meses después, descubrimos que no estaba haciendo su trabajo correctamente y que estaba ocultando asuntos que debió haber sacado a la luz. Como ya yo había sentido que algo no estaba bien, la decepción que sentí no fue tan grande como si me hubiera tomado totalmente por sorpresa. El discernimiento puede evitar que nos relacionemos con la gente equivocada y nos prepara para lo que viene antes de que ocurra.

Cuando siento que algo no está bien o no me siento a gusto

con alguien, no me fío solo del sentimiento, porque sé que puedo estar equivocada y no quiero juzgar o cerrar mi corazón basándome solamente en un sentimiento. Pero soy más cautelosa y presto más atención. Oro para que si hay un problema Dios lo revele, y siempre lo hace. Mi consejo es que usted ore por discernimiento. Esto evitará que lo engañen y lo lastimen.

Una persona verdaderamente espiritual es una persona que discierne:

“En cambio el espiritual juzga todas las cosas [examina, investiga, se informa, pregunta y discierne sobre todas las cosas]”.

1 Corintios 2:15

¡Confíe en Dios!

Aunque no siempre podamos confiar en la gente, ¡siempre podemos confiar en Dios! Nuestro Padre celestial ha probado una y otra vez que es confiable con lo que le pedimos.

Sé que hay preguntas que tendremos que afrontar, como: Si Dios es bueno y soberano, ¿por qué no hace algo para mejorar la terrible situación de algunas personas? ¿Cómo podemos confiar en alguien que puede hacer algo para que nuestro dolor desaparezca y no lo hace? ¿Por qué le pasan

cosas malas a la gente buena? Mi padre, que fue muy malvado, vivió hasta los ochenta y tres años, pero hace poco asistí al funeral de una extraordinaria mujer cristiana de treinta y siete años, esposa y madre de dos pequeños. ¿Por qué la gente mala a veces vive mucho, mientras que la gente buena se muere joven?

Algunas de estas preguntas tienen respuestas, pero sé que tal vez no sea suficiente para satisfacer a todos. Más adelante abordaré estos temas usando lo mejor de mi imperfecta capacidad, pero por ahora permítame decirle que aunque tengamos preguntas sin respuestas, debemos seguir confiando en Dios. ¡Uno de los requerimientos de confiar plenamente en Dios es no dejar de confiar en Él cuando tengamos una pregunta sin respuesta! Tal vez no sabemos la respuesta, pero podemos tener fe en que el Señor sí la sabe.

Confiar en Dios es un privilegio, una decisión que podemos tomar si así lo deseamos. Después de años cuestionando

muchas cosas he decidido confiar en Dios porque es imposible que sea feliz si no lo hago. Creo que Él es digno de mi confianza. He depositado mi confianza en otras cosas y otras personas, pero no he encontrado nada ni nadie lo suficientemente intachable como para merecerla en su totalidad, así que le doy mi confianza a Dios. Intenté confiar en mí misma y fue un completo desastre. Intenté confiar en los demás y, aunque hay gente realmente buena, hemos visto que la naturaleza humana es imperfecta. El gobierno no es una buena opción, tampoco el mercado de valores, ni mi fondo de jubilación. Después de considerar todas las opciones, Dios gana. ¡Yo confío en Él!

Es interesante que cuando escribí la última oración sentí una explosión de gozo en mi corazón. Esta es una confirmación de que Dios se regocija cuando confiamos en Él. Le gusta. Y como Dios vive en su pueblo, cuando Él se regocija nosotros también nos regocijamos.

Si alguna vez se ha preguntado a dónde fue a parar su alegría, revise sus creencias. Pablo les dijo a los Romanos que

15:13 "Y la paz y el gozo se encuentran en el creer (ver Romanos 15:13). Yo he puesto a prueba este principio y sé que es verdadero. Cuando confío en Dios, creyendo en su Palabra y sus promesas, siento paz y gozo, y disfruto de la vida. Pero cuando no confío en Él estoy llena de dudas, miedo, preocupación y ansiedad. Es estresante y pone sobre mí una pesada carga que no quiero llevar.

Solo tenemos dos opciones: ¡Confiar o no confiar en Dios!

¡Si lo hacemos a medias no podremos recibir todos los

beneficios! Pero, como sugerí anteriormente, sobretodo debemos ser honestos con Dios. Fingir no nos llevará a ninguna parte con Él. Si tenemos problemas para confiar en Dios, pero queremos hacerlo, debemos orar así: “Padre, confío en ti para que me ayudes a aprender a confiar en ti”.

Dios está dispuesto a buscarnos dondequiera que estemos y ayudarnos a llegar a donde debemos estar. ¡Estas son las buenas noticias del evangelio!

CAPÍTULO 4

La necesidad de la autosuficiencia

“No que seamos competentes por nosotros mismos para pensar algo como de nosotros mismos, sino que nuestra competencia proviene de Dios”.

2 Corintios 3:5

¿Confía usted en Dios o en usted mismo? Esta pregunta centenaria tiene tantas respuestas como almas que la contemplan a diario. El humanismo siempre ha luchado fuertemente contra la idea de que necesitamos a Dios.

Cada persona, especialmente cada cristiano, debe tratar de utilizar sus talentos al máximo y tiene el deber de tomar decisiones. Pero no somos responsables de gobernar nuestra propia vida, haciendo lo que nos plazca e ignorando a Dios, hasta que tenemos una emergencia que no podemos solucionar.

Cuando tratamos de vivir en la autosuficiencia los resultados son agotamiento mental, emocional y físico; desilusión, decepción y la posibilidad de experimentar ira y ciertos niveles de confusión.

Josué 24:15 nos dice qué elección debemos hacer, y es la elección más importante del creyente:

“Y si mal os parece servir a Jehová, escoged hoy a quién sirváis [...] pero yo y mi casa serviremos a Jehová”.

De todos los consejos que puedo darle hoy, el más importante es: “Tome la decisión de servir o no a Dios, y no deje que el mundo ni nadie más lo haga por usted”.

¿A quién le confiaría su vida única y preciosa? ¿Al Alfa y el Omega que conoce el principio y el fin? ¿O confiará en los dioses de este mundo y el espíritu de autosuficiencia?

¿Qué es la autosuficiencia?

Autosuficiencia es el intento del hombre de alcanzar la felicidad a través de medios externos como el dinero, la posición, el poder, la apariencia, los bienes, etcétera. Cuando creemos que estas cosas nos harán felices las perseguimos incansablemente, solo para terminar decepcionados al descubrir que no ofrecen lo que esperábamos.

Una vez escuché a alguien decir: “Los seres humanos pasan toda su vida tratando de llegar a la cima de la montaña del éxito, solo para descubrir cuando llegan a la cima que han estado escalando la montaña equivocada”. Dudo que alguien pregunte cuánto tiene en el banco al momento de morir. Todos quieren estar con sus familiares y amigos, y espero que también con Dios.

Estoy segura de que usted también ha escuchado a alguien decir: “No necesito a nadie. Puedo cuidarme solo”. Yo misma repetí algo similar durante algunos años, pero afortunadamente descubrí que sí necesito de otras personas y necesito desesperadamente de Dios. Quienes dicen esto normalmente han sido profundamente lastimados por los demás, y nunca han tenido una verdadera relación con Dios a través de Jesús. No confían en nadie más que en sí mismos, y aún no han descubierto que la autosuficiencia es la peor elección que pueden hacer. Necesitan conocer al Dios único y verdadero que los creó y los ama incondicionalmente.

Hay quienes piensan que no necesita de nadie, pero Dios

nos ha creado para que nos necesitemos unos a otros y, gústenos o no, no podemos funcionar al máximo a menos que nos apoyemos y nos asociemos mutuamente. Como individuos, todos tenemos talentos y habilidades, pero nadie los tiene todos. Dios nos hace relacionarnos con otros que tienen lo que nosotros no tenemos y, cuando aprendemos a trabajar juntos, podemos tener grandes logros y disfrutar de la vida.

Tristemente, solemos perder tiempo criticando a los demás porque no actúan como nosotros y los rechazamos en vez de aceptarlos. Con esto simplemente nos perdemos de lo que ellos pueden aportar a nuestra vida e impedimos que reciban lo que podemos darles. Una de las cosas más importantes que podemos hacer es aprender el valor que tiene cada individuo. Los demás son tan imperfectos como nosotros y las buenas relaciones requieren tiempo y esfuerzo, pero definitivamente vale la pena.

¡No debemos deducir que porque alguien nos lastimó todo el mundo lo hará! Es mejor confiar y ser lastimados de vez en

cuando que aislarnos y rehusarnos a abrirle el corazón a los demás. A raíz de mis experiencias con la gente construí un muro alrededor de mi corazón y tenía miedo de dejar entrar a alguien. Tenía algunas relaciones, pero no eran saludables porque pasaba más tiempo tratando de no ser rechazada que construyendo buenas relaciones. Afortunadamente, gracias a mi relación con Dios y por medio del poder de su Palabra, pude aprender a volver a confiar.

Si usted ha sido lastimado, Dios desea sanar su alma

herida. Él sana a los quebrantados y transforma el dolor en gozo (ver Isaías 61:1–7). Él se convertirá en un muro de protección a su alrededor. Dios no nos garantiza que nunca seremos lastimados, pero promete consolarnos, sanarnos y restaurarnos si eso ocurre. Requiere tiempo leer con calma y reflexionar sobre este pasaje. A mí me ayudó muchísimo en los años en que estaba aprendiendo a confiar en Dios y no en mí misma.

“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias (piedad y compasión) y Dios [que es la fuente] de toda consolación (consuelo y desahogo), el cual nos consuela (conforta y anima) en todas nuestras tribulaciones (calamidades y aflicciones), para que podamos también nosotros consolar (confortar y animar) a los que están en cualquier tribulación, por medio de la consolación (consuelo y ánimo) con que nosotros somos consolados (confortados y animados) por Dios”.

2 Corintios 1:3–4 (paréntesis añadidos)

Si yo no hubiera permitido que Dios sanara mi alma, no habría podido enseñar a otros cómo recibir ayuda y consuelo de Él. Dios también quiere que hagamos cosas importantes, y que ayudemos a los demás. Si usted es una de esas personas que aún se siente herida y se encuentra atascada en un pasado doloroso, oro para que comience a recibir el consuelo y la

sanación de Dios a partir de hoy. Comience simplemente pidiéndole a Dios que sane su alma y que alivie su dolor.

Dios no solo lo sanará, sino que restaurará los años perdidos de su vida. Él prometió que si confiamos en Él nos bendecirá el doble por nuestros problemas pasados. Aunque esto no ocurre de un día para otro, sí sucede poco a poco si confiamos constantemente en Dios y trabajamos con al Espíritu Santo por nuestra plenitud. Isaías 61:7 dice:

“En vez de vuestra vergüenza [anterior], tendréis doble porción, y en vez de humillación ellos [tu pueblo] gritarán de júbilo por su herencia. Por tanto poseerán el doble [de lo que han perdido] en su tierra, y tendrán alegría eterna”. (LBLA, corchetes añadidos)

Esta promesa divina se ha materializado en mi propia vida y en la de muchos otros que conozco. Si a usted no le ha ocurrido, es posible que le ocurra. La confianza en Dios es la llave que nos da acceso a esta promesa y a todas las demás.

El necio

Proverbios es un libro que enseña principios de sabiduría y Salomón, su autor, dedica gran parte de él a mostrar las consecuencias de la sabiduría y la necedad. Hay promesas tanto para el hombre sabio como para el necio. Al hombre sabio se le promete cualquier bendición que se nos pueda ocurrir: dirección, protección, larga vida, salud, prosperidad, ascenso y honor, entre otros. Pero al necio le espera todo lo contrario.

En Proverbios, el necio a menudo se le describe como un ser autosuficiente. Es decir, un individuo autosuficiente es necio y el resultado de su comportamiento nunca es bueno. A una persona autosuficiente no le gusta recibir consejos. Está convencida de que su camino siempre es correcto. Vergüenza es el rango más alto que se le puede conceder a un necio (ver Proverbios 3:35). La gente necia habla sin pensar, se le puede reconocer por la manera en que habla. Son burladores y escarnecedores que hacen mofa del justo. Aman la maldad y odian lo que es bueno. Una de las características más destructivas del necio y autosuficiente es el orgullo. Su propio orgullo lo engaña y se niega a escuchar a Dios.

No exagero al decir que hay mucha gente necia en el mundo y que cosecharán el fruto de su necedad a menos de que cambien. Lo mejor de Dios es que Él brinda una nueva vida y un nuevo comienzo cada vez que lo necesitamos. Nadie se queda atrapado en su pasado para siempre, a menos

que así lo decida. Aunque yo fui autosuficiente durante mucho tiempo, con la ayuda de Dios pude cambiar y estoy plenamente consciente de que necesito a Dios en todo momento, ¡y que también necesito de los demás! Confío en que Dios pondrá a la gente correcta en mi vida, y que luego, juntos, confiando en Dios, lograremos grandes cosas.

Incluso aquellos que están completamente comprometidos con la vida cristiana cometen necedades de vez en cuando. Al menos sé que yo lo hago. Hace unos meses me comprometí a largo plazo con un asunto sin pensarlo muy bien y ahora desearía no haberlo hecho. Hice tal compromiso llevada por mis emociones, en vez de tomarme el tiempo para buscar la sabiduría de Dios. Me arrepentí y le pedí a Dios que me ayudara a cumplir mi palabra, porque sé que sería más necia aún si no lo hago, pero aprendí del error cometido.

Mi punto es que todos somos necios a veces, pero si nuestro corazón está alineado con Dios, Él puede incluso sacar cosas buenas de nuestros errores. En ocasiones, ser necio y tomar decisiones sin consultar a Dios no es lo mismo

que vivir como un necio autosuficiente. Saber que el necio era descrito en la Biblia como una persona autosuficiente fue revelador para mí. La autosuficiencia es un problema más grande de lo que nos podemos imaginar. Básicamente, le cierra la puerta a todo lo que Dios nos quiere dar. ¡Cuando nos apoyamos o dependemos solo de nosotros mismos el resultado es minúsculo en comparación con los resultados asombrosos que tenemos cuando confiamos en Dios!

No tenemos que hacerlo todo

Confiar solo en nosotros mismos es una carga pesada, que exige que tengamos que hacerlo todo nosotros. ¡Vaya! De solo pensarlo me canso, pues recuerdo cuando yo actuaba de esa manera. Parte de la definición de confiar es “apoyarse”, que significa descansar en, depender de, o contar con. Cuando nos apoyamos en alguien nuestra carga se aligera de inmediato.

Si alguna vez usted ha dicho: “No puedo seguir así durante mucho tiempo”, probablemente está haciendo mucho más de lo que le corresponde. Cada uno de nosotros tiene un límite. Podemos reconocer cuáles son esos límites si prestamos atención a nuestros niveles de estrés. Cuando llevamos una carga tan pesada que nos sentimos constantemente agotados, nos quejamos con frecuencia y estamos de mal humor e impacientes con los demás, es porque hemos sobrepasado nuestros límites. Necesitamos la ayuda de Dios o de la persona que él disponga. Necesitamos apoyarnos en los demás, pero es difícil hacerlo si no sabemos confiar.

¿De verdad tenemos que hacer todo lo que hacemos? ¿De verdad somos los únicos que podemos hacer todo lo que se tiene que hacer, o solo tenemos miedo de confiar en alguien más? ¿Estaremos basando nuestra identidad (nuestro valor) en ser “el que hace todo”? Responder estas preguntas con honestidad requiere un poco de reflexión de nuestra parte, y es que somos muy hábiles en escondernos de nosotros

mismos. ¿Cuántas personas se conocen realmente a sí mismas y los motivos detrás de lo que hacen? ¿Nos asusta preguntarnos por qué tenemos que hacerlo todo, porque quizás no nos guste la respuesta? Para mí fue doloroso descubrir que yo sentía que tenía que hacerlo todo porque era una persona orgullosa que estaba convencida de que nadie podía hacer lo que había que hacerse tan bien como yo lo hacía (¡Ay!).

También tenía una raíz de rechazo producto de mi pasado y, a causa de ella, dudaba en pedir ayuda a los demás porque pensaba que si lo hacía, me iban a rechazar. No es agradable que pidamos ayuda y recibamos un “no” por respuesta. Como muchos otros, tenía miedo de mirar debajo de la superficie de mi vida, así que continué haciéndolo todo hasta que llegué al borde del colapso. ¡Fue en ese momento que le pedí ayuda a Dios!

Si siente que está a punto de colapsar, pídale ayuda a Dios. Cuando le pedimos a Dios que nos ayude, Él normalmente nos da una dosis de verdad que no es fácil de digerir. La

~~verdad nos hace libres pero solo si la aceptamos y, para ser honestos, normalmente es doloroso.~~

A mí no se me hizo fácil admitir que era orgullosa, que me gustaba llevar el control, que era autosuficiente y que mi actitud de “no necesito a nadie” no era de Dios. Cuando Dios me reveló todo esto, sentí que mi alma se quebró y quedó expuesta de una forma que me hacía sentir incómoda. Pero la verdad me hizo libre. Y lo mismo le ocurrirá a todo el que esté dispuesto a recibirla.

Ahora no solo *no* quiero hacerlo todo, ¡sé que no puedo hacerlo todo! En realidad nunca pude, y usted tampoco puede.

Confiar en Dios es el comienzo de toda sanación. Debemos confiar en sus caminos aunque al principio parezca que todo empeora. Con frecuencia es difícil entender por qué la sanación es más dolorosa que la enfermedad, pero cuando se trata de los asuntos del alma, a menudo ocurre así. Yo tenía una enfermedad del alma. No sabía confiar. Vivía con miedo. Mi morral estaba lleno con una pesada carga y yo la llevaba a todos lados. En verdad agradezco tener un pasado de referencia, porque eso me ayuda a ver lo maravillosa que es mi vida actual. Cuando observo el presente que estoy viviendo y lo ligera y libre que estoy ahora, ¡me sorprende muchísimo del poder y la bondad de Dios!

Hablo de mi anterior forma de actuar porque creo que hay muchos que están estancados en esa etapa. Oro para que al ver que una persona fue liberada, estas almas desgastadas se animen, suelten las riendas y se las entreguen a Dios.

de usted. ¡Descansen en Dios y confíe en que Él lo ayudará y cuidará

Me asombro mucho cada vez que pienso en toda la gente en el mundo que cree que no necesita a Dios. Si yo no tuviera a Dios en mi vida nada tendría sentido. Dios nos diseñó para necesitarlo, así que separados de Él no podemos funcionar bien. Algunos pueden tratar de engañarse pensando que tienen todo bajo control, pero se acerca el día de rendir cuentas. Al final llegarán a sus límites y espero que tengan la humildad

suficiente de invitar a Dios a sus vidas.

Si usted se siente de alguna manera culpable con relación a esto de ser autosuficiente y cree que necesita ayuda, ¡simplemente pídale! ¡Dios es el mayor experto en el mundo en brindar ayuda! Su Espíritu Santo está aquí con nosotros y ha sido llamado el Ayudante (ver Juan 14:26). Piense en ello: tenemos un Ayudante divino que está siempre a nuestra disposición, así que, ¿por qué no darle algo que hacer? No tenemos por qué hacerlo todo nosotros. La verdad es que Jesús ya lo hizo todo y si confiamos, tenemos fe y creemos en Él, ¡podemos exhalar un suspiro de alivio y soltar nuestra carga!

Apóyese en Dios en vez de ser autosuficiente.

CAPÍTULO 5

Confiar en Dios y hacer el bien (Parte 1)

“Confía en Jehová, y haz el bien; y habitarás en la tierra, y te apacentarás de la verdad”.

Salmo 37:3

El Salmo 37:3 nos promete que si confiamos en Dios y hacemos el bien, seremos alimentados. Pero no se refiere únicamente a la comida material. Se refiere a que tendremos alegría y satisfacción en nuestro corazón. Tal vez queremos que algunas cosas cambien en nuestra vida, pero mientras esperamos podemos tener un corazón que esté satisfecho en Dios.

Confiar en Dios es muy beneficioso para los hijos de Dios. Es algo que nos permite disfrutar de la vida y no solo sobrevivir. Recordemos que confiar en Dios es una decisión que tomamos y un privilegio, pero hay algo además de la

confianza que es fundamental para poder obtener un beneficio completo. Ese algo es “hacer el bien”.

Este capítulo podría ser el más importante del libro para usted. El principio bíblico del Salmo 37:3 me ha ayudado tremendamente en mi vida y creo que también será crucial en la suya.

Confiar en Dios significa que le entregamos a Él nuestras preocupaciones y nos rehusamos a estar inquietos o ansiosos por nada, pero eso no quiere decir que dejemos de lado nuestra responsabilidad. Muy a menudo, debemos llevar a cabo una acción inspirada por Dios para obtener lo que deseamos. Algunos piensan equivocadamente que confiar o esperar en Dios es algo pasivo y que no debemos hacer nada mientras esperamos que Dios actúe, pero esto simplemente no es verdad. Por ejemplo, un individuo que confía en que Dios lo ayuda a conseguir trabajo pero que no es diligente para salir a buscar uno, probablemente no obtenga buenos resultados.

Pablo habló de ello en su carta a los Efesios. Les dijo que ellos debían hacer todo lo que la crisis exigiera y luego plantarse firmes en sus lugares (ver Efesios 6:13). Tenemos el principio de “confiar en Dios y hacer el bien” en este pasaje. Hagamos lo que debamos y podamos hacer, y confiemos en Dios para que haga lo que no podamos o no debamos hacer.

Lo primero que debemos hacer siempre es confiar en Dios en cada aspecto de nuestra vida. Lo segundo es estar dispuestos a hacer cualquier cosa que Dios necesite que hagamos. Yo he tenido que cambiar mi manera de orar cuando tengo una necesidad. Ahora, en lugar de decir:

“Confío en ti, Señor, para que hagas esto por mí”, digo: “Señor, confío en ti para que te hagas cargo de esta situación y si hay algo que yo deba hacer, muéstramelo”. Si no lo ha hecho, intente orar de esta manera. Creo que nos mantiene al tanto de nuestra necesidad de escuchar las instrucciones que Dios quiere darnos.

El primero de enero de 2015 escribí en mi diario que deseaba enormemente tener más energía. Poco después, sentí que debía comenzar a caminar todos los días. Yo ya me estaba ejercitando tres veces a la semana con un entrenador, pero ahora sentía que debía añadir la caminata. Me apoyaba en Dios diariamente para que me diera el deseo y la capacidad de hacerlo. Unos meses después, ya estaba caminando cinco millas diarias y tenía más energía que nunca. Tenía más resistencia y mi mente estaba más alerta. Como bono adicional, había perdido algo de peso y aunque esa no era mi meta principal, estaba fascinada. El ejercicio cardiovascular adicional resultó ser exactamente lo que mi cuerpo necesitaba.

Confié en Dios para que me diera más energía y Él me dio algo que hacer, pero también me dio el deseo y la capacidad de hacerlo. Si usted confía en Dios y tiene la verdadera disposición de hacer lo que sea necesario, le garantizo que se impresionará con el progreso que tendrá en la consecución de sus metas.

Recientemente, me ocurrió algo relacionado con mis ojos. Mis ojos son extremadamente secos y algunas veces me arden y me duelen mucho. Uso todo tipo de gotas y tengo un humidificador que llevo a cualquier lugar donde vaya a dormir

y, aunque eso ayuda, el problema continúa. El asunto empeora cuando viajo a lugares de clima seco, lo cual hago frecuentemente como parte de las responsabilidades de mi ministerio.

Como muchas veces en el pasado, oré por el problema, pero en esta oportunidad sentí que Dios me dijo que debía tomar mucha más agua de la que ya tomaba. ¡Yo creía que ya tomaba bastante agua! Algunas personas me habían sugerido que tomara más agua, pero como yo creía que ya lo hacía, descarté su sugerencia pensando que era irrelevante para mi problema. Es increíble cómo el orgullo puede evitar que tomemos en cuenta las sugerencias que recibimos. Deberíamos por lo menos reflexionar con Dios sobre el consejo recibido y ver si le da testimonio a nuestro espíritu. A menudo Dios nos habla a través de otros, pero debemos ser lo suficientemente humildes para escucharlo.

Afortunadamente, Dios no se rinde con nosotros, y aunque había tratado de decirme a través de otros lo que debía hacer, ahora tenía la bondad de decírmelo directamente. Sentí que

debía beber el doble de lo que normalmente bebía, especialmente en climas secos. Para lograrlo, ¡debía tomar ocho botellas de agua de dieciséis onzas diarias! Bueno, las coloqué sobre una mesa y comencé a beberlas, y mis ojos ciertamente mejoraron. No son perfectos, pero están mucho mejor que antes. Tomar tanta agua es difícil y no lo he podido hacer a diario, pero sé por experiencia que puedo formarme un nuevo hábito y, cuando lo haga, lo que ahora es difícil se convertirá después en parte de mi estilo de vida.

En otra oportunidad no podía dormir y después de dar vueltas en la cama hasta las primeras horas de la mañana, le pregunté a Dios qué era lo que andaba mal. Rápidamente llamó mi atención sobre un incidente que ocurrió un día que fui descortés y antipática con alguien e inmediatamente supe que necesitaba pedirle a Dios que me perdonara, así que eso hice. También tenía que disculparme lo más pronto posible con esa persona que había ofendido. ¡Me dormí inmediatamente después de eso!

Mi meta en la vida es continuar confiando en Dios y “haciendo el bien”. Esto significa hacer el bien que Dios quiere que hagamos y obedecer rápidamente en todo lo que nos revele. También hay otro aspecto de hacer el bien del cual quiero hablar en el próximo capítulo, pero dediquemos este a aprender la importancia de seguir diligentemente la dirección del Espíritu Santo.

Nuestro ayudante

Cuando Jesús ascendió a los cielos nos envió a otro Consolador y Ayudante: ¡el Espíritu Santo! Dijo en Juan 14:16:

“Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador para que esté con vosotros para siempre”.

Jesús envió su Espíritu para que esté *con* nosotros y *en* nosotros todo el tiempo. El Espíritu Santo es nuestro Guía según Juan 16:13. Me encanta saber que tengo un Ayudante santo que me acompaña a lo largo de mi vida, y espero que usted también se emocione de saberlo. Nunca tendremos que estar solos ni hacerlo todo solos, porque el Espíritu Santo está allí para ayudarnos. Nos dice lo que hay que hacer, nos fortalece, ¡y nos ayuda a hacerlo! Debemos depender de Dios en todo momento, porque lejos de Él no podemos hacer nada (ver Juan 15:5). Cuando ponemos nuestra confianza en Jesús y dependemos de Él, nos quitamos toda la presión de encima.

A veces cuando Dios quiere que hagamos algo específico, no siempre sabremos de inmediato qué será, pero si esperamos pacientemente manteniendo nuestra confianza en Él, Él nos revelará su voluntad. Ha habido veces en las que he estado esperando que Dios se haga cargo de algún problema y he sentido que lo que yo debo hacer es hablar positivamente de la situación y agradecerle de antemano por la solución.

Recuerdo un par de oportunidades en las que Dios nos pidió que diéramos una ofrenda de sacrificio, otras veces fue que ayunáramos, y en otras ocasiones solo nos indicó que lo alabáramos y esperáramos. No debemos tener ideas preconcebidas sobre la forma en que Dios trabaja y nos habla, ¡porque sus métodos son interminables!

Cuando Dios nos habla (nos lidera y nos dirige), sentimos un fuerte impulso en el corazón de que tenemos que avanzar en una dirección específica, o tenemos un pensamiento o una idea que no nos abandona. ¡Dios guía a aquellos que realmente buscan su orientación! A veces aprendemos cometiendo errores, así que si usted actúa por fe y luego se da cuenta de que malinterpretó lo que tenía que hacer, no se rinda.

Cuando estoy haciendo algo que Dios no quiere haga, me siento incómoda en mi espíritu y mi corazón. He aprendido que cuando ese sentimiento continúa, debo tomar otra dirección y espero para descubrir cuál es. Cuando estoy haciendo lo que Dios quiere que haga, siento paz, tranquilidad

Y ¿quién tiene el control de su vida? Si es Dios, todo saldrá bien; pero si no lo es, sus asuntos no saldrán tan bien.

¡Haga lo que Él le pida!

Con frecuencia, relato la historia de una joven mujer que se me acercó al final de una conferencia y me pidió que conversáramos. Durante el fin de semana, ella se había reunido con otras mujeres que compartieron testimonios personales sobre cosas que Dios les había pedido que hicieran y cómo, después de haberlas hecho, habían experimentado victorias que necesitaban. Ella me dijo: “Joyce, todo lo que Dios les pidió que hicieran también me lo había revelado a mí.

La diferencia fue que ellas hicieron lo que Dios les pidió para solucionar sus problemas, ¡pero yo no!”. Seguir la dirección del Espíritu Santo es la clave para avanzar en la vida y superar los retos que enfrentamos.

¡No puedo explicarlo de forma más sencilla! Un buen ejemplo bíblico lo encontramos en Juan 2. La madre de Jesús quería un milagro cuando se terminó el vino en las bodas de Caná. En el versículo 5, se dirige a los sirvientes y les dice: “Haced todo lo que [Jesús] os dijere”. Si usted aún no le ha dado a Dios el control absoluto de su vida, ¿está dispuesto a convertir esto en la nueva meta de su vida? Si lo hace no se arrepentirá.

Pregúntese, con honestidad: “¿En verdad estoy confiando en Dios? ¿He hecho lo que Dios me ha pedido que haga, o estoy postergando mi obediencia porque sigo esperando recibir lo que quiero?”. ¿Es posible que alguien confíe en Dios si no está dispuesto a obedecerlo? ¡No lo creo! Tal vez suene

un poco rudo, pero es cierto. Confiar en Dios no pasa de ser una simple idea espiritual hasta que confiamos en Él lo suficiente como para hacer lo que él nos pide, que tal vez es no hacer nada, si eso es lo que se requiere.

¿Qué pasa si Dios nos pide que no hagamos nada?

Hay cosas que Dios nos pide que hagamos y otras que Dios nos pide que dejemos de hacer. Hubo una época en la que yo quería que mi esposo cambiara, ¡pero Dios me pidió que dejara de tratar de cambiarlo! Y hubo una vez en la que yo quería cambiarme a mí misma, pero no podía hacerlo por medio de mi propio esfuerzo; tenía que esperar en Dios, confiando en que Él completaría el buen trabajo que había comenzado en mí (ver Filipenses 1:6). Quería estar involucrada activamente en asuntos que Dios me pidió que dejara de hacer y eso no era fácil para mí.

¿Hay algo que Dios le ha pedido que deje de hacer? Ciertamente a mí me ha pedido de vez en cuando que deje de hacer cosas. Aún recuerdo que yo siempre quería tener la última palabra cuando se presentaban desacuerdos con mi esposo, ¡pero Dios me pidió que dejara de hablar! Me gusta dar mi opinión, pero muy a menudo el Espíritu Santo enciende una luz roja para señalarme que debo detenerme y quedarme callada.

No quiero que nadie se sienta frustrado consigo mismo por causa de las obras de la carne, tratando de “hacer” algo que no puede terminar con su propia fuerza o capacidad. Por favor, comprenda que estoy hablando de hacer lo que Dios le muestre que debe hacer o dejar de hacer lo que no debe.

Uno de mis pasajes favoritos es el Salmo 46:10, el cual nos dice que nos quedemos quietos, y conozcamos que Él es

Dios. ¡Quedarme quieta era más difícil para mí que estar activa! Dios quiere que seamos activos, pero activos haciendo *su voluntad*, no la nuestra.

Cuando confiamos en que Dios se hará cargo de una situación que le hemos encomendado, sentimos en nuestro espíritu que Él quiere que utilicemos nuestro tiempo de oración para agradecerle y no para pedirle más. Hay muchos momentos en la vida en los que no podemos hacer absolutamente nada más que orar y esperar. Esto es particularmente válido cuando nuestra petición incluye algo que queremos para un ser querido. Nuestras oraciones abren las puertas para que Dios obre, pero la persona involucrada debe dejar que Dios trabaje en ella.

A veces he orado por alguien durante mucho tiempo y luego siento que ya no debo seguir pidiéndole a Dios que haga algo, ¡pero sí agradecerle porque está actuando!

El poder de la obediencia

Frecuentemente hablo con gente que está confundida porque su fe pareciera no estar funcionando. Después de pasar un momento con ellos, casi siempre puedo comprender por qué eso está ocurriendo. ¡Se quejan, critican a los demás y son negativos! Esa clase de comportamiento no es obedecer la dirección del Espíritu Santo. Es de vital importancia ser obedientes a Dios en lo referente a nuestras actitudes.

Tenemos poder sobre nuestro enemigo Satanás, pero la autoridad para utilizar ese poder solo se obtiene de la obediencia a Dios. Jesús ciertamente era poderoso, pero también era obediente. Las Escrituras dicen que fue extremadamente obediente, incluso en la muerte, y que se le dio un nombre que está por encima de los otros nombres; y a la mención de su nombre toda rodilla deberá doblarse (ver Filipenses 2:8–10).

Un gran obstáculo para que nuestras oraciones sean respondidas es que nos rehusamos a abandonar la ira o la amargura. Perdonar a quienes nos han lastimado y a quienes consideramos “enemigos” es un tema que del que se habla muy claramente en la Palabra de Dios. Allí Dios establece explícitamente que cuando oramos debemos perdonar a cualquiera por cualquier cosa que tengamos contra ellos (ver Marcos 11:25). Por lo tanto, si alguien cree que puede negarse a perdonar y seguir viendo la obra de Dios en su vida, está muy equivocado.

Ahora, no estoy diciendo que somos salvados por medio de la obediencia. Fue la obediencia de Cristo la que nos trajo la salvación. Somos salvados por la gracia de Dios, ¡no por nuestras propias obras! (ver Efesios 2:8–9). Sin embargo, creo que todo el que recibe el regalo de salvación por medio de Cristo querrá desarrollar naturalmente la obediencia debido a su amor por Él.

Si los padres esperan que sus hijos confíen en ellos y los obedezcan, ¿por qué pensar que Dios no espera lo mismo de nosotros? Quiero animarlo a que enfoque su mente en confiar en Dios en todo momento, obedeciendo lo que Él le pida que haga o no haga (ver Colosenses 3:2). No es lo que hacemos de vez en cuando lo que trae victoria a nuestra vida, sino lo que hacemos constante y diligentemente. Un poquito de obediencia mezclada con mucha desobediencia seguirá dando como resultado una vida poco agradable.

¿Se comprometería usted a tener un mayor nivel de obediencia a Dios? Si asume ese compromiso, Dios le dará la gracia para cumplirlo. ¿Hay actualmente aspectos que usted sabe que necesita entregarle a Dios, no solo preocupaciones y angustias, sino comportamientos que no se ajustan su voluntad? Puede comenzar desde cero, ¡tener un nuevo comienzo! Dejemos que el clamor de nuestro corazón sea siempre: “Padre, ¡que se haga tu voluntad y no la mía!”.

Veamos ahora la segunda parte de hacer el bien, ¡tan emocionante que no puedo esperar a compartirla con usted!

CAPÍTULO 6

Confiar en Dios y hacer el bien (Parte 2)

“No nos cansemos, pues, de hacer bien; porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos”.

Gálatas 6:9

Hemos visto que obedecer a Dios y seguir la dirección del Espíritu Santo es “hacer el bien”, pero en este capítulo quiero enfocarme específicamente en lo que significa obedecer a Dios y realizar buenas obras ayudando a quienes lo necesitan.

El apóstol Pablo les dijo a los Gálatas que no desmayaran en hacer el bien (ver Gálatas 6:9). Los instó a hacer el bien a todos en cuanto se presentara el momento y la oportunidad, especialmente a los de la familia de la fe (6:10). ¡Deberíamos tener en cuenta el hecho de ayudar a quienes lo necesitan como una oportunidad de hacer el bien! Es la oportunidad de bendecir a los demás y de bendecirnos a nosotros mismos.

¡La gente que se enfoca en ayudar a los demás es gente feliz!

Creo sinceramente que la capacidad de dar proviene de la confianza en Dios. Lo hacemos porque Dios nos lo pidió y creemos en su promesa de satisfacer nuestras necesidades financieras. Hacer buenas obras obra maravillas en los que las practican. Hechos 20:35 dice: “Más bienaventurado es dar que recibir”. Dar libera gozo en nuestra vida y nos permite ser felices mientras esperamos que Dios satisfaga nuestras propias necesidades. Así que si se está preguntando: “¿Cómo puedo ser feliz si tengo problemas?”, la respuesta es sencilla: deje de pensar en usted mismo y concéntrese en hacer algo

bueno por alguien más. No tenemos que estar todo el día enfocados en nuestros propios problemas para que Dios nos dé respuestas. Digámosle lo que queremos y necesitamos, ¡y luego confiemos en que nos lo proveerá mientras nos concentramos en hacer el bien!

Uno de mis versículos bíblicos favoritos es Hechos 10:38. Dice que Jesús fue ungido por el Espíritu Santo y que “anduvo haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos por el [poder del] diablo”. Se nos ha enseñado a imitar su comportamiento y seguir su ejemplo, y esta es una de las mejores formas de hacerlo. El mundo está lleno de gente oprimida por el diablo y estamos ungidos por el Espíritu Santo para ayudarlos como Jesús lo hizo.

Cada vez que hacemos el bien sembramos una semilla que producirá nuestra propia cosecha. No cometamos el error de pensar que ya tenemos demasiados problemas como para estar ayudando a los demás. Esto solo hará que nos

quedemos atascados en nuestros problemas durante tiempo indefinido.

Un fin de semana estaba en una de mis conferencias hablando sobre este mismo tema de confiar en Dios y hacer el bien, cuando hubo un corte de energía en la cuadra donde estábamos. Esto ocurrió como una hora antes de que comenzara la sesión inaugural, así que debimos cancelar la actividad y ver partir del lugar a miles de personas. La energía eléctrica volvió unos diez minutos antes de la hora de culminación de la conferencia. Tuvimos que esperar y comenzar la conferencia la mañana siguiente.

~~Terminé la conferencia sobre la confianza en Dios. Mientras estaba tratando de dar una conferencia sobre la confianza en Dios. Aparte de todo lo que estaba pasando, la gerencia del local colocó este mensaje en la pantalla externa: “La conferencia de Joyce Meyer ha sido cancelada”. Creyeron que estaban ayudando, pero olvidaron poner que solo había sido cancelada por esa noche y que comenzaría nuevamente la mañana siguiente. Yo ya me veía en ese enorme local hablándoles a los asientos vacíos. Me sentía bastante desesperada, pero seguía diciendo: “Señor, pongo mi confianza en ti”. Resultó que tuvimos una gran conferencia.~~

Durante la conferencia utilicé material de apoyo visual para que los asistentes entendieran mejor el principio de confiar en Dios y hacer el bien. Nuestro equipo construyó dos botellas de medicamento de aproximadamente tres pies (1 metro) de alto. Las colocamos sobre una mesa y las etiquetamos. Una de ellas decía: “Confiar en Dios” y la otra: “Hacer el bien”. Las

botellas también decían que se podían volver a llenar ilimitadamente y que el paciente podría tomarlas tan a menudo como quisiera. Era imposible tener sobredosis de ninguna de las dos.

Cuando yo hablaba de cómo enfrentar pruebas y tribulaciones, problemas y todo tipo de desgracias, decía: “Cuando aparezcan los síntomas, tome inmediatamente una dosis de ‘Confiar en Dios’ seguida rápidamente de una dosis de ‘Hacer el bien’”. Este ejemplo ayudó mucho a la gente a entender que la mejor medicina para el alma es hacer cosas buenas por los demás, mientras confiamos en que Dios será

bueno para nosotros. La Palabra de Dios actúa como una medicina para el alma si seguimos sus indicaciones. Ninguna medicina puede ayudarnos si no la tomamos y la Palabra de Dios no nos ayudará si no la practicamos, aunque la conozcamos. Cuando pecamos podemos hacer lo que la gente normalmente hace, que es sentir culpa y condenación, o podemos tomar un poco de medicina llamada: “Dios, perdóname” y sanar nuestra

alma. Si alguien nos ha lastimado u ofendido, podemos tomar una buena dosis de la medicina llamada: “Te perdono” y disfrutar de nuestro día, en vez de estar furiosos e irritados. Si vemos la Palabra de Dios como una medicina para el alma, recibiremos ayuda para todos los problemas que enfrentemos en la vida.

Permítame repetirle una vez más que creo que confiar en Dios y hacer el bien es la mejor medicina para el alma y que recomiendo ampliamente tomar toda la que necesite, con

tanta frecuencia como sea necesario. Sin embargo, ¡debo advertirle que tiene efectos secundarios! Estos son paz, gozo, estabilidad, seguridad y recompensas en el cielo.

¿Qué se puede catalogar como “buenas acciones”?

Hacer una buena obra puede ser algo tan sencillo como elogiar a alguien o escuchar a alguien que sufre. También puede involucrar nuestro tiempo o nuestras finanzas para ayudar a un necesitado.

La Biblia está llena de pasajes sobre ayudar a los pobres y a los necesitados, y de dar aliento a los que sufren. En realidad, dice que hay que “buscar” hacer buenas obras y realizar actos de bondad. Esto significa que debemos buscar la manera de ayudar a los demás.

“Mirad que ninguno pague a otro mal por mal;
antes seguid siempre lo bueno unos para con otros,
y para con todos”.

1 Tesalonicenses 5:15

¿Queremos ser útiles y vivir con un propósito agradable? Charles Dickens dijo: “Nadie es inútil en este mundo mientras pueda aliviar un poco la carga de sus semejantes”.⁴

Dios no solo nos enseña a ayudar a los que sufren, ¡sino también a bendecir a nuestros enemigos! ¿Por qué haríamos eso? Porque así venceremos el mal con el bien (ver Romanos 12:21) Se nos ha dado una gran arma secreta que funciona como un milagro cuando aparecen los problemas, cuando la

gente nos hace daño o cuando tenemos necesidades personales. *¡Esa arma es hacer el bien!*

Una de las primeras cosas que debemos hacer cuando alguien nos lastima o nos trata injustamente es orar por quien nos ofendió. ¿Cómo debemos orar? Pidiéndole a Dios que lo perdone y que abra sus ojos para que pueda ver como su comportamiento no es agradable ante Él. Si no es alguien salvo, entonces también hay que orar por su salvación. Al hacer esto, nos liberamos del sufrimiento que implica estar furiosos con quién nos lastimó y de preocuparnos por lo que ha hecho. Tal vez no nos sintamos diferentes en un primer momento, pero es muy difícil permanecer enojados con alguien por quien se ora frecuentemente.

~~Deberíamos hacer el bien todo el tiempo, pero cuando nos lastiman, esto es una gran equivocación. Siempre es importante hacer el bien, pero es aun más importante hacerlo a pesar de nuestros propios problemas. Jesús estaba enfrentando una muerte increíblemente dolorosa y sin embargo siguió haciendo el bien a los demás, pidiéndole a su Padre que perdonara a quienes lo habían crucificado y confortando al ladrón que estaba crucificado con Él y que le pidió ayuda (ver Lucas 22:32-43). Yo no sé usted, pero cuando tengo mis propios problemas me resulta difícil ser amable con los demás. Sin embargo, he aprendido con el paso de los años que ese es el mejor momento para practicar lo de ser buenos y hacer el bien. Cuando no tenemos problemas, no necesitamos disciplina para tratar a los demás con amabilidad, pero sí necesitamos una gran dosis de disciplina para confiar en Dios y seguir haciendo su voluntad cuando estamos~~

sufriendo.

Me encanta el Salmo 37 y lo leo con frecuencia. Los versículos 1–5 nos dejan esta sabiduría: No nos preocupemos, ni estemos ansiosos o angustiados por quienes hacen el mal, porque Dios se enfrentará con ellos a su debido tiempo. Mientras esperamos, confiemos en Dios y hagamos el bien. Deleitémonos en el Señor y Él nos concederá los deseos de nuestro corazón. Comprometamos a Él nuestro camino y Él nos ayudará a travésarlo.

Estas no son solo unas palabras que están allí para hacernos sentir bien. Son instrucciones que debemos seguir.

Al hacerlo, no solo conseguiremos satisfacer nuestras necesidades, sino que además seremos un buen ejemplo para aquellos que no conocen a Dios.

Es a través de las buenas acciones que el mundo reconocerá que pertenecemos a Dios (ver 1 Pedro 2:12).

El mandamiento más importante

Aunque cada mandamiento de Dios es grande e importante, Jesús dijo que el más grande y el más importante de todos es que caminemos en amor: amar a Dios y amar a los demás como nos amamos a nosotros mismos (ver Mateo 22:36–39). También dijo que es por este amor que el mundo conocerá que somos sus discípulos:

“Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros [si seguimos demostrándonos amor entre nosotros]”.

Juan 13:34–35

No podemos hablar del amor sin mencionar las buenas obras, ya que a través de ellas es que el amor se demuestra. El amor no es solo una teoría o una enseñanza que hace conmovedor un sermón: es algo real y práctico. El amor puede verse y sentirse y tiene un poder milagroso para cambiar vidas.

El mundo duda de nuestro testimonio por culpa de las divisiones que hay entre nosotros. Si la iglesia lograra unificarse alguna vez, nuestro testimonio sería innegable! El amor busca la manera de concertar, y no en qué cosas

discrepar.

¡Una familia que está de acuerdo es poderosa! Dave y yo aprendimos en nuestro ministerio que no podríamos tener éxito si teníamos conflictos en nuestros corazones. Hemos trabajado diligentemente para mantener el conflicto fuera de nuestras vidas y hemos visto de primera mano el poder que trae la paz y la unidad.

No participe en ningún conflicto de su familia, hogar, vecindario, iglesia o sitio de trabajo. Es honorable para un hombre evitar el conflicto y pasar por alto las ofensas (ver Proverbios 19:11). Cuando honramos a nuestro Dios

caminando por su sendero, Él nos honra abiertamente en nuestra vida.

Obrar en amor significa que todos los días debemos tomar decisiones que nos ayuden a vivir por encima de nuestras emociones. No podemos hacer todo lo que “sentamos” que queremos hacer y al mismo tiempo obedecer los mandamientos de Dios. Yo tal vez no siempre “sienta” que quiero tomarme tiempo para ser amable con alguien, pero cada vez que lo hago, estoy obrando en amor. El amor no es un sentimiento que tenemos, sino algo que decidimos al tratar a la gente.

Un versículo que me ayuda a mantenerme obrando en amor es Mateo 7:12:

“Así que, todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos; porque esto es la ley y los

profetas”.

Es evidente que si siempre tratáramos a los demás de la manera en que nos gustaría que nos trataran a nosotros nuestro comportamiento cambiaría. Es una instrucción sencilla que podemos aplicar en nuestra vida diaria. Cuando ocurra algo que impida que tratemos bien a alguien, solo debemos preguntarnos: “¿Qué me gustaría que esta persona hiciera por mí si fuera yo quién necesitara misericordia?”.

Normalmente, cada día está caracterizado por pequeñas molestias que tenemos que soportar. Quizás estamos esperando por un puesto en el estacionamiento de un centro comercial atestado y alguien llega de repente y nos quita el lugar antes que podamos estacionarnos. Inmediatamente nos sentimos irritados e incluso furiosos de que ese sujeto haya sido tan maleducado. Tal vez le gritamos, le tocamos la bocina o hacemos cualquier otra impiedad, pero nada de eso nos hará sentir mejor y sí hará que nos rebajemos a su nivel. Dios nos bendecirá de alguna manera si confiamos en Él ¡y seguimos

haciendo el bien!

Debemos comenzar a ver estas molestias e imprevistos como oportunidades para demostrar amor en vez de permitir que nos hagan enojar.

Se nos ha dado una definición maravillosa de cómo se comporta el amor en 1 Corintios 13:4–8. Por favor, dedique unos minutos a revisar cada uno de estos puntos y pregúntese si necesita mejorar en alguno de estos aspectos:

- El amor es duradero, paciente y amable.
- El amor nunca es envidioso ni se desborda de los celos.
- El amor no es presumido ni vanidoso y no se muestra altanero.
- El amor no es engreído (arrogante o henchido de orgullo).
- El amor no es descortés (maleducado) y no se comporta indecorosamente.
- El amor no insiste en sus propios derechos o su manera de hacer las cosas porque no es egoísta.
- El amor no es susceptible, quejumbroso o resentido.
- El amor no toma en cuenta el daño que se le ha hecho, ni se concentra en la injusticia sufrida.
- El amor no se regocia con la injusticia, sino que se regocia cuando la justicia y la verdad prevalecen.
- El amor resiste cualquier cosa y todo lo que venga.
- El amor siempre cree lo mejor de cada quien.
- El amor nunca renuncia ni se rinde; siempre está lleno de esperanza y soporta todo sin debilitarse.
- El amor nunca falla.

Ayudar a los pobres

La Biblia tiene mucho que decir sobre la ayuda a los pobres y contiene maravillosas promesas para quienes lo hacen. Esta es una de ellas:

“A Jehová presta el que da al pobre, Y el bien que ha hecho, se lo volverá a pagar”.

Proverbios 19:17

Santiago, el apóstol, dijo que: “La religión pura y sin mácula [como se expresa la religión mediante acciones externas] delante de Dios el Padre es esta: visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones” (Santiago 1:27). La verdadera religión debe ser expresada siempre en actos externos, porque la verdadera cristiandad no solo influye en los corazones de los hombres, sino también en su comportamiento. Dios es un dador y todo aquel que tenga una relación con Él también querrá dar. El Espíritu Santo es el Ayudante y quien esté lleno del Espíritu Santo también será un ayudante.

Puede ser un ejercicio saludable preguntarnos: “¿Qué estoy haciendo para ayudar a alguien?”. ¿Recuerda cuál fue la última persona a la que ayudó? Por supuesto, con frecuencia ayudamos a nuestra familia en sus actividades diarias o les

damos regalos en Navidad, pero estoy hablando de algo más. Estoy hablando de dar para vivir. Una vida satisfactoria y con

sentido no se encuentra en lo que recibimos, sino en lo que damos.

¿Cuántas personas necesitadas conocemos, pero nunca hemos pensado en ser quienes las ayuden? Cuando comenzamos a hacernos estas difíciles preguntas, descubrimos que las respuestas son decepcionantes. Sin embargo, cada vez que me desilusiono de mí misma, siempre puedo “volver a ilusionarme” y empezar a hacer lo correcto.

Me gustaría invitarlo a ayudar de manera intencional a la gente necesitada. Búsquela y encuentre alguna forma de ayudar. Es fácil poner excusas y no hacer nada, pero esa no es

la conducta apropiada de un cristiano. He aquí algunas de las excusas que yo misma he puesto en el pasado o que he escuchado decir a otros:

- “Mis ocupaciones no me lo permiten”.
- “Sus problemas son su culpa”.
- “Tengo mis propios problemas”.
- “No me quiero meter en eso”.
- “No sé qué hacer”.

En vez de andar buscando razones para no ayudar, ¿por qué no buscamos ávidamente formas en las que podamos hacerlo? Tal vez conozcamos a alguien cuyas necesidades no podamos satisfacer, pero podríamos ser quien organice a un grupo que trabaje para ayudar a esa persona. Lo mínimo que cada uno de nosotros debería hacer es orar y pedirle a Dios

que nos revele lo que sea que Él quiera que hagamos para ayudar a quienes estén sufriendo y necesitados. Jamás olvidemos que cada vez que realizamos un acto de bondad por alguien más, nos estamos ayudando a nosotros mismos.

Recientemente, tres mujeres asistieron a nuestra conferencia y me oyeron hablar de la necesidad de ayudar a cavar pozos en los países del tercer mundo en los que la gente no tiene acceso al agua sin antes viajar durante horas, y en muchos casos hasta un día para conseguirla y cuando la consiguen normalmente está sucia y contaminada. Hemos tenido el privilegio de crear setecientos de estos pozos, los

cuales han transformado aldeas enteras. Las tres mujeres querían hacer algo, así que juntaron a veintiún familias e hicieron una enorme venta de garaje. En la siguiente conferencia a la que fueron, trajeron una ofrenda de más de dos mil dólares para ayudar a cavar un pozo y construirle una iglesia al lado. De esta manera brindamos agua potable y el agua de la Palabra. ¡Ambas fuentes de vida!

“Dad, y se os dará; medida buena, apretada, remecida y rebosando darán en vuestro regazo; porque con la misma medida con que medís, os volverán a medir”.

Lucas 6:38

No creo que nuestro motivo para dar deba ser esperar algo a cambio. Debemos dar porque deseamos ayudar a otros, pero la Palabra de Dios promete que cuando lo hagamos,

regresará multiplicado de muchas formas.

Job hizo una afirmación bastante radical. Dijo que si no utilizaba su brazo para ayudar a aquellos que lo necesitaran, entonces sería mejor que le quebraran el hueso desde la base (ver Job 31:16–22).

Las citas de las que estoy hablando han tenido una influencia enorme en mi vida y oro para que usted se tome el tiempo de leerlas varias veces antes de continuar. Usted y yo tenemos el poder de aliviar el sufrimiento y no deberíamos dejar pasar ninguna oportunidad de hacerlo. John Bunyan dijo: “Usted no ha vivido hoy hasta que no haya hecho algo

5

para alguien que nunca se lo podrá recompensar”.

Iluminemos el rostro de Dios

Es increíble pensar que podemos hacer que el rostro de Dios se ilumine, pero las Escrituras así lo señalan. David hizo esta oración: “Haz que tu rostro resplandezca sobre tu siervo, y enséñame tus estatutos” (Salmo 119:135).

Cuando hacemos la voluntad de Dios, ¡su rostro resplandece! Y creo que brilla aún más cuando nuestra obediencia tiene que ver con ayudar a los demás, porque cuando lo hacemos lo estamos imitando. He escuchado a mi hijo decir sobre sus hijos: “Me vieron haciendo tal cosa y ahora me copian”. ¡Esto me lo cuenta con el rostro iluminado!

Cada vez que ponemos una sonrisa en el rostro de alguien, ¡creo que el rostro de Dios se ilumina!

CAPÍTULO 7

En todo tiempo

*“Esperad en él en todo tiempo, oh pueblos; derramad
delante de él vuestro corazón, Dios es nuestro refugio.
Selah [haz una pausa y reflexiona calmadamente en
esto]”.*

Salmo 62:8

Hay setenta y un versículos en el libro de Salmos y tres en el libro de Habacuc donde aparece la palabra “selah”. El versículo de arriba, que habla de confiar en Dios en todo momento, es uno de los setenta y cuatro versículos bíblicos que utiliza esa palabra. Por lo tanto, creo que deberíamos hacer una pausa para entender lo que Dios nos quiere decir: *Este versículo es muy valioso y deberías hacer una pausa y reflexionar en él.*

Los primeros años de mi vida como cristiana me enfoqué en confiar en que Dios me ayudaría cada vez que tuviera un problema que yo sintiera que no podía manejar. Pero unos

años después, comencé a darme cuenta de que no podía hacer nada sin Él, así que ahora me he enfocado en aprender a confiar en Él en todo momento. La forma en que lo hago es viviendo con una actitud confiada en que Dios es mi ayudador. Casi todos los días digo varias veces al día: “Confío en ti, Señor, en todas las cosas”. Verbalizar nuestra confianza en Dios es una forma de alabarlo. Confío en Dios para cosas específicas que sé que están ocurriendo en mi vida y en la vida de otros, pero también confío en Él “en todas las cosas” que todavía no sé.

Es absurdo esperar a que nos ocurra una emergencia o un problema grave para comenzar a confiar en Dios. Es preferible vivir con una actitud de confianza y, al hacerlo, estamos actuando por fe. Esto no es garantía de que nunca tendremos problemas, pero sí demuestra que esperamos que Dios nos ayude en nuestras dificultades, incluso si Él decide no liberarnos de ellas.

Cuando Jesús estaba en el jardín de Getsemaní, era consciente de la dificultad, el sufrimiento y la tentación que Él y sus discípulos estaban a punto de enfrentar. Les dijo a los discípulos: “Orad para que no entréis en tentación” (Lucas 22:40, RVR 1995), pero ellos prefirieron dormir. Las Escrituras afirman que estaban durmiendo debido a la tristeza (ver Lucas 22:45). Tal vez estaban agotados de tanta preocupación y miedo, o tal vez dormir era la única manera de escapar del problema. Pero Jesús se quedó orando fervientemente. Él de antemano confió en que su Padre eliminaría el sufrimiento venidero o le daría las fuerzas para enfrentarlo.

Jesús dejó que el Padre decidiera. En vez de pedirle que cumpliera su propia voluntad, le dijo lo que le gustaría que ocurriera, pero completó su oración con las palabras: “Pero no se haga mi voluntad, sino la tuya” (Lucas 22:42). Después que hizo esto, ¡un ángel fue enviado desde el cielo para fortalecerlo en espíritu! (ver Lucas 22:43).

Nuestro Padre que está en el cielo no solo nos libera, ¡sino que también nos fortalece! Si no nos da la liberación de inmediato, nos fortalecerá si estamos dispuestos a ser pacientes y a seguir confiando en Él para que ocurra lo que es necesario en el momento justo.

~~Si hay un aspecto de nuestra vida en el que sabemos que tenemos debilidad, es sabio confiar en Dios constantemente para que nos ayude a evitar la tentación en vez de esperar hasta que nos encontremos en medio de ella.~~

Una de mis debilidades durante muchos años fue hablar demasiado o soltar las palabras sin pensarlas. Esto por supuesto me ocasionaba problemas. Solía orar en la mañana, antes de encontrarme con los demás, para que Dios me ayudara a ser una buena oyente y a pronunciar palabras sabias.

Hacer esto era mejor que esperar hasta que hubiera un problema y tener que lidiar con las consecuencias. Oraba para que Dios me impidiera caer en la tentación cuando apareciera. Una de las cosas más sabias que podemos hacer es conocer nuestras debilidades y confiar en que Dios nos dará la fuerza necesaria para no sucumbir ante ellas. A Pedro le hubiera ido mejor si hubiera sido lo suficientemente sabio como para

entender esto.

Jesús le advirtió a Pedro que Satanás lo tentaría fuertemente, pero Pedro, en vez de pedirle a Jesús que lo ayudara, pensó que era tan fuerte que sería imposible que cayera. Lea cuidadosamente este pasaje y asegúrese de nunca imitar la actitud mostrada por Pedro:

Dijo también el Señor: Simón, Simón (Pedro), he aquí Satanás os ha pedido [a todos ustedes] para zarandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti [Pedro], que tu [propia] fe no falte; y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos. Él [Simón Pedro] le dijo: Señor, dispuesto estoy a ir contigo no solo a la cárcel, sino también a la muerte”.

Lucas 22:31–33, paréntesis añadidos

¡Pedro negó a Jesús tres veces! (ver Lucas 22:55–61). Tal vez, si se hubiera dado cuenta de su debilidad humana y hubiera pedido toda la ayuda posible de Jesús, habría sido más fuerte. Jesús no quería librarlo de la tentación, pero quería que pudiera superarla para que tuviera la suficiente experiencia para ayudar a otros. Pero Pedro, obviamente, pensó que estaba por encima de la tentación. Esto fue un terrible error, y cualquiera de nosotros que piense así también comete un error. Tener un concepto propio más alto del que debemos tener no es sabio y abre la puerta a la perdición (ver Romanos 12:3). Dios nos ama demasiado como para no trabajar en nuestro orgullo, para que podamos aprender a

depender totalmente de Él.

Pablo nos enseña a orar en todo momento, en toda ocasión, en todo tiempo (ver Efesios 6:18). Cuando lo hacemos, demostramos que nuestra confianza está en Dios, en todo momento.

Tómese el tiempo de identificar cuáles son sus debilidades y asegúrese de que confía en todo momento en que Dios le ayudará a no sucumbir a ellas. Esto es lo que Dios nos promete:

“El día que clamé, me respondiste; me fortaleciste con vigor en mi alma”.

Salmo 138:3

Quizás siente que ya ha orado a Dios para que lo ayude a resistir la tentación, pero sigue cayendo en ella. Yo me he sentido así en ocasiones, pero si sigue confiando en Dios, se hará cada vez más fuerte. Debemos mezclar nuestra confianza con un estudio minucioso de la Palabra para mejores resultados. Santiago dijo que la Palabra tiene poder para salvarnos (ver Santiago 1:21).

Cuando oro para que Dios me ayude a controlar mis palabras, también cito varios versículos de la Biblia que he estudiado sobre las palabras que salen de nuestra boca. Mi oración es más o menos así:

“Padre, ayúdame a pronunciar solo palabras de excelencia el día de hoy. Ayúdame a ser una buena

oyente y a pensar antes de hablar. Quiero que mis palabras te glorifiquen y que sean de bendición para quienes las escuchen. Te necesito, Señor; no soy nada sin ti. Fortaléceme en todas mis debilidades”.

Luego declaro la Palabra, porque Isaías dijo que debíamos recordarle a Dios su Palabra (ver Isaías 43:26). Con toda seguridad, Dios no se olvida de su Palabra, así que, ¿por qué debemos recordársela? He aquí algunas razones:

- Cuando le recordamos a Dios su Palabra, demostramos que estamos poniendo nuestra confianza completamente en Él y en sus promesas.
- Decir la Palabra en voz alta es muy poderoso. Es la espada el Espíritu, que es una de nuestras armas en la batalla espiritual (ver 2 Corintios 1:4–5; Efesios 6:17).
- Declarar la Palabra de Dios ayuda a continuar el proceso de renovación de nuestra mente. Es parte del proceso de meditar en la Palabra de Dios, y eso es algo que las Escrituras dicen que debemos hacer a menudo.

A continuación, tres de mis pasajes bíblicos favoritos relacionados con las palabras de mi boca, y que siempre incluyo en mis oraciones:

“Pon guarda a mi boca, oh Jehová; guarda la puerta de mis labios”.

Salmo 141:3

“Sean gratos los dichos de mi boca y la meditación de mi corazón delante de ti, Oh Jehová, roca mía, y redentor mío”.

Salmo 19:14

“La muerte y la vida están en poder de la lengua, y el que la ama comerá de sus frutos”.

Proverbios 18:21

Usted puede usar este mismo método de orar y declarar la Palabra de Dios en cualquier aspecto en el que necesite ayuda. ¿Es su debilidad la ira? ¿Reacciona exageradamente? ¿Es egoísta? Hay promesas en la Palabra de Dios que abordan cualquier problema que tengamos. Los programas bíblicos que actualmente se pueden conseguir en la internet facilitan esa labor. También le exhorto a recordar que no es lo que hacemos bien una o dos veces lo que nos da la victoria. Comprométase a continuar confiando en Dios y en su Palabra *en todo momento* y a su debido tiempo verá el cambio.

Satisfacción continua

Confiar en Dios en todo momento significa que confiamos en Él incluso cuando ocurre lo que no entendemos y que nos parece injusto. Una cosa es confiar en Dios cuando obtenemos lo que queremos y otra muy diferente confiar en Él cuando no es así. Creo que nuestra meta como cristianos debe ser decir como el apóstol Pablo: “He aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación” (Filipenses 4:11). Pablo dijo que había aprendido a estar satisfecho hasta el punto de que no se conturbaba si tenía abundancia o padecía necesidad (ver Filipenses 4:11–12).

Estar satisfechos no significa no desear cambios o que no deseemos lo mejor, sino que no permitimos que aquello que queremos y no tenemos nos robe el gozo de lo que sí tenemos en el presente.

Durante varios años me sentí bastante frustrada y la raíz del problema era que no estaba disfrutando el momento presente en mi viaje hacia donde quería estar. Dios desea el progreso y el crecimiento, pero más que eso, ¡desea la paz!

Observe este pasaje del libro de Eclesiastés:

“Más vale vista de ojos que deseo que pasa. Y también esto es vanidad y aflicción de espíritu”.

Eclesiastés 6:9

El autor (que se cree que fue Salomón) nos dice que es

vanidad (frívolo y sinsentido) desear con tanto ahínco lo que no podemos tener, lo cual nos impide también disfrutar de lo que sí tenemos.

Pablo había aprendido a sentirse conforme tuviera o no lo que quería, y este debe ser nuestra actitud. Estar satisfechos y agradecidos solamente cuando las cosas nos salen bien es una actitud infantil que no demuestra ni una pizca de madurez espiritual. Como padres, corregimos a nuestros hijos por este tipo de comportamiento inmaduro. Les recordamos todas las bendiciones que tienen y les decimos que deben estar agradecidos. Tal vez debamos recordar que también debemos poner el ejemplo: cuando no obtenemos lo que queremos, para que ellos lo sigan en su propia vida.

Confiar en Dios es fácil cuando todo nos sale bien; sin embargo, este libro es para aprender a confiar en Dios *en todo momento*.

Sentirnos satisfechos cuando la vida es dolorosa, o tener que esperar sin entender por qué requiere creer que Dios es bueno y que sus caminos son diferentes a los nuestros. Lo que hagamos nosotros mismos podría no ser lo mejor para nosotros. Con toda seguridad, nos sentiremos bien y todo lucirá perfecto en el momento pero, ¿será beneficioso a largo plazo? ¿Hacer todo a nuestro modo nos ayudará a ser menos egoístas, más amorosos, más comprensivos y compasivos con los demás cuando sufren? ¡Por supuesto que no! La única manera de identificarnos con los demás es tener algo de experiencia en el tipo de situaciones que ellos están enfrentando. No tenemos que vivir todas las experiencias que

viven los demás para ayudarlos, pero no podemos entender la decepción, el dolor físico o cualquier otra dificultad si nunca la hemos experimentado.

Nos acercamos a Jesús en nuestro dolor porque Él es el Sumo Sacerdote que entiende nuestras debilidades y flaquezas. ¿Por qué? Él entiende porque Él fue tentado en todo, al igual que nosotros; sin embargo, nunca pecó (ver Hebreos 4:15). ¡Para nosotros es fácil buscar ayuda en Jesús porque creemos que nos entiende! Él conoce de enfermedades y tristezas, de dolor y de rechazo. De la misma manera que buscamos a Jesús, deberíamos desear que lo hicieran los demás con nosotros; con la misma confianza y creencia de que los vamos a entender.

Estas experiencias de la vida nos van preparando para ser usados por Dios, para dar consuelo y ánimo a quienes lo necesiten. Tal vez no podamos (y probablemente no queramos) siempre entender los caminos de Dios (ver Isaías 55:9), pero podemos honrarlo creyendo constantemente que Él es bueno, ¡y que sus caminos son siempre correctos!

La confianza requiere de paciencia

Confiar en Dios siempre requiere de paciencia, porque Dios no funciona con nuestro mismo horario. ¡La paciencia nos permite disfrutar de la vida mientras esperamos! Tal vez nos cuesta entender por qué Dios no hace algo que sabemos que pudiera hacer fácilmente si quisiera, pero cuando esto ocurre es porque Él tiene sus razones. Quizás sea para probar o llevar nuestra fe a un nuevo nivel, y que nuestra capacidad de vivir por fe aumente. Tal vez Dios quiere hacer algo mejor que lo que nosotros queremos o tenemos la capacidad de manejar. Todas estas razones (y muchas otras) son oportunidades de permanecer en paz confiando en la soberanía, bondad y sabiduría de Dios.

La paciencia no es uno de los frutos del Espíritu que solemos tener en abundancia. Yo siento que soy paciente en unas cosas, pero no en otras. Sin embargo, mi paciencia sigue en aumento. A todos nos toca esperar algo, así que esperar no es una opción, pero nuestro comportamiento y actitudes mientras esperamos sí lo son. El fruto de la paciencia es definido parcialmente en el *Vine's Expository Dictionary* como un fruto del Espíritu que crece solo en medio de las pruebas. ¡Vaya! ¿No le gustaría que dijera otra cosa? ¡A mí sí!

Me gustaría orar pidiendo más paciencia y simplemente bajarla a mi disco duro, pero no funciona de esa manera.

Como hijos de Dios, tenemos el fruto de la paciencia dentro de nosotros, pero debemos desarrollarlo y permitir que se abra

paso desde nuestro interior hacia el exterior. Debe ser algo más que una teoría o idea espiritual; la verdadera paciencia ha de ser puesta en práctica en situaciones de la vida cotidiana. ¡Y necesitamos paciencia especialmente cuando tenemos que esperar por algo que queremos de inmediato!

Sea que estemos esperando en la fila del supermercado, en medio del tráfico, a una persona que llega tarde a una cita, o a que Dios responda nuestras oraciones, debemos tener paciencia si queremos tener paz y disfrutar de la vida. San Agustín dijo: “La paciencia es la compañera de la sabiduría”.⁶ La paciencia puede parecer amarga, pero su fruto es dulce.

Con mucha frecuencia, la razón por la que Dios quiere que esperemos es simplemente usar nuestra dificultad para trabajar la paciencia en nosotros. Aprender a ser pacientes es tan importante para Dios que Él se abstiene de darles a sus hijos lo que quieren de inmediato. Muchos padres deben aprender esto. Lamentablemente, nuestro mundo está lleno de gente que nunca aprendió este principio tan importante y ahora exigen gratificación inmediata. El deseo de gratificación inmediata nos hace tomar muchas decisiones equivocadas. Por ejemplo, mucha gente adquiere grandes deudas que le causa enormes preocupaciones. Y algunos se casan con la pareja equivocada porque siguen emociones desbocadas. La falsa creencia de que debemos tener gratificación inmediata genera vidas infelices, así como malas actitudes y decisiones.

Conociendo la naturaleza de Dios, dudo que Él deje a alguien esperando a menos que sepa que es lo mejor para él. Es difícil creer que esperar es lo mejor para nosotros, pero eso

se debe a un aprendizaje incorrecto y a la naturaleza de la carne. Esperar es bueno: nos hace ser más agradecidos cuando finalmente recibimos lo que deseamos.

La impaciencia causa presión en nuestra vida, pero confiar en Dios mientras esperamos elimina la presión y nos permite esperar con una actitud que lo glorifica. Los beneficios de la confianza son realmente maravillosos. Cuando creemos que Dios está a cargo de algo que nos preocupa, somos libres de enfocarnos en otras cosas que llevan buenos frutos. La confianza nos ayuda a tener buena salud y larga vida, e incluso creo que nos ayuda a ser personas más tolerables. La

confianza elimina la frustración y el estrés de nuestra vida, dos de las causas principales de irritación y mal genio. Lo más probable es que no queramos lastimar a nadie ni tratarlo con rudeza, pero cuando nuestra cabeza está atormentada, simplemente nos enfocamos más en cómo *nos sentimos* que en como tratamos a los demás. A menudo ni cuenta nos damos de lo ásperos y groseros que somos, pero los demás lo sienten y terminan alejándose de nosotros si el abuso continúa.

¡A mí me encanta el privilegio de poder confiar en Dios! ¡Y definitivamente aborrezco sentirme preocupada, temerosa, frustrada y sobrecargada de estrés! Si usted está tratando de decidir qué camino seguir en su situación actual y cómo debe enfocar su vida, le garantizo que confiar en Dios es la mejor opción.

CAPÍTULO 8

Si Dios es bueno, ¿por qué sufre la gente?

“Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse”.

Romanos 8:18

El tema del sufrimiento es uno de los más difíciles de enseñar, así que lo abordo con mucha oración. Me gustaría empezar diciendo que no siento en lo absoluto que tenga todas las respuestas. Sin embargo, no puedo escribir un libro sobre confiar en Dios sin tocar el tema, ya que una de las preguntas más frecuentes que escucho es: “Si Dios es bueno, ¿por qué sufre la gente?”.

Como cristianos, tal vez no cuestionamos las razones por las que sufre la gente. Después de todo, si alguien no cree en Dios, quizás podamos entender por qué sufre. Así que la

pregunta pasa a ser: “¿Por qué sufren los cristianos?”. Se nos enseña a creer que Dios nos ama y quiere que disfrutemos de una vida gozosa y pacífica, y eso es verdad. Pero Él también nos enseña que podemos tener eso en medio del sufrimiento.

Escucho preguntas como:

- “¿Causa Dios el sufrimiento?”
- “¿Permite Dios el sufrimiento?”
- “Si Dios es soberano, ¿por qué no detiene el sufrimiento?”
- “¿Por qué Él permite el hambre, el abuso, las enfermedades y miles de otras situaciones que causan sufrimiento?”
- “¿Por qué los niños a veces sufren de cáncer?”
- “¿Por qué a veces los buenos mueren jóvenes?”
- “¿Por qué perdí mi empleo y toda mi jubilación?”
- “¿Por qué Dios no hace algo para eliminar las hambrunas o el genocidio?”

Estos “¿por qué?” pueden llevar a una persona casi a la locura si no puede entenderlos. Si yo fuera a contestar estas preguntas, comenzaría simplemente por decir: “No lo sé”. Sé que Dios es bueno, así que elijo enfocarme en eso y no en lo que no puedo entender totalmente. Tengo plena certeza de que la bondad de Dios nos permite enfrentar el sufrimiento propio y el sufrimiento a nuestro alrededor sin quedar atrapados en la confusión. Si encerrarse en una habitación y

gritar: “¿Por qué, Dios? ¿Por qué ocurrió esto?” le ayuda de alguna manera, hágalo. Pero sepa que es probable que no reciba respuesta y que deba escoger igualmente entre confiar en Dios o enfrentar una frustración insoportable. Mis preguntas sin respuestas estaban afectando negativamente mi relación con Dios, así que finalmente dejé de exigir respuestas y decidí confiar en Él totalmente, en especial cuando estaba sufriendo o no entendía qué ocurría en mi vida.

Después de sufrir terriblemente durante 15 años debido al abuso sexual por parte de mi padre, y después otros 25 años o más por las consecuencias de ese abuso, le aseguro que tenía

muchas preguntas. Cuando era niña oraba y le pedía a Dios que me sacara de esa pesadilla, pero Él no lo hacía. Aunque Él no me libró de eso, sí me dio la fuerza para enfrentarlo y la gracia para recuperarme. Con demasiada frecuencia vemos lo que Dios no ha hecho por nosotros en vez de fijarnos en lo que sí ha hecho. ¡Creo que es uno de los peores errores que podemos cometer! Podemos decidir regocijarnos en lo que tenemos en vez de sufrir por lo que parece injusto en la vida.

N
o permitamos que algo que no comprendemos nos haga obviar la bondad de Dios.

No creo que Dios siempre nos oculte la razón por la cual las cosas pasan o no pasan, pero ciertamente hay muchas cosas ocultas en la sabiduría inescrutable de Dios: cosas que no son discernibles y que seguirán siendo un misterio para nosotros hasta que vayamos al cielo. Observe el siguiente pasaje:

“¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos!”.

Romanos 11:33

Dios promete darnos comprensión de los misterios y secretos si lo buscamos (ver Efesios 1:17), y el apóstol Pablo nos dice que solo conocemos “en parte” y que no veremos la totalidad hasta que estemos cara a cara con Jesús (ver 1 Corintios 13:9–10).

A menudo digo que la confianza requiere preguntas sin respuesta. Dios nos hace muchas revelaciones y nos da respuestas a problemas complejos, pero hay veces en las que no podríamos recibir una respuesta ni aunque Dios nos la diera. No creo que nuestras mentes finitas sean capaces de captar algunas cosas que solo Dios sabe. Y creo firmemente que Él nos muestra lo que está bien que sepamos y oculta aquello que no.

Vivimos nuestra vida con la mirada puesta en el futuro, pero a menudo solo la podemos entender mirando hacia el pasado. Hay muchas cosas dolorosas que yo no entendía cuando me ocurrieron. Pero cuando miro hacia atrás, veo todo diferente a como lo hacía en ese momento, porque veo el bien que ha resultado del dolor que sufrí o porque he crecido espiritualmente. David dijo: “Jehová, no se ha envanecido mi corazón, ni mis ojos se enaltecieron; ni anduve en grandezas, ni en cosas demasiado sublimes para mí” (Salmo 131:1).

Creo que David simplemente estaba diciendo que hay

cosas ocultas en los misterios de Dios que ningún hombre podrá jamás entender. ¡Quizás debamos hacer menos preguntas y simplemente confiar más en Dios! Me encanta

esta frase que dijo Lee Strobel: “La respuesta final de Dios al sufrimiento no es una explicación, sino la encarnación”. Dios envió a Jesús para que sufriera y muriera por nuestros pecados. Él ha prometido liberación a quienes crean en Él, pero nunca nos dice exactamente cuándo o cómo llegará nuestra liberación. Hasta que eso ocurra, tenemos el privilegio de confiar en Dios y recibir su consuelo cada vez que tengamos problemas.

Cuando vemos morir a alguien de una enfermedad a una edad joven, podríamos sentirnos tentados a decir: “¿Cómo puedo creer que Dios siempre nos libera si su liberación nunca llegó?”. Creo firmemente que Él siempre libera a quienes creen en Él. Puede que no siempre sea mientras estamos aquí en la tierra, pero cuando nos reunamos con Él en el cielo ya no habrá dolor, lágrimas ni sufrimiento de ningún tipo.

Una vez escuché una historia muy poderosa sobre un hombre que se cayó por unas escaleras cuando era niño y se rompió la espalda. Había estado de hospital en hospital durante toda su vida. Cuando tenía 17 años había pasado 13 años de su vida en hospitales. Él decía que creía que Dios era justo, y cuando le preguntaron: “¿Cómo es posible que pienses eso?”, respondió: “Bueno, Dios tiene una eternidad para compensarme”.

Es difícil explicar exactamente lo que siento cuando escucho historias como esta o cuando conozco personas que

han soportado terribles sufrimientos y aún siguen confiando en Dios. Lo único que puedo decir es que su confianza me parece hermosa y que son grandes ejemplos de fe en Dios en

cualquiera época de la vida. Una cosa es confiar en Dios cuando la vida va bien y nuestras oraciones son respondidas rápidamente y otra muy diferente es confiar en Él cuando estamos sufriendo o cuando hemos orado, tal vez durante mucho tiempo, y aún esperamos respuesta. Creo que se necesita mucha más fe para lo segundo.

¿Es Dios bueno?

Sí, ¡Dios es bueno! Su esencia es la bondad y Él no puede ser de otra manera. Solo porque algo no luzca o se sienta bien no significa que Dios no sea bueno. Hay alrededor de setecientos versículos que nos dicen que Dios es bueno. Me gusta este de Santiago:

“Toda buena dádiva y todo don perfecto desciende de lo alto, del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación”.

Santiago 1:17

Todo lo bueno viene de Dios. Eso es absolutamente todo lo que Él es capaz de hacer, y esa verdad nunca cambia. Sé que al leer esto algunos lectores se preguntarán: “Si Dios siempre es bueno, ¿por qué sufre la gente?”. Son muchas las razones

de nuestro sufrimiento, pero ninguna de ellas Dios lo ha planeado. Él no es el autor del sufrimiento, sino Satanás. Aunque una situación determinada no sea buena por sí misma, Dios es bueno, y puede hacer que esa situación obre para bien. Tal vez tenemos o sabemos de una situación terrible que nos hace pensar: *No es posible que algo bueno salga de eso*; pero todo es posible para Dios.

Puedo decir sin dudar que Dios tomó el abuso que yo sufrí de niña y los transformó para mi bien y el bien de muchos a quienes he tenido el privilegio de enseñar. Yo no comprendía

esto cuando estaba amargada, llena de lástima por mí misma y de odio por quienes abusaban de mí. Comenzó a ocurrir poco a poco, cuando comencé a confiar en que Dios tomaría lo

malo y haría que obrara para bien. Lo mismo le puede pasar a usted. Le exhorto a confiar en Dios en todo momento, porque creo que es la única opción que nos dará la ayuda que necesitamos. Si no confiamos en Dios, no nos queda nada sino confusión y amargura por todos los acontecimientos trágicos que vemos y vivimos en la vida.

Dios es bueno y todo lo que Él hace es bueno (ver el Salmo 119:68). Así que, ¿es posible que el sufrimiento pueda ser para nuestro bien? Cuando se nos inflige sufrimiento, ¿es posible que Dios se demore en liberarnos más de lo que nos gustaría porque tiene planeado usar lo malo para obrar algo bueno en nosotros? Es muy posible, y muchos podemos testificar que nos han ocurrido maravillas como resultado de esas experiencias que vivimos y que hubiéramos querido no tener. Si nos hubieran dado a escoger, habríamos evitado todo el sufrimiento, pero no siempre podemos hacerlo. Lo que sí podemos hacer es escoger confiar o no en que Dios sacará algo bueno de eso.

Me gustaría discutir este tema en detalle más adelante, pero antes de que podamos avanzar en la comprensión de nuestro sufrimiento, debemos tener en nuestro corazón la firme convicción de que Dios es bueno y hace cosas buenas. En el principio, después de crear todo lo que disfrutamos hoy, “vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno (adecuado, agradable) en gran manera” (Génesis 1:31).

Algunos se han preguntado: “Si Dios es bueno, ¿por qué no creó un mundo sin sufrimientos y tragedias?”. ¡Así fue que lo hizo! Solo tenemos que ver el Jardín del Edén y el plan

original de Dios para la humanidad para darnos cuenta de que todo era bueno. Sin embargo, Dios le dio al hombre libre albedrío y, lamentablemente, el resultado fue el sufrimiento. Él quiere que lo amemos libremente, no que seamos marionetas que no tienen poder de elegir. Él quiere que usemos nuestro libre albedrío para escoger su voluntad. Adán y Eva no escogieron la voluntad de Dios y, como resultado, el dolor entró en el mundo. Jesús vino para librarnos de la elección

trágica de Adán y Eva, pero no podremos ver la plenitud de lo que hizo hasta que vayamos al cielo. Pablo dice en Efesios que el Espíritu Santo que hemos recibido “es las arras de nuestra herencia [el pago inicial por nuestra herencia] hasta la redención de la posesión adquirida [completa]” (Efesios 1:14).

Este versículo es muy revelador. Cuando recibimos a Jesús como nuestro Señor y Salvador, nuestra vida mejora. Y cuanto más aprendemos de Él, y cómo caminar en obediencia a su voluntad, mejor se pone. Salomón dijo que el sendero del justo va en aumento hasta que el día es perfecto (ver Proverbios 4:18). Y Deuteronomio 7:22 dice que Dios nos libra de nuestros enemigos poco a poco.

Hasta la tierra clama esperando la redención total de los hijos de Dios. Este pasaje expresa esa verdad de una forma poderosa:

“Y no solo ella, sino que también nosotros mismos,

que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo”.

Romanos 8:23

Ahora vemos un anticipo de la bondad de Dios, pero llegará el día en que la disfrutaremos plenamente. Mientras haya carnalidad habrá pecado, y mientras haya pecado habrá sufrimiento. Dios no nos prometió que nos liberaría del sufrimiento mientras estuviéramos en la tierra, sino que disfrutaríamos del poder de su resurrección, que nos eleva sobre él (ver Filipenses 3:10). Es decir, Él nos ayuda a soportar el sufrimiento con gozo y serenidad. Jesús nos dijo que en el mundo tendríamos tribulación, pero debemos alegrarnos porque Él ha vencido al mundo (ver Juan 16:33).

Yo disfruto de la bondad de Dios lo más que puedo mientras estoy aquí en la tierra, y espero con ansias una vida mejor cuando ya no ocupe mi cuerpo y esté en mi hogar con el Señor. Hasta que ese día llegue, oro para que nunca ose decir algo más que no sea: “¡Dios es bueno!”. No importa lo que estemos sufriendo ni cuántas tragedias sucedan en la tierra: esas calamidades *no* son culpa de Dios. ¡Dios es bueno!

El sufrimiento no es permanente

Una de las cosas que más nos pueden alentar cuando estamos en medio del sufrimiento es recordar que eso no durará para siempre. Al menos no será así para quienes creen en Jesús, porque independientemente de lo mala que pueda ser la vida aquí en la tierra, tendremos una eternidad con Dios en la que se nos ha prometido que no habrá ningún tipo de dolor.

“Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron”.

Apocalipsis 21:4

La mayoría de los asuntos dolorosos se resolverán antes de que muramos y vayamos al cielo, pero incluso ante la posibilidad extrema de que el sufrimiento dure toda la vida,

todo eso será reemplazado con un gozo inimaginable. *Esto también pasará* es lo que debemos pensar cuando estemos sufriendo. Eso nos ayudará a no sentirnos abrumados. Hace poco tuve una sinusitis que me produjo un dolor de cabeza que duró 35 días. Estuve repitiéndome: “Esto también pasará” y en efecto así fue. Pero cuando tenemos tiempo sufriendo, comenzamos a pensar *esto nunca terminará*. Pero la mayoría de las cosas pasan con el tiempo.

Un corazón roto sana o puede sanar si dejamos que Jesús obre en nuestra vida. Salmos 147:3 dice: “El sana a los

quebrantados de corazón”. Las heridas sanan, las decepciones se convierten en nuevos sueños y todo final abre una nueva puerta.

Todos podemos ver nuestra vida pasada y recordar circunstancias dolorosas, pero todas esas situaciones han sido resueltas y ya no sufrimos a causa de ellas. Durante treinta años tuve dolores crónicos de espalda que limitaron mis movimientos. Hace un par de años consulté con un doctor nuevo que tuvo el atino de mandarme a hacer un examen que jamás me habían hecho. Descubrió que lo que yo tenía era probablemente un defecto de nacimiento en la cadera y que

eso me ocasionaba los dolores de espalda. Gracias a la increíble tecnología con la que contamos actualmente, me realizaron un reemplazo de cadera y ya no sufro de dolores de espalda. Puedo hacer muchas cosas que antes no podía hacer. Cualquiera podría pensar que si ha tenido el mismo problema durante treinta años, se trata de un padecimiento permanente. Pero en mi caso, cerré un capítulo que me regaló un nuevo comienzo.

Creo que nunca debemos renunciar a la esperanza de recuperarnos del sufrimiento. ¡La esperanza de mejorar es mucho mejor que la desesperanza! ¿Puede el corazón recuperarse de la muerte repentina y devastadora de un ser querido? Sí, porque Dios es el Dios de todo consuelo y todo es posible en Él.

El apóstol Pablo experimentó un sufrimiento que supera al que la mayoría de nosotros jamás tendrá, pero él se refirió a este como una tribulación leve y momentánea:

“Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria”.

2 Corintios 4:17

La actitud mostrada por Pablo puede ser nuestra actitud si decidimos confiar en Dios. Él afirmaba que no se fijaba en aquello que podía ver, sino en lo que no podía ver (ver 2 Corintios 4:18). Es decir, Pablo se fijaba en la vida en el Espíritu y no en la vida carnal. Él creía en la bondad de Dios incluso en medio del sufrimiento, y creía, según la Palabra de Dios, que pasaría la eternidad en un lugar glorioso donde todo el sufrimiento se convertiría en gozo.

CAPÍTULO 9

¿“Permite” Dios el sufrimiento?

“Todo lo que Jehová quiere, lo hace, en los cielos y en la tierra, en los mares y en todos los abismos”.

Salmo 135:6

Uno podría decir: “No creo que Dios cause el sufrimiento y la tragedia. No creo que Él sea el autor de eso pero, ¿lo permite? Si lo permite, ¿cuál es el propósito y cuál es la diferencia entre que Él lo permita y que lo cause? ¿Cómo puedo confiar en un Dios que es capaz de permitir que yo sufra por causa de la maldad y la tragedia?”. Sé que existen estas preguntas porque la gente me ha pedido que las responda.

También escuché a alguien decir: “No es la ciencia la que ha hecho que yo dude de la existencia de un ser supremo, sino todo el sufrimiento y la maldad que hay en el mundo”. Este hombre no podía relacionar la maldad que ha visto con la

existencia de un Dios que dicen que es bueno. Para algunos de nosotros la fe está por encima de todas estas preguntas, pero hay quienes necesitan respuestas para poder creer.

~~El dolor que sufrí por culpa de mi padre fue lo que me hizo~~
tener fe en Dios. El dolor y el sufrimiento eran más fuertes de lo que podía soportar, pero encontré paz, esperanza y sanación en mi relación con Dios. Los beneficios de conocer a Dios y creer en Él han sobrepasado con creces las dudas que tenía y ahora puedo dejarlas a un lado hasta que llegue el día en que, o bien reciba respuestas de parte de Dios, o esté con Él en el Paraíso, donde todas las preguntas serán respondidas.

~~Sin embargo, entiendo las dudas que tiene la gente y no~~
creo que este mal expresarías. Dios no se ofende por nuestras preguntas, pero no siempre considera conveniente responderlas. No importa cuántas respuestas recibamos, siempre tendremos otras preguntas para decidir si confiaremos o no en Dios, incluso cuando la vida no parezca tener ningún sentido.

Haré mi mejor esfuerzo para responder a la pregunta de si Dios “permite” o no el sufrimiento, pero quiero dejar claro de antemano que mis respuestas no son perfectas, especialmente para quienes estén buscando una excusa para no creer en Dios. Tampoco serán satisfactorias para los que sienten que tienen que entenderlo todo. Nuestra búsqueda de conocimientos es buena, pero puede ser nuestra destrucción si llegamos demasiado lejos. Uno de mis versículos favoritos se encuentra en Proverbios:

“Fíate de Jehová de todo tu corazón, y no te apoyes en tu propia prudencia. Reconócelo en todos tus caminos, y él enderezará tus veredas. No

seas sabio en tu propia opinión”. Proverbios 3:5–7

Cuando confiamos en nuestro propio entendimiento es imposible hallar paz. El primer pensamiento engañoso que nos susurra nuestro enemigo Satanás en su intento de alejarnos de Dios es: *¿Por qué pasó esto o aquello, y por qué me pasó a mí?* Si vamos al Edén, veremos que Satanás le susurró preguntas a Eva que finalmente la llevaron a caer en el pecado junto con Adán, cambiando así el curso del plan de Dios para el hombre. Satanás le dijo a Eva: “¿Conque Dios os ha dicho: ‘No comáis de todo árbol del huerto’?” (Génesis 3:1). Esa pregunta llevó a otra pregunta que Satanás ni siquiera necesitaba formular: *Si todos los frutos de los árboles del jardín son buenos, ¿por qué Dios querría privarme de alguno de ellos?* Eva comenzó a razonar y su razonamiento la llevó al engaño que alteró el curso de su vida.

Dios creó un mundo que era perfecto y que carecía de sufrimientos y tragedias. Él quería que Adán y Eva trabajaran con autoridad y dominaran la tierra, utilizando todos sus vastos recursos para servir a Dios y al hombre (ver Génesis 1:28). No fue Dios quien invitó al sufrimiento al mundo; fueron el hombre y la mujer que Él creó. Cuando escucharon a Satanás en vez de escuchar a Dios y comieron del fruto que Dios les dijo que no comieran, comenzó su sufrimiento. Por

una sola decisión pasaron de vivir libremente y disfrutar del amor y la comunidad con Dios, a esconderse de Él llenos de temor (ver Génesis 3:8).

Dios es soberano y por supuesto puede hacer lo que sea cuando sea, donde sea y a quien sea que Él quiera. Nosotros oramos y esas oraciones dependen de la soberanía de Dios. Dependemos de la promesa de que con Dios todo es posible (ver Mateo 19:26). Sin embargo, Dios decidió darle al hombre libre albedrío y eso cambia la dinámica de si sufrimos o no por causa de la maldad. ¿Obedeceremos a Dios o viviremos bajo nuestras propias reglas?

Dios nos ama y quiere que lo amemos, pero el amor no es amor verdadero si es obligado. Debe darse libremente para que pueda tener algún sentido. Si en verdad amamos, le damos a la persona libertad. He escuchado esta definición: El amor requiere de libre albedrío, y donde haya libre albedrío siempre habrá maldad, pero donde haya maldad puede haber un Salvador, y donde haya un Salvador puede haber redención, y donde haya redención puede haber restauración.

Dios le dio al hombre la libertad de decidir, con el conocimiento previo de que podría tomar una mala decisión que le abriría la puerta al dolor y al sufrimiento. Pero Dios no nos dejó sin opciones ni ayuda. Desde esta perspectiva, Dios permitió que el sufrimiento entrara al mundo, pero eso fue mejor que crear a un hombre títere, sin capacidad de elegir el amor o su comportamiento.

¡Dios nunca deja un problema sin solución! Sabiendo que esto pasaría, planeó desde el principio de los tiempos enviar a

su único Hijo, Jesús, para que pagara por los pecados y abriera un camino para que Dios volviera a tener una relación con sus hijos. Dios no ha eliminado el sufrimiento porque el

pecado sigue estando presente en el mundo y mientras siga habiendo pecado, habrá sufrimiento. Pero a través de Jesús Dios ha provisto el perdón de los pecados, consuelo, gracia, fortaleza y toda la ayuda que necesitemos para soportar pacientemente el sufrimiento cuando tengamos que hacerlo. Él ha ido aún más lejos y ha dicho que si confiamos en Él, hará que hasta nuestro más grande sufrimiento obre en nuestro beneficio:

“Y sabemos que a los que aman a Dios todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados”.

Romanos 8:28

Algo no tiene que ser obligatoriamente bueno para que algo bueno resulte de ello. Esto, en sí mismo, es prueba de que Dios es bueno y que su bondad puede neutralizar todos los efectos negativos de la injusticia y el sufrimiento personal. Esta es la razón por la que debemos tomar la decisión de confiar en Dios. Con o sin fe en Dios tendremos sufrimiento en esta vida. Jesús nos dijo que tendríamos tribulaciones en el mundo, pero continuó con esta asombrosa promesa: Él ha vencido al mundo (ver Juan 16:33). El pecado trajo sufrimiento, ¡y Jesús es la solución para eso! ¡Dios no nos ha dejado indefensos!

Si vamos a sufrir sin Dios, ¿por qué no mejor sufrir con Él, confiando en que nos librará del sufrimiento en el momento justo o sacará algo bueno de la situación? Para mí, lo único que tiene sentido es confiar en Dios. Confiar en Dios abre la posibilidad de que recibamos ayuda; mientras que no confiar o no creer en Dios nos condena al sufrimiento sin esperanza de salvación o sanación.

Dios pone cada cosa en su lugar para el bien de quienes lo aman, confían en Él ¡y quieren su voluntad! Nacemos con libre albedrío y cuando sufrimos también tenemos la opción de confiar en Dios o no confiar en Él.

El sufrimiento es producto del pecado

Si no hubiera pecado, no habría sufrimiento. Todo el sufrimiento y la maldad es producto del pecado. Puede ser resultado directo de nuestro pecado o el pecado de alguien más, o el resultado indirecto de vivir en un mundo caído. Satanás es el autor del pecado. Es el tentador y el embaucador, así que podemos decir con toda seguridad que Satanás es la fuente de nuestros problemas, pero también debemos asumir algo de responsabilidad al reconocer que gracias a nuestro libre albedrío, somos los responsables de elegir a quién seguimos o escuchamos. ¿Creeremos en Dios y escucharemos obedientemente sus instrucciones para nuestra vida o dejaremos que la carnalidad nos gobierne por medio de las mentiras de Satanás? Satanás nos ofrece un placer temporal que apela a nuestras emociones, tal como lo hizo con Eva; pero Dios nos ofrece una vida que va mucho más

allá de un simple placer temporal. Nos ofrece una relación justa con Él, paz, gozo y una vida significativa a través de la participación y la comunión.

Permítame aconsejarle que no intente vincular su sufrimiento con alguno de sus pecados. Muchas veces, la infelicidad de una persona enferma aumenta porque se siente culpable de lo que pudo haber hecho para abrirle la puerta a su enfermedad. Aunque le hayamos podido abrir la puerta a la

enfermedad con nuestro pecado, también es muy posible que no hayamos hecho nada malo para ocasionar el problema y

que este solo sea el resultado de vivir en un mundo pecaminoso en el que la enfermedad y los padecimientos son algunas de las consecuencias. No se atormenta con la culpa

cuando ya está sufriendo por causa de algún acontecimiento trágico o doloroso. Ni el mismo Dios nos hace sentir culpables cuando nos muestra que hemos hecho algo malo. Dios no nos condena: nos ofrece la oportunidad de arrepentirnos y recibir su perdón. Dios no nos rechaza; ese es trabajo del diablo.

Más allá de querer saber por qué hay sufrimiento o por qué el mundo está lleno de maldad, la gente quiere saber cuál es su propósito en la vida. Quiere sentir que vale algo. El problema

con el hombre no es el sufrimiento, sino el placer excesivo que ya no lo satisface en lo absoluto. Un país como la India, por ejemplo, está lleno de todo tipo de sufrimientos y es muy religioso. Aunque está lleno de religiones falsas, es un pueblo que busca a Dios. Creen en adorar a alguien más que a sí mismos. Pero el mundo occidental, que nació de una gran fe en Dios, ha disfrutado todo tipo de placeres y sin embargo parece que se aleja cada vez más de Él. Básicamente, el

mundo occidental le ha dicho a Dios que ya no es bienvenido. Nuestros países están abrazando el humanismo, que es el control del hombre, sin Dios. Y cuanto más abunde el pecado, más abundará el sufrimiento y la maldad. Pero independientemente de qué tanto una nación le dé la espalda a Dios, cualquiera que lo busque de forma individual, confiando en Él en todo, recibirá la gracia de contar con su ayuda en las dificultades. También experimentará salvación y protección contra el mal, aunque las Escrituras no prometan que

podremos evitarlo por completo. Estamos en el mundo y el mundo está lleno de pecado; por lo tanto, no podemos evitar totalmente sus efectos.

El sufrimiento se puede dividir en dos categorías: la primera es el sufrimiento que deriva de las decisiones morales y la segunda es el sufrimiento físico, el cual incluye desastres naturales como inundaciones, incendios, tormentas y similares. ¿Proviene estos desastres de Dios o son permitidos por Él? Los teólogos tienen posiciones encontradas al respecto. En vez de entrar en un debate teológico sobre este tema, prefiero considerar los desastres naturales como el gruñido de la tierra bajo el peso del pecado.

Siempre hay gente buena e inocente que es devastada por los desastres naturales. Prefiero ayudar a esa gente, en vez de discutir por qué ocurren los desastres. Hay gente que cree y confía en Dios, pero resulta afectada por los desastres naturales igual que la gente malvada. Estas son cosas que no podemos explicar, o al menos yo no puedo. Pero los que confían en Dios pueden tener la esperanza de que serán restaurados. La misericordia y la bondad siempre triunfan por encima del juicio.

¿Cuándo llegará la ayuda?

Pareciera que Dios nos ayuda algunas veces y otras no. Aunque nos parezca que es así, dudo que sea cierto. Quizás no siempre me dé la ayuda que quiero y de la manera que quiero, pero conocer el carácter de Dios me ayuda a confiar en que Él siempre me ayudará de la manera que sea mejor para mí. A menudo estamos tan concentrados en obtener lo que deseamos que pensamos que si Dios no nos lo da, no nos está ayudando en nada. Demasiada preocupación y voluntad propia puede hacer que no nos demos cuenta de lo que Dios está haciendo para ayudarnos.

Luego está el asunto del tiempo. A veces oramos y Dios nos ayuda y nos libera inmediatamente, pero otras veces su ayuda llega en un período de tiempo que no entendemos. Si estoy pasando por algo que me ocasiona sufrimiento y Dios quiere librarme, ¿por qué espera meses o incluso años para

hacerlo? Él siempre tiene sus razones, pero muy rara vez las comparte con nosotros. En ocasiones, Dios utiliza el sufrimiento para obrar en nosotros algo que no le hubiéramos permitido hacer en nuestros buenos momentos.

C. S. Lewis dijo: “El dolor insiste en que le prestemos atención. Dios nos susurra en nuestro placer, habla en nuestra conciencia, pero grita en nuestro dolor. Este es el altavoz que utiliza para despertar a un mundo sordo”.⁸

La primera vez que escuchamos a Dios no es necesariamente la primera vez que nos habla. He descubierto

que a veces mis propios pensamientos sobre un tema me han impedido recibir los pensamientos de Dios, los cuales son muy diferentes a los míos. Anteriormente mencioné que la respuesta de Dios para la resequead de mis ojs fue tomar más agua, pero como yo pensaba que ya tomaba suficiente agua, no estaba recibiendo su respuesta. Ahora miro hacia atrás y me doy cuenta de que Él utilizó a mucha gente para decirme: “Tal vez lo que necesitas es tomar más agua”, pero yo estaba presta para responder: “Yo ya tomo mucha agua, ¡esa no es la solución!”.

Hay un hombre llamado Naamán en 2 Reyes 5, que era comandante del ejército sirio. Era un hombre poderoso y valioso, pero tenía lepra. Por medio de una criada, llegó a sus oídos el mensaje de que el profeta Eliseo podía curarlo, así que llevaron a Naamán con Eliseo, junto a una carta del rey de Siria pidiéndole ayuda para el comandante. Cuando Naamán llegó, Eliseo no habló personalmente con él, sino que le envió un mensaje diciéndole que debía ir y lavarse siete veces en el río Jordán y que así sería sanado. Naamán enfureció y se marchó porque “pensó” que el hombre de Dios saldría a su encuentro y lo sanaría con una gran ceremonia. Tal parece que como era un gran comandante estaba acostumbrado a ser tratado como la realeza, pero ese no fue el caso esta vez.

La Biblia dice que Naamán se marchó enfurecido, diciendo que si hubiera querido lavarse en un río no habría tenido necesidad de viajar tan lejos porque había mejores ríos en el lugar donde vivía, pero uno de sus sirvientes le dijo: “Padre mío, si el profeta te mandara alguna gran cosa, ¿no la harías?

¿Cuánto más, diciéndote: Lávate, y serás limpio?” (2 Reyes 5:13). Dios utilizó a aquel humilde sirviente para desafiar el orgullo de Naamán, que era lo que le impedía recibir la sanación “que necesitaba desesperadamente. ¿Qué tan a menudo pensamos que algo debería ser de cierta forma y cuando Dios nos la ofrece de otra manera (su manera) lo descartamos porque no lo entendemos o incluso nos sentimos ofendidos?

La palabra de Dios dice: “Todo hombre sea pronto para oír, tardo para hablar, tardo para airarse” (Santiago 1:19). Pienso que muy seguramente recibiríamos algunas de las respuestas que necesitamos si escucháramos un poco mejor de lo que normalmente lo hacemos. Al menos sé que en mi caso es así.

Yo me frustraba muchísimo cuando era una joven cristiana inmadura porque siempre quería saber el “porqué” de cada cosa que no entendía o que no me gustaba. *Señor, ¿por qué mi ministerio se está tardando tanto en crecer? Señor, si estoy orando, ¿por qué no estás cambiando a Dave y a mis hijos?* Ahora la respuesta es obvia: Dios no estaba cambiando mi ministerio o mi familia porque era yo la que necesitaba cambiar, pero no era lo suficientemente madura para darme cuenta en ese momento. Estas experiencias me enseñaron que a veces Dios a veces espera para responder porque estamos haciendo la pregunta equivocada o porque no estamos listos para recibir lo que estamos pidiendo. La conclusión es que independientemente de cuál sea la pregunta, la respuesta siempre es la misma: ¡Confíe en Dios!

CAPÍTULO 10

Las razones de nuestro sufrimiento (Parte 1)

“Dad gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús”.

1 Tesalonicenses 5:18

Aunque nunca entenderemos completamente el sufrimiento, sí hay cosas que podemos aprender sobre él, y es prudente hacerlo. Cuando entendemos un asunto, por lo general se nos hace más fácil lidiar con él que si estuviéramos totalmente confundidos al respecto. Cuando no lo comprendemos, este puede convertirse en una carga mucho más difícil de llevar. Muchas de las respuestas que buscaba relacionadas con las causas de nuestro sufrimiento llegaron a mí a través de un proceso de maduración espiritual. Aprendí, por ejemplo, que

un poco de sufrimiento es, de hecho, bueno para mí. Necesito un poco de sufrimiento para que opere su trabajo en mí, pero

también debo oponerme firmemente a parte de él, ya que la intención de Satanás es destruirme. En el futuro, cuando haya crecido más en Dios, tal vez comprenda más, pero por ahora

compartiré con usted lo que he aprendido. Mostrar agradecimiento por todas las bendiciones que tenemos es como un bálsamo para el alma que sufre. Cuanto más nos enfoquemos en nuestro sufrimiento, más sufriremos, pero encontrar razones para estar agradecidos y enfocarnos en ellas es de gran ayuda. Si creemos que Dios es bueno, aun en medio del peor sufrimiento comprobaremos que nuestra confianza en Dios es fuerte y puede soportar cualquier cosa.

Nuestras palabras de gratitud en medio del sufrimiento son la mayor prueba de confianza en Dios que yo conozco.

El sufrimiento es real y poderoso. A veces es horrible y aparentemente insoportable. Puede que sea algo físico, espiritual, mental, emocional, financiero o relacional. Jesús sufrió más de lo que cualquiera de nosotros sufrirá jamás y la Palabra dice que Él aprendió sobre la obediencia a través de lo que sufrió (ver Hebreos 5:8). Jesús nunca fue desobediente.

Siguió mostrando agradecimiento y una actitud amorosa. Pero por medio de su sufrimiento, vivió en carne propia el costo que a veces tiene la obediencia, y estuvo dispuesto a pagar el precio para prepararse y servir como el Autor y la Fuente de nuestra salvación (ver Hebreos 5:9; 12:2). Él es el Sumo Sacerdote que entiende cualquier dolor que enfrentemos en esta vida (ver Hebreos 4:15). Jesús nunca nos pide que vayamos a dónde Él no ha ido. Me consuela saber que Él siempre ha ido delante de mí y ha abierto el camino para que

yo pueda transitarlo.

Con todo esto en mente, permítame mostrarle algunos puntos que debemos tomar en cuenta cuando nos enfrentamos al sufrimiento.

El pecado es la raíz del sufrimiento

Hemos dicho que nuestro propio pecado, el pecado de los demás o el resultado de vivir en un mundo pecaminoso y caído es la causa de todo sufrimiento, pero me gustaría extenderme un poco más en este tema para que se entienda mejor. La intención original de Dios no era que el hombre sufriera agonía y tormento, y es injusto culparlo por eso.

Una de las razones por las que la mayoría de la gente sufre en algún momento de la vida es por la enfermedad. Cuando escuchamos que el pecado y las enfermedades muchas veces están relacionados, se hace fácil volvernó muy introspectivos para tratar de identificar nuestros pecados. Aunque ciertamente algo que hayamos hecho puede haber causado una enfermedad determinada, ese no es siempre, de hecho casi nunca, el caso.

En la Biblia no hay ejemplos en el que Jesús conecte pecados específicos con enfermedades o padecimientos. Él es nuestro Sanador y varias veces utilizó sus curaciones para convencer a la gente de que si Él pudo sanar la enfermedad, también podrá perdonar el pecado (ver Marcos 2:9–11). Un estudio minucioso de la Palabra de Dios revela que tanto la sanación como el perdón de los pecados están incluidos en la redención de Cristo (ver Isaías 53:4–5). Dios no puede ser nuestro Sanador y al mismo tiempo la causa de nuestra enfermedad. ¡Imprimamos de una vez por todas en nuestro corazón la idea de que Dios es bueno y el diablo es el malo!

Cuando se acerca la época anual de los resfriados, todo tipo de gente sufre los efectos de esta afección: ¡La gente buena, la gente mala, los jóvenes y los mayores! La víctima puede ser cualquiera, así que dudo mucho que los que atrapan el resfriado o gripe sean los más pecadores, y los que no, los menos pecadores. Sin embargo, no está de más que cuando estemos enfermos le preguntemos a Dios si de alguna manera le hemos abierto la puerta a la enfermedad. A veces no sabemos cuidar de nosotros mismos y eso debilita nuestro sistema inmunológico, haciéndonos más vulnerables a las enfermedades de lo que seríamos si hubiéramos actuado diferente. Aunque Dios puede revelarnos algo que deberíamos evitar en el futuro, también puede ocurrir que no lo haga. Cuando Él guarda silencio, simplemente le pido que me sane y confío en que algo bueno resultará de eso.

Esto es fácil de entender cuando hablamos de una gripe o resfriado, pero se vuelve mucho más difícil de aceptar cuando la enfermedad es cáncer o algún otro padecimiento doloroso o mortal. Y cuanto más dolorosa es la situación, más difícil es para nosotros entenderla.

Yo tuve cáncer de mama en 1989, y solo ahora me he dado cuenta de que pude haberlo evitado si hubiera sabido cómo cuidar mejor de mi cuerpo. En ese momento, nuestro ministerio estaba comenzando y yo vivía bajo un estrés constante, ya que no sabía mucho sobre la confianza en Dios y la paciencia. Además de trabajar en el desarrollo del ministerio, estaba atravesando un proceso de sanación interna con Dios que era muy doloroso y difícil. No dormía lo

suficiente, no me ejercitaba adecuadamente, trabajaba demasiado, no descansaba lo suficiente, consumía mucha comida chatarra, tomaba demasiado café, no tomaba suficiente agua, con frecuencia estaba enojada y frustrada. Y la lista sigue y sigue. El resultado fue que el estrés ocasionó un desequilibrio hormonal que afectó mi ciclo menstrual y terminé en el consultorio del doctor, quien me recomendó hacerme una histerectomía y me colocó inyecciones de estrógeno. Las inyecciones me ayudaron mucho y me colocaba una cada diez días. Después de aproximadamente un año, se me diagnosticó un tumor de mama dependiente de estrógeno. Era un tipo de cáncer peligroso y de rápido crecimiento, y fue necesaria una cirugía radical.

Dios no me castigó en esta situación, ni me culpó por no cuidar mejor de mi cuerpo. La operación fue un éxito y ya no necesité más tratamientos. Para mí, fue un milagro. Pero Dios utilizó la situación como una oportunidad para empezar a enseñarme la importancia de respetar mi cuerpo, que es su templo; y ahora tomo mejores decisiones diarias en cuanto a mi salud física. He llegado al punto de creer que como hemos sido comprados por un precio y pertenecemos a Dios, es pecado irrespetar y abusar de nuestro cuerpo. Si esa noción le parece demasiado radical, póngala a un lado por ahora, pero lo invito a valorarse lo suficiente como para cuidar de usted mismo.

Al hablar con la gente me he dado cuenta de que muchos, tal vez la mayoría, abusan de su cuerpo. Tal vez sea simple ignorancia sobre la importancia de estar saludables, y por esta

razón (no por otra), es prudente preguntarle a Dios sobre la verdadera fuente de cualquier enfermedad que tengamos. Le sugiero que lea un buen libro sobre cómo mantenerse saludable en espíritu, alma y cuerpo. De verdad creo que le abrirá los ojos a muchas verdades que anteriormente no había percibido.

Dios fue muy misericordioso y compasivo conmigo cuando tuve cáncer, y el resultado pudo haber sido el peor. Quiero aclarar que al compartir mi experiencia no estoy diciendo que todo aquel que tenga cáncer no está cuidando su salud. No conozco todas las razones que están detrás de las enfermedades, pero sé que debemos invertir en nuestra salud y mantenernos lo más fuertes posible. Satanás ronda la tierra buscando a quien devorar, y yo haré todo lo que esté a mi alcance para asegurarme de que no sea a mí. En 1 Pedro 5:8 dice: “Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar”. Pedro nos dice que seamos sobrios para que no nos puedan devorar. Mi manera de abordar la vida era definitivamente desmedida. No podemos romper las reglas de salud de Dios que se encuentran en la Biblia y esperar que no haya consecuencias. Al final, estaremos muy agotados si no nos cuidamos.

Hace poco tuve una operación de reemplazo total de cadera debido a la artritis y la deformación de la articulación de la cadera. Aunque me sorprendió lo rápida que fue mi recuperación, sí sufrí de dolor intenso durante unos días, debido a un exceso de actividad de mi parte. El dolor era la

forma en que mi cuerpo me decía que bajara el ritmo, que disminuyera mi actividad y que fuera más paciente. El doctor incluso me dijo que dejara que el dolor me guiara en lo que podía y no podía hacer. Me dijo: “Si haces mucho un día y el dolor aumenta al día siguiente, disminuye la actividad y deja que el dolor se calme en esa área”.

Pablo dice en Efesios: “Tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes” (ver Efesios 6:13). Permanezca en Cristo, permanezca en su amor y confíe en que Él lo sanará. Haga lo que Dios le muestre que debe hacer y descanse en su amor, mientras espera su completa restauración y sanación.

Los hombres sabios sufren menos que los necios

Aunque los hombres sabios no se salvan de todo el sufrimiento, sí evitan muchas cosas que el necio no. Según la ley de Dios, cosechamos lo que sembramos (ver Gálatas 6:7; Mateo 7:1–2; Lucas 6:31). A mi juicio esto es algo sensato que deberíamos recordar a diario.

Si un hombre le ha sido infiel a su esposa varias veces, su relación se puede acabar. Es su culpa, y está cosechando lo que sembró. Si un individuo gasta en exceso y termina con una gran deuda, es su culpa, ya que ha sembrado neciamente y ahora está cosechando las consecuencias. El libro de Proverbios habla mucho sobre cómo las palabras del necio le pueden causar problemas. A continuación un ejemplo:

“Los labios del necio traen contienda; y su boca los azotes llama. La boca del necio es quebrantamiento para sí, y sus labios son lazos para su alma”.

Proverbios 18:6–7

También hay diversos pasajes que nos enseñan los beneficios de las palabras sabias. Este es solo un ejemplo:

“Hay hombres cuyas palabras son como golpes de espada; mas la lengua de los sabios es medicina”.

Proverbios 12:18

Además de esforzarnos por decir buenas palabras, debemos actuar sabiamente. Proverbios nos enseña que la sabiduría es lo más valioso que podemos buscar y practicar.

Las promesas hechas a los sabios son muchas y codiciadas: protección, riqueza, larga vida, ascenso, claridad y resguardo; por nombrar algunas.

Es evidente que no cosechamos o experimentamos de inmediato los efectos de las decisiones necias que hemos tomado, porque de lo contrario estaríamos en graves problemas. Afortunadamente, podemos recibir la misericordia y el favor de Dios, pero cuando sembramos necedad constantemente cosecharemos las consecuencias y tendremos algún tipo de sufrimiento.

Vivimos en un mundo fundamentado sobre bases morales y el comportamiento inmoral trae consecuencias. Por ejemplo, si alguien bebe alcohol y conduce un automóvil, puede salir lastimado o lastimar a otros. Si alguien tiene mal genio constantemente, es muy probable que termine quedándose solo. Si alguien asesina a otro, aunque reciba el perdón de Dios es probable que pase su vida en prisión. Quizás sea buena idea comenzar el día pensando que todas nuestras palabras y acciones tienen consecuencias. Eso nos ayudará a tomar mejores decisiones.

El apóstol Pedro habló sobre el sufrimiento que merecemos y el que no merecemos. Él dice que es mejor sufrir injustamente por hacer el bien que sufrir justamente por hacer el mal (ver Proverbios 2:19–20; 4:15–16).

Definitivamente, puedo decir que cuanto más estudio la

Palabra de Dios, aprendo de su sabiduría y la aplico en mi vida, menos sufro. ¡La Biblia es nuestro libro de instrucciones para la vida! Y puede ayudarnos a pensar cuidadosamente

cada decisión que tomemos, lo cual es muy importante porque cada decisión trae consecuencias. Quienes siguen la Palabra de Dios nunca serán víctimas de las circunstancias, no solo porque pueden tomar decisiones que los ayuden a superarlas, sino porque pueden aprender de ellas. Yo fui víctima de abuso sexual antes de conocer la Palabra de Dios, pero ahora estoy libre de sus efectos porque he tomado decisiones que están en sintonía con los caminos de Dios.

Sufriremos persecución a causa de nuestra fe cristina

Pablo le escribió a Timoteo recordándole que cualquiera que quiera vivir una vida consagrada sufrirá persecución a causa de su posición religiosa (ver 2 Timoteo 3:12). Pablo también dijo que aunque él había sufrido persecución, Dios lo había liberado de todas (ver Timoteo 3:11). Aprecio mucho el hecho de que en medio de cualquier sufrimiento tengamos la

promesa de ser liberados y el privilegio de contar con Dios para ello. Tenemos que ser pacientes y soportar las dificultades durante un poco de tiempo, pero Dios es fiel, y hasta que el momento de la liberación llegue nos fortalecerá para que soportemos con buena actitud, si estamos dispuestos a hacerlo.

Muy pocos son los que pueden decir que no han experimentado alguna clase de persecución a causa de su fe

genuina en Jesucristo. A menudo esta persecución llega en la forma de rechazo. Mi experiencia personal en este aspecto fue muy profunda y dolorosa. Cuando seguí el llamado de enseñar la Palabra de Dios, se me pidió que abandonara mi iglesia y mis familiares y amigos me rechazaron. Como seres humanos, nos resulta difícil encontrar unidad en la diversidad. Queremos que todos sean como nosotros porque si no lo son, sentimos que nuestros pensamientos, ideas y acciones están bajo ataque.

Yo me salía del rol tradicional aceptado de la mujer y

además creía que había escuchado a Dios. Eso era suficiente para que la gente enloqueciera. ¿Quién me creía que era? ¡No tenía la educación requerida! Era mujer, y las mujeres no hacen esas cosas en nuestros círculos religiosos. No me di cuenta de eso en el momento, pero fue el primer intento del diablo para que me diera por vencida y me quedara como estaba, infeliz e insatisfecha.

El Espíritu Santo les advirtió a los apóstoles que serían perseguidos, pero ellos valientemente siguieron adelante. Jesús nos enseña que los que escuchan la Palabra y la reciben con júbilo resisten durante un poco de tiempo, pero cuando las persecuciones (el sufrimiento) llegan por causa de la Palabra, se ofenden inmediatamente, tropiezan y caen (ver Marcos 4:16–17).

Todos queremos ser aceptados. Nadie disfruta el dolor del rechazo; es un dolor emocional que puede llegar a ser muy intenso y sus efectos pueden quedarse en nosotros durante mucho tiempo. Jesús fue rechazado y despreciado (ver Isaías 53:3). De hecho, Juan 15:25 dice que lo odiaban sin ninguna razón. Era bueno y no había hecho nada malo, y aun así era perseguido. Y Él nos dice que el alumno no es mejor que el maestro (ver Lucas 6:40). Si Él sufrió, podemos esperar que nosotros también.

Me gustaría compartir algunos versículos sobre sufrimiento que en años anteriores me costaba entender:

“Porque esto merece aprobación, si alguno a causa de la conciencia delante de Dios, sufre molestias

padeciendo injustamente. [...] Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas”.

1 Pedro 2:19, 21

No podía entender cómo era que Dios se podía llegar a complacer en mi sufrimiento, pero al final me di cuenta de que no es mi dolor y sufrimiento lo que le agrada, sino el hecho de que estoy dispuesta a sufrir por Él. No es nuestro sufrimiento lo que glorifica a Dios, sino nuestra capacidad de mantener una buena actitud en medio del sufrimiento. Cada vez que sufrimos Dios lo hace con nosotros, del mismo modo en que nosotros sufrimos cuando nuestros hijos sufren. Nada nos puede separar del amor de Dios, y Él nunca nos deja, ni por un instante (ver Romanos 8:38–39; Hebreos 13:5). Aunque *sintamos* que Él nos ha abandonado, como le ocurrió a Jesús en la cruz, no es así. Sea lo que sea que usted esté atravesando en este momento, sepa que Dios está con usted y que tiene un plan de liberación y sanación.

Jesús dijo que somos bendecidos cuando se nos persigue por causa de la justicia, y que nuestra recompensa será grande en el cielo (ver Mateo 5:10–12). Si usted es ansioso como yo y preferiría no tener que esperar a llegar al cielo para recibir la recompensa, Jesús le dice que si damos todo por Él y el evangelio, cosecharemos en esta vida y también en la venidera

(ver Marcos 10:29–30). En estos dos pasajes tenemos una promesa de recompensa tanto en el cielo como en la tierra. una

Una de las cosas a las que muchas veces hay que renunciar para servir a Dios de todo corazón es la reputación. Jesús no tenía ninguna reputación (ver Filipenses 2:7), y ahora puedo entender por qué. Si nos preocupa demasiado lo que los demás piensen de nosotros, jamás seguiremos a Cristo con total entrega. Yo sacrifiqué mi reputación frente a la gente que conocía cuando Dios me llamó, y Él me ha recompensado. Ahora tengo muchos más amigos que los que perdí en aquella ocasión.

Dios recompensa a quienes lo buscan diligentemente (ver Hebreos 11:6). Cuando sufra persecución, ¡acuérdesse de la recompensa que Dios tiene para usted! Si ha perdido su reputación, o ha sido juzgado y criticado injustamente por causa de su fe en Dios, no se desanime. Siga confiando en Dios y acuérdesse de su recompensa.

CAPÍTULO 11

Las razones de nuestro sufrimiento (Parte 2)

En el capítulo anterior, mencioné tres razones por las cuales sufrimos. La primera es la existencia del pecado. En segundo lugar hablé del sufrimiento ocasionado por las malas decisiones. Y en tercer lugar hablé del sufrimiento como consecuencia de la persecución por nuestra fe en Dios.

Sufrimos injustamente debido a los pecados de los demás

Este tipo de sufrimiento es muy difícil de soportar porque sentimos que somos completamente inocentes y que estamos sufriendo por algo que está fuera de nuestro control. El primer pensamiento que tenemos es: *esto no es justo*, y ciertamente no lo es. Pero aunque la vida no siempre es justa, quienes confían en Dios podrán ver su justicia a su debido tiempo y a su manera. Como Dios ama la justicia y se deleita en transformar lo malo en bueno. El es nuestro Vindicador, y nos recompensa cuando hemos sido tratados injustamente.

Sea por abuso en la infancia; tratos injustos debido al color de su piel, su género, nacionalidad o miles de otros motivos, el trato injusto lastima profundamente, y si no lo manejamos adecuadamente puede dejar profundas cicatrices en el corazón que afectan nuestra forma de vivir.

Una de las características de Dios que más me encantan es que es un Dios de justicia. Aquí una de las promesas en las que podemos confiar:

“Pues conocemos al que dijo: Mía es la venganza, yo daré el pago [a quien mal actúa], dice el Señor. Y otra vez: El Señor juzgará a su pueblo”.

Hebreos 10:30

¡Vaya! Que pasaje maravilloso y reconfortante; y si usted

está sufriendo debido al trato injusto de parte de otra persona, guarde estas palabras en su corazón y confíe en que Dios cumplirá esta promesa en su vida.

Yo he experimentado su justicia muchas veces en mi propia vida. Mencione el rechazo que sufrí al principio de mi ministerio, y aunque tuvo que pasar mucho tiempo, muchos de los que me hirieron se han disculpado y han admitido que su forma de tratarme fue equivocada.

Ser recompensado por una injusticia significa que se nos resarce por lo que nos ha pasado. No hay nada mejor que observar cómo Dios nos honra y nos bendice porque alguien nos ha tratado injustamente. Pero debemos rehusarnos a tratar de hacer que los demás paguen por las injusticias que hemos sufrido, si queremos que Dios nos vindique.

Después de sufrir abuso sexual por parte de mi padre, y de ser abandonada por mi madre y otros parientes que no hicieron nada para ayudarme en medio de esa situación, definitivamente tenía actitudes que estaban envenenando mi vida. Quería vengarme de la gente que me había lastimado, así como de los que no me habían ayudado. Estaba amargada, llena de resentimiento y sentía que el mundo me debía algo. Por supuesto, ninguna de esas actitudes funcionaba. No solucionaban mi problema ni me hacían sentir mejor. Al contrario, solo perpetuaban mi infelicidad. Había sido abusada, y eso ya era muy malo, pero muchos años después aún era una víctima y me había quedado estancada en lo que había pasado. De verdad, sentía que nunca tendría una vida emocional normal o saludable.

Era cristiana, pero no conocía realmente la Palabra de Dios. Había nacido de nuevo, pero todavía hacía todo a mi manera, en vez de aprender a seguir la dirección de Dios. Cuando entendí que Dios ama la justicia y que Él mismo quería enfrentar las cosas de mi pasado en vez de dejarme que yo lo hiciera a mi manera, todo comenzó a cambiar para mí. No diré que todo cambió de un día para otro, pero poco a poco mi quebranto fue sanado y Dios tomó todo lo malo que me había pasado y sacó algo provechoso de ello.

Dios quiere que soltemos el pasado y perdonemos a nuestros enemigos completamente; que oremos por ellos e incluso los bendigamos, mientras Él nos va mostrando cómo hacerlo. Mi padre con el tiempo me pidió perdón y lloró de arrepentimiento. Tuve el privilegio de llevarlo a los pies del Señor y de bautizarlo. Me expresó lo orgulloso que estaba de mí y del trabajo que estaba haciendo en el ministerio.

Creo que no me equivoco al decir que la mayoría de nuestros sufrimientos provienen de un trato injusto por parte de personas malvadas, pero algunas veces puede ser por parte de gente que dice amarnos. En ese caso, las heridas son aun más profundas. Pero independientemente de la profundidad o intensidad del problema, Dios puede tratarlo, sanarlo, sacar algo bueno de él y compensarnos por el dolor pasado.

Él nos da belleza por cenizas, y gozo para reemplazar el duelo (ver Isaías 61:1–3). Y promete compensar lo que hemos perdido.

“Entonces Jehová hará volver a tus cautivos, y

tendrá misericordia de ti, y volverá a recogerte de entre todos los pueblos a donde te hubiere esparcido Jehová tu Dios”.

Deuteronomio 30:3

Nadie quiere sufrimiento y dolor en la vida, pero debemos saber que cuando los estamos enfrentando, Dios está listo para recompensarnos si seguimos su dirección y confiamos en que Él lo hará.

Sufrimos porque tratamos de cambiar aquello que solo Dios puede cambiar

Creo que una de las primeras cosas que tuve que aprender y que alivió mucho mi sufrimiento emocional fue que yo no estaba en control del universo. Nací con un temperamento naturalmente fuerte y una agresiva actitud de “llevar las riendas” que me impulsaba a tratar de controlar y cambiar muchos asuntos sobre los que no tenía autoridad. Me tomó

~~varios dolorosos años entender que Dios estaba mucho más interesado en cambiarme a mí que a mis circunstancias desagradables.~~ Yo, por supuesto, también trataba de cambiar a la gente que me rodeaba para que pudieran hacerme más feliz y se adaptaran mejor a mí, pero tenía que aprender (y eso no ocurrió fácil ni rápidamente) que solo Dios puede cambiar a la gente, y que incluso Él no puede hacerlo si la gente no quiere su ayuda.

Una vez que aprendí a valorar a la gente como era en vez de como yo quisiera que fuera (y aún lo aprendo diariamente) mucho de mi sufrimiento e infelicidad cesó. Necesitaba humildad urgentemente y aunque Dios nos invita a “humillarnos” muy pocos están dispuestos a hacerlo, así que Él lo hace por nosotros. Lo logra poniéndonos en medio de gente que nos frustra y nos irrita, y como consecuencia de nuestra desesperación por parar de sufrir por culpa de ellos, nos damos cuenta de que Dios los está usando para tratar un

problema arraigado en nosotros. Dios es nuestro Liberador, y

aunque le pueda tomar más tiempo del que nos gustaría, ¡Él siempre usará lo malo en nuestra vida para sacar algo bueno!

¿Alguna vez ha pensado que *nuestra* reacción ante el problema puede ser el verdadero problema y no lo que inicialmente creíamos? Durante años pensé que era infeliz porque Dave no satisfacía mis necesidades, pero Dios me mostró que el verdadero problema era mi actitud egoísta. Vivía tratando de cambiarlo, pero ninguno de mis esfuerzos producía el cambio deseado, porque Dios estaba usando la situación para llegar a la verdadera raíz de mi problema.

La Palabra de Dios nos dice que un pastorcito llamado David fue ungido para ser rey. Pero mucho antes de usar la corona, tuvo que trabajar y tratar con el malvado rey enloquecido que estaba destinado a reemplazar. Mucho de lo que le pasó a David en manos de Saúl parecía injusto, pero había un propósito en ello.

Una vez escuché que Dios usó al rey Saúl para sacar el “Saúl” de David antes de que se convirtiera en un rey como Él. Lo mismo me ocurrió a mí. Al analizar la crueldad que había en el comportamiento de mi padre, ahora reconozco que adquiriré muchos de sus rasgos de carácter, aunque en ese momento no me daba cuenta. Era una mujer llamada a trabajar en un ministerio, pero tenía el corazón endurecido por el abuso que había sufrido en mi niñez. Mis modales eran rudos y era muy legalista en relación con lo que la gente podía o no podía hacer. Para tener una relación conmigo había que seguir mis reglas, y recalco, ¡“mis” reglas! Tenía carisma, pero me faltaba el carácter cristiano que necesitaba para hacer la

labor que tenía por delante. No veía mi comportamiento porque estaba enfocada en las heridas y lesiones que tenía en el corazón y que necesitaba resolver. Ser cristianos no significa que nos pasemos la vida cambiando nuestro comportamiento, pero sí debemos dejar que Jesús nos transforme de adentro hacia afuera y nos moldee a su imagen.

Dios usó a un líder espiritual y algunas personas que no me trataban bien para ayudarme a entender que nunca debo tratar a otros de la forma en que ellos me han tratado. Dios me hizo un gran favor poniéndome en contacto con esta gente durante varios años, y aunque fue muy doloroso, me ayudó tremendamente y me hizo una mejor persona. Suelo decir que a veces necesitamos que algo difícil o desagradable nos ocurra para poder vernos como realmente somos y no como creemos que somos. Nuestro pensamiento se puede obnubilar fácilmente con el orgullo, ocasionando que juzguemos y critiquemos a los demás. Aunque estemos haciendo algunas de las cosas que criticamos en ellos, no lo vemos (Romanos 2:1).

Me parece que Pedro es un buen ejemplo de esto. Pedro era agresivo y quería opinar en todo. Estaba destinado a grandes cosas, pero su ego era enorme. Su actitud debía cambiar por su propio bien. Cuando Jesús le dijo que Satanás lo iba a sacudir como trigo en las pruebas que enfrentarían, y que Él había orado para que no cayeran, Pedro declaró rápidamente que estaba listo para ir a prisión, incluso morir con Jesús si era necesario. Terminó negando a Cristo tres veces ese día y, a causa de su falla, terminó viéndose como

realmente era. Era un hombre débil que necesitaba perdón y la ayuda de Dios (ver Lucas 22:31–34, 55–62). Cuando Jesús le dijo a Pedro que había orado por él, Pedro debió haberle agradecido y haber admitido que necesitaba urgentemente toda la ayuda que le pudiera dar.¹

Después de negar a Cristo, Pedro se arrepintió y lloró amargamente, y se convirtió en uno de los apóstoles más extraordinarios y efectivos. No es nuestra debilidad lo que nos causa problemas, sino nuestra poca disposición a enfrentarla. Es más sabio pedirle a Dios que nos ayude todos los días y que nos muestre lo que le esté impidiendo a Él hacer lo que desea con nosotros. Siempre debemos desear la voluntad de Dios más que cualquier otra cosa.

Pedro nos exhorta a humillarnos bajo la poderosa mano de Dios para que en su momento Él nos exalte (ver Pedro 5:6). Humillarnos significa quedarnos en una situación en vez de batallar para liberarnos de ella porque es difícil. Nadie quiere sufrir, pero debemos estar dispuestos a hacerlo si eso es lo que se requiere de nosotros.

Supongamos que una mujer está casada con un hombre que abusa físicamente de ella y sus hijos. En esa situación, ella definitivamente no debe permanecer en el abuso. Debe alejarse del hombre. Mi madre se quedó con mi padre sabiendo lo que él me estaba haciendo, y ese fue probablemente el peor error que cometió en toda su vida.

Pero digamos que un individuo trabaja en una compañía donde él es el único cristiano, y por ende el único en la posición de ser testigo de Cristo. Este individuo es rechazado

y escarnecido por los demás compañeros, incluso ignorado para ascensos y reconocimientos. ¿Debería irse y evitar esta situación incómoda, u orar para que Dios le deje claro si desea que se vaya, y en caso de que no, aceptar que se haga su voluntad? En este caso, Dios tal vez quiera que permanezca un poco más en la situación difícil porque Él necesita un instrumento allí que lo represente y que Él pueda usar. En 2 Timoteo 4:2 dice que debemos estar preparados para servir a Dios, “que prediques la palabra; que instes a tiempo y fuera de tiempo; redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina”.

Cuando una situación o persona nos causa sufrimiento, siempre debemos preguntarle a Dios cómo debemos manejarla. No es sabio tomar decisiones cuando estamos sufriendo sin pedir la dirección del Espíritu Santo. Pablo les dijo a los Gálatas que si eran espirituales, se sobrellevarían (tolerarían) las cargas los unos a los otros (ver Gálatas 6:2). Mi primer pensamiento sería decir: “No tengo por qué tolerar esto y no voy a hacerlo”, pero por otro lado, Jesús me tolera y me siento feliz de que así sea.

Después de atravesar tantas vicisitudes en mi vida, me he dado cuenta de que Dios siempre nos concede su gracia en medio de nuestra situación. Es decir, si hacemos lo que Él quiere, Él nos dará todo lo necesario para que podamos realmente disfrutar lo que para otros puede ser una situación insostenible.

Recuerdo que en mis primeros años como cristiana parecía que siempre estaba luchando contra algo. Si no era una cosa,

era otra. Mi estado de ánimo dependía casi totalmente de mis circunstancias. Por ejemplo, cuando a una de mis conferencias asistía mucha gente, me sentía feliz, pero cuando no asistía mucha gente me desanimaba y decía un montón de cosas negativas. Así que hacíamos todo lo posible por aumentar la asistencia, pero cuando la asistencia bajaba y subía, mi estado de ánimo también bajaba y subía. Finalmente, me di cuenta de que estaba tratando de cambiar algo que no podía cambiar, pero que Dios sí podía, y que lo haría en el momento adecuado. Nuestro tiempo está en sus manos (ver el Salmo 31:15). Con el tiempo le entregué mis preocupaciones a Dios y les puedo asegurar que su paz llegó, tal y como él lo prometió (ver Filipenses 4:6–7).

Nuestras conferencias tienen mejor asistencia ahora, pero a veces alguna no la tiene por alguna razón, y aunque aún no me gusta, no sufro como antes, simplemente porque no me niego a aceptarlo. Lo acepto y sigo con mi vida.

La próxima vez que se encuentre sufriendo emocional y mentalmente por estar tratando de cambiar algo que no le gusta, pregúntese si está tratando de hacer algo que solo Dios puede hacer, y si es así, le invito a soltarlo y dejar que Dios actúe.

Sufrimos porque vivimos en un mundo imperfecto

Hemos visto que podemos sufrir debido al pecado propio o al pecado de otros. Pero una de las causas principales de nuestro sufrimiento es simplemente que vivimos en un mundo lleno de pecado, y parece que cuanto más perdura la tierra, más se agrava el pecado. Creo que en cada generación la gente se sorprende más de lo mal que las cosas se han puesto en el mundo. Recuerdo que cuando era niña escuchaba a los

adultos hablar sobre lo mal que estaba todo, y ahora hablamos de lo sorprendidos que estamos por lo que está pasando en el mundo, y a menos que el Señor regrese primero, nuestros hijos algún día se sentarán a hablar sobre lo terrible que se ha vuelto todo, mucho peor de lo que ha estado nunca. La maldad y la perversión son progresivas. No se quedan estáticas, sino que se agravan y se multiplican. Dave recuerda cuando por primer vez le robaron a un repartidor de

periódicos en nuestra ciudad, y eso fue alrededor de 1950. Para la gente fue impresionante, simplemente no podían entender que algo así estuviera ocurriendo. Pero si observamos lo que está ocurriendo actualmente, el robo a un repartidor de periódicos no sorprendería a nadie. Es preocupante que la situación sea tan mala y, tristemente, a medida que vaya empeorando más sufrimiento habrá. Aunque no tenemos todas las respuestas, sí tenemos el

privilegio de confiar en Dios.

1- ¿Protege Dios a los que ponen su confianza en El? Creo

firmeramente que sí. A menudo escuchamos historias de cómo Dios protegió a alguien, y también tenemos nuestras propias historias. Pero, ¿qué podemos decir de esos momentos en los que pareciera que no tenemos su protección y terminamos sufriendo por algo que simplemente no entendemos? Volvamos al brillante comentario de Lee Strobel: “La respuesta final de Dios al sufrimiento no es una explicación, sino la encarnación”. Nadie puede explicarlo todo, pero Jesús puede redimirlo todo.

Una de nuestras empleadas recientemente perdió su hogar y todos sus enseres en una inundación que ocurrió en San Luis. Ella es la directora de nuestras misiones médicas y ha sacrificado mucho para viajar a los países del tercer mundo y ayudar a la gente. Es una mujer consagrada y proviene de una buena familia. ¿Por qué le tuvo que pasar esto a ella? Algunas veces las tragedias ocurren simplemente porque estamos en el mundo. La buena noticia es que Dios está redimiendo su situación. La gente y varios ministerios están ayudando a su familia a reconstruir y comprar lo que necesitan, y cuando todo esté terminado, tendrá una casa y muebles mucho mejores que los que tenía antes.

Conozco otros cristianos que casi perdieron sus hogares. Ellos sintieron que Dios los protegió, y cuando escuchamos sus testimonios, nos regocijamos con ellos. ¿Por qué unos fueron preservados y otros no? Una vez más, no debemos concentrarnos en buscar una explicación, acerquémonos a la encarnación y observemos a Dios redimir y restaurar el dolor y convertirlo en ganancia.

CAPÍTULO 12

Al otro lado del sufrimiento

“Afligieron sus pies con grillos; en hierro fue puesta su alma”.

Salmo 105:18 (JBS)

José era un hombre joven que soñaba con lograr grandes cosas. Sus hermanos lo odiaban y estaban celosos de él porque era el hijo menor de Jacob y su favorito. Su odio se

volvió tan intenso, que un día se lo llevaron y lo vendieron a unos comerciantes que esclavos, luego volvieron con una prenda de ropa empapada con sangre y le mintieron a su padre diciéndole que José había sido asesinado por un animal salvaje.

José vivó muchos años de situaciones trágicas e injustas que le causaron un gran sufrimiento, y sin embargo se mantenía fiel a Dios y seguía confiando en Él. Dios lo

favoreció dondequiera que estuvo y finalmente lo posicionó

como segundo al mando por debajo del faraón de Egipto.

Como resultado, Dios utilizó a José para salvar a mucha gente, incluyendo a su propia familia de la inanición durante una hambruna que hubo en esa tierra. Es asombrosa la reacción de José hacia sus hermanos cuando estos descubrieron que estaba en una posición de poder y podía hacerles pagar todo el dolor y el sufrimiento que le habían hecho pasar injustamente por el trato cruel que le dispensaron en aquellos años:

“Vinieron también sus hermanos y se postraron delante de él, y dijeron: Henos aquí por siervos tuyos (tus esclavos). Y les respondió José: No temáis; ¿acaso estoy yo en lugar de Dios? Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien, para hacer lo que vemos hoy, para mantener en vida a mucho pueblo”.

Génesis 50:18–20

Este extracto es maravilloso si lo analizamos cuidadosamente. Después de todo lo que José había pasado, en vez de estar amargado vio la mano de Dios sacando lo bueno de toda la situación. En vez de estar amargado estaba preparado para ayudar a sus hermanos. Esto es el resto de lo que dijo:

“Ahora, pues, no tengáis miedo; yo os sustentaré a vosotros y a vuestros hijos. Así los consoló y les habló al corazón”

Génesis 50:21

José es mi héroe si hablamos de alguien que ha experimentado tratos injustos y trágicos y los ha manejado exactamente de la manera que Dios quiere que lo hagamos. No en balde fue un hombre poderoso. Vivió hasta los 110 años y disfrutó muchos más buenos años en su vida que años de sufrimiento. José tuvo una gran victoria al otro lado de su sufrimiento. Se podría decir que su sufrimiento lo elevó a una vida mejor. Si nos mantenemos constantes y seguimos confiando en Dios, incluso en medio del sufrimiento seremos el tipo de persona a la que Dios le puede dar grandes responsabilidades y bendiciones.

Cuando estamos dispuestos a perdonar a quienes nos han lastimado, nos estamos haciendo un gran favor a nosotros mismos, porque es imposible disfrutar la vida y al mismo tiempo estar llenos de amargura. Este ejemplo que acabamos de ver sobre la vida de José es uno de los que deberíamos seguir.

Unos años después de haber sido vendido como esclavo, José estuvo en prisión durante trece años por un delito que no había cometido. Estaba atado con cadenas de hierro y el Salmo 105, el cual cité anteriormente, dice que “en hierro fue puesta su alma” (JBS). ¿Qué significa eso? Si lo analizamos desde el punto de vista práctico, pareciera que si su alma entraba en el hierro, se fortalecería. En otras palabras, su

sufrimiento lo estaba convirtiendo en una mejor persona y lo

ayudaba a prepararse para gobernar Egipto.

Con frecuencia escuchamos la frase “lo que no te mata te fortalece”, y es una gran verdad. Confiar en Dios en todo momento durante las situaciones dolorosas siempre trae una recompensa y rinde sus frutos al final. Una de las recompensas es que nos hacemos más fuertes.

En el libro de Isaías vemos a Dios hablándole a la gente por medio de los profetas y exhortándolos a no tener miedo por lo que iban a atravesar, porque Él los estaba fortaleciendo:

“No temas, porque yo estoy contigo; no desmayes, porque yo soy tu Dios que te esfuerzo; siempre te ayudaré, siempre te sustentaré con la diestra de mi justicia [...]. He aquí que yo te he puesto por trillo, trillo nuevo, lleno de dientes; trillarás montes y los molerás, y collados reducirás a tamo”.

Isaías 41:10, 15

Este es otro ejemplo de la promesa que Dios nos ha hecho de utilizar nuestros problemas para hacernos más fuertes y mejores de lo que éramos, pero todo depende de si estamos dispuestos a depositar nuestra confianza entera en Dios cuando atravesemos situaciones dolorosas en la vida. Sea lo que sea por lo que usted esté atravesando en este momento, esta promesa es para usted. Nuestros enemigos tal vez son peligrosos, pero Dios sacará lo mejor de la situación y en el proceso nos convertirá en mejores seres humanos. Cuando la

vida sea dolorosa y difícil, debemos recordar que Dios nos

una corta historia que escuché una vez, la cual ilustra hermosamente este punto:

Un hombre recién casado regresaba a casa con su esposa.

En una parte del viaje, debían atravesar un lago en una embarcación. Cuando lo estaban haciendo, se desató una tormenta que sacudía la embarcación fuertemente y la mujer comenzó a asustarse. Pero el esposo se veía muy calmado, así que ella le preguntó por qué no tenía miedo.

Él sonrió, sacó un cuchillo de su estuche y lo acercó a la mujer como si fuera a hacerle daño. Ella ni siquiera parpadeó y cuando él le preguntó por qué no tenía miedo ella le dijo:

“¿Por qué debería asustarme? Sé que me amas y que es imposible que me hagas daño”.

El hombre le respondió: “Esa es la misma razón por la que no estoy asustado por la tormenta. Sé que Dios nos ama y, a pesar de lo que pase, el sacará lo mejor de esto para nuestro bien”.

Independientemente de cuántas tormentas atravesemos en la vida, siempre estaremos seguros en las amorosas manos de Dios.

Compasión y empatía

He descubierto que mi propio sufrimiento me ha ayudado a sentir más compasión por aquellos que de alguna manera están sufriendo. Si nunca hemos experimentado el dolor de ser maltratados, o enfrentado una pérdida, será muy difícil identificarnos con lo que están atravesando los demás.

Es muy fácil dar consejos, pero si no tenemos ninguna experiencia nuestra actitud podría terminar siendo hasta poco

considerada. Vamos a suponer por un momento que tengo veintinueve años y que mi vida ha sido bastante fácil hasta ahora. Tengo unos padres grandiosos que siempre han velado por mí y me han dado casi todo lo que he querido. Soy inteligente, así que sacar buenas notas en la universidad no es problema para mí. Mi padre me aseguró un trabajo soñado en una de sus empresas, incluso antes de graduarme en la universidad. ¡La vida es buena! Pero una compañera de

trabajo, a quien he llegado a conocer muy bien, parece estar desanimada e incluso deprimida y yo me pregunto cuál será el problema, pero no me molesto en preguntarle. Finalmente, mi amiga trata de contarme sobre las graves dificultades financieras que tiene. Rápidamente le sugiero que llame a sus padres y les pida ayuda, porque eso es lo que yo haría. Me cuenta que sus padres abusaron de ella cuando era niña y que están distanciados. Me asegura que no es posible recibir

ayuda de ellos. Como no puedo imaginarme a unos padres

ayuda de ellos. Como no pueda imaginar a unos padres abusando de sus hijos, desestimo su problema con una

afirmación desconsiderada. Digo: “No te preocupes, ya saldrá algo” y me marchó.

Dejo a mi amiga vacía y sola. Lo más triste de todo es que estoy muy bendecida financieramente gracias a la generosidad de mis padres y pude haberla ayudado un poco, pero mi falta de experiencia con el sufrimiento me ha vuelto indiferente con los que han sido lastimados.

En el mundo hay mucha gente así. No son malos, ¡pero no tienen ninguna experiencia! En algún momento tendrán alguna dificultad en la vida que espero los cambie para mejor.

Yo no soy como esa chica de veinticinco años que ha tenido una vida fácil. Nunca tuve padres que realmente me amaran o que de alguna forma me ayudaran cuando era niña, y además eran abusivos. Mi infancia estuvo llena de miedo, sufrimiento y soledad. Me gustaría decir que cuando llegué a la adultez sentía mucha compasión por quienes estaban sufriendo, pero tenía el corazón endurecido. Antes de poder cambiar, necesitaba una profunda relación con Cristo y muchos años de experiencias a través del dolor personal y el sufrimiento.

Cuando tuve cáncer, comencé a sentir mucha más compasión por los que han recibido un diagnóstico tan grave. Después de padecer de migrañas durante diez años, tengo la fe para orar compasivamente por la sanación de los que padecen dolores de cabeza. Gracias a la misericordia y la Palabra de Dios, finalmente pude perdonar a mi padre por abusar sexualmente de mí y sé de primera mano que es mucho mejor perdonar que llenarse de odio y amargura.

mucho mejor perdonar que llenarse de odio y amargura.

Comencé un ministerio sin nada, excepto Dios y un sueño, y sigo en él cuarenta años después. He aprendido mucho gracias a la experiencia, pero ha sido costoso. He lidiado con gente que me ha juzgado y me ha criticado y he sentido que no era apta para el ministerio por muchas razones, pero también sentí el consuelo de Dios en esos momentos y ahora puedo consolar a los demás. Dios nos enseña a consolar a los que sufren consolándonos Él mismo cuando somos nosotros los que estamos sufriendo.

“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda consolación, el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos también nosotros consolar a los que están en cualquier tribulación, por medio de la consolación con que nosotros somos consolados por Dios”.

2 Corintios 1:3–4

Recuerdo vívidamente cuántas veces traté de compartir con los demás lo que me estaba pasando y simplemente no sabían cómo ayudarme. No podían identificarse con mi dolor porque nunca lo habían sentido. No podían consolarme porque nunca habían necesitado el consuelo de Dios o a lo mejor sí lo necesitaban, pero no sabían cómo pedirlo y recibirlo. Siempre digo que no podemos dar lo que no tenemos. Primero

debemos recibir de Dios y luego lo que Él nos ha dado podremos

...a través de nosotros hacia los demás. El nos ha dado poder

La gente que acude a nosotros con sus problemas, la mayoría de las veces sabe de antemano que no podemos resolverlos. Lo que están buscando es comprensión, consuelo y compasión. Al otro lado del sufrimiento, nos volvemos más blandos, tiernos, gentiles, compasivos y empáticos. Estas cualidades son algunas de las que admiramos en nuestro Señor y las que nos califican para ministrar en su nombre.

Desarrollar empatía y compasión por los demás es una de las bendiciones que adquirimos al otro lado del sufrimiento. ¡El simple don de la compasión es muy valioso para el que está lastimado!

No es solo nuestro sufrimiento lo que nos califica para ser utilizados por Dios y ayudar a los demás. Ciertamente, Dios utiliza de forma poderosa a quienes han tenido padres grandiosos, una buena infancia, abundancia económica y cualquier otra ventaja. Sin embargo, ese tipo de gente es escasa, simplemente porque la vida nos toca vivirla a todos y no siempre es bonita.

Una relación más profunda con Dios

Uno de los beneficios que encontré del otro lado del sufrimiento fue una relación más estrecha con Dios. Cuando estamos en una posición en la que nadie puede ayudarnos excepto Dios y depositamos nuestra confianza en Él, experimentamos las abundantes maravillas de su ser y su bondad. Experimentamos su fidelidad, su justicia, su gracia, su misericordia, su sabiduría y su poder, solo por nombrar

algunas. Pablo dijo que estaba decidido a conocer a Cristo y familiarizarse íntima y profundamente con sus maravillas. Dijo que quería conocer el poder de la resurrección de Cristo y afirmó: “la participación de sus padecimientos” (ver Filipenses 3:10).

Hay varias nociones poderosas en este pasaje:

1. ¡Pablo estaba decidido!

Debemos tener determinación si queremos alcanzar algo en la vida. No es lo que hacemos bien una o dos veces lo que nos da la victoria, sino lo que hacemos bien repetidas veces.

2. Pablo quería conocer a Cristo más íntima y profundamente.

Pablo no quería simplemente *saber* de Cristo, ¡él quería *conocerlo*! Quería tener una relación personal y estrecha con Él. Esto es posible para cualquiera que lo desee y esté

El. Esto es posible para cualquiera que lo desee y este dispuesto a buscar a Jesús de todo corazón.

3. Pablo quería conocer mejor y claramente las maravillas de Cristo.

Pablo conocía a Cristo. Tuvo un asombroso encuentro con Él en el camino a Damasco, pero él quería más. Nunca debemos darnos por satisfechos si no estamos creciendo espiritualmente. Hay mucho que aprender sobre lo asombroso que es Jesús y cuanto más lo busquemos, más lo conoceremos. Cuando caminamos en la vida junto a Él, descubrimos que está con nosotros en toda clase de situaciones. Nunca nos deja, ni nos abandona.

4. Pablo quería sentir el poder de la resurrección de Cristo, que nos levanta de entre los muertos, incluso mientras estamos en el cuerpo.

Cuando conocemos a Jesús de verdad, íntima y profundamente, podemos tener paz y gozo incluso en los momentos difíciles. Debemos confiar en que Él sacará lo bueno de cualquier situación que estemos enfrentando, por

muy dolorosa que sea. No tenemos que vivir una vida de derrota si tenemos el poder de la resurrección de Jesús.

Cuando hemos experimentado el poder de Dios en nuestra vida, se hace más fácil confiar en Él la próxima vez que tengamos una necesidad. Dios quiere mostrar su poder en nosotros y a través de nosotros. No solo quiere liberarnos, sino utilizarnos como embajadores para atraer a los demás hacia Cristo.

Si estamos atravesando algún problema serio y los demás

Si estamos atravesando algún problema serio y los demás ven que seguimos confiando en Dios y que mantenemos una

actitud tranquila y alegre, estaremos dando un testimonio del poder de Dios. Cuando esperamos pacientemente sin importar cuanto se demore, damos testimonio ante ellos del poder estabilizador de Dios. Luego, cuando seamos liberados y ellos vean que Dios es fiel, daremos testimonio de su presencia y su poder, así como de su deseo de ayudarnos. Nuestro ejemplo personal puede ser el punto de inflexión que haga que alguien entregue su vida a Cristo.

5. Pablo dijo que estaba dispuesto a compartir el sufrimiento de Cristo si con eso era transformado a su imagen.

Esto no quiere decir que tenemos que ser crucificados como lo fue Jesús. Simplemente que debemos estar dispuestos a atravesar por lo que sea necesario para ser como Jesús y verlo glorificado a través de nosotros.

¿Significa esto que Dios nos hace sufrir y nos pone pruebas para que aprendamos cosas que nos beneficiarán en el futuro? Él no es un Dios que toma sus hijos y se los lleva detrás de la cabaña para darles una paliza y aleccionarlos.

Prefiero decir que cuando tenemos problemas o dificultades, Dios los utiliza para impulsar su propósito en nuestra vida. Si vamos a sufrir, ¿por qué no obtener algún beneficio de ello? Yo he sufrido sin Dios y he sufrido con Él y puedo decir con absoluta seguridad que *con* Dios siempre es mejor. Creo que Dios siempre tiene un plan para nuestra

liberación, pero quizás lo retrase durante un tiempo para

impulsar nuestro crecimiento y desarrollar nuestro carácter. Su

tiempo es perfecto y mientras esperamos tenemos el privilegio de confiar en Él.

Por el gozo de recibir el premio

Jesús dijo que aunque despreció el oprobio de la cruz, lo soportó por el gozo de recibir el premio al otro lado de ella (ver Hebreos 12:2). Mucha gente me ha dicho que no cambiaría nada de lo que les ha pasado, simplemente porque saben que eso los transformó y los acercó a Dios.

Podemos despreciar la situación por la que estemos atravesando mientras estamos en ella. Nadie disfruta del dolor

o el sufrimiento, pero si podemos enfocar nuestra mente en el premio, al otro lado, seremos capaces de soportarla con mayor entereza. Si tenemos fe en que veremos la bondad de Dios a pesar de lo lastimados que estemos o cuánto tiempo se demore, probaremos la dulzura del éxito y la victoria.

Con frecuencia digo que tenemos que “atravesar” para “superar”. No debemos tener miedo de las dificultades porque Dios no nos dará más de lo que podamos soportar con Él ayudándonos y guiándonos en la vida.

CAPÍTULO 13

Día a día

“Y Jehová dijo a Moisés: He aquí yo os haré llover pan del cielo; y el pueblo saldrá, y recogerá diariamente la porción de un día”.

Éxodo 16:4

Cuando Dios les envió pan del cielo a los israelitas, no era solo para alimentarlos, sino también para probar su fe. Les ordenó que tomaran solo lo que necesitaban para un día y que confiaran en que al día siguiente Dios volvería a enviar alimento para un día. Imagínese lo difícil que debió haber sido para muchos de ellos. Estaban en un desierto sin comida ni medios para obtenerla. Estoy segura de que tenía muchísimo miedo. ¡Sé que yo sí lo hubiera tenido!

Hay momentos en los que Dios nos prueba para ver si realmente creemos en Él o no. Si los israelitas trataban de

ordenar su día a día sin depender de los desconocidos

guardar un día la porción del día siguiente se les descomponía y comenzaba a faltar. ¿Con cuánta frecuencia tratamos de

guardar preocupados la porción de mañana, solo para terminar sintiéndonos más infelices?

Hace poco me desperté muy temprano y de inmediato comencé a pensar en todos los proyectos de escritura que tenía pendientes, cuyas fechas límites se vencían casi al mismo tiempo. Además, pronto tendría una conferencia y debía prepararme; también debía hacer un poco de televisión, asistir a algunas reuniones de negocios, ¡y a varias citas personales! Cuanto más pensaba en todo lo que tenía que hacer en el próximo mes, más presionada y sobrecargada me sentía. Dios le habló a mi corazón, recordándome algo que yo ya sabía:

Vive un día a la vez. Inmediatamente desapareció la presión, porque gracias a mi experiencia con Dios sé que, sin lugar a dudas, Él nos ayuda a hacer todo lo que quiere que hagamos, si nos tomamos un día a la vez.

Cuando usamos el presente para preocuparnos por el futuro, malgastamos el presente. ¡Esto es inútil! Jesús dijo que no nos afanáramos por el mañana, porque el mañana traería su propio afán (ver Mateo 6:34). Dios nos ayuda cuando confiamos en Él, no cuando nos preocupamos e inquietamos por no saber cómo vamos a solucionar nuestros problemas.

En el 2013 lanzamos un devocional llamado *Trusting God Day by Day*, que ha sido uno de nuestros devotionales más exitosos. ¿Por qué? Porque nos presenta algo que sentimos que podemos hacer. Pensar en todo lo que tenemos que hacer en la vida de una sola vez, incluso en una semana o en un mes, puede ser abrumador, pero un día a la vez suena factible.

mujeres que acuden a ellos para recibir ayuda. La gente a menudo siente que no hay manera de poder vivir el resto de su vida sin un trago; el miedo a fallar es tan fuerte que ni siquiera quieren intentarlo. Pero el intento de no beber un día a la vez suena factible. La meta es permanecer sobrios durante un día, y muchos pueden dar testimonio de cuántos días exactamente han estado sobrios, aunque hayan pasado años desde la última vez que tomaron.

Este principio viene directo de la Palabra de Dios y por eso funciona en casi todos los aspectos de la vida. Podemos salir de deudas, ejercitarnos, perder peso, graduarnos en la universidad, ser padres de un niño con necesidades especiales o triunfar en cualquier cosa que tengamos que hacer si confiamos en Dios y vivimos la vida un día a la vez.

Me encanta esta cita de un autor desconocido: “Trato de vivir la vida un día a la vez, pero a veces varios días me atacan a la vez”.

La diferencia entre fe y confianza

Las palabras “fe” y “confiar” se usan a veces indistintamente, pero, ¿hay diferencia entre ellas? Ambas son similares de muchas maneras, ya que requieren confianza en Dios, pero “fe” es un sustantivo y algo que tenemos, mientras que “confiar” es un verbo y algo que hacemos.

Dios nos da fe. Su Palabra dice que a cada quien se la ha dado una medida de fe (ver Romanos 12:3), pero depende del individuo lo que haga con ella. La confianza es fe en acción. Es una fe que ha sido liberada. Solo piense en todo aquello en lo que la gente pone su fe aparte de Dios: los sistemas financieros del mundo, el gobierno, la educación, otras personas, fondos de retiro, ellos mismos, etcétera. De todo aquello en lo que la gente pone su confianza, Dios es lo único realmente confiable.

Quiero que ponga atención en la frase que estoy usando:

“Ponga su confianza en Dios”. “Poner” es una palabra que implica una acción. Cuando ponemos algo en algún lado, es nuestra decisión. Puedo poner esta computadora a cargar de nuevo cuando termine de usarla, para que esté completamente cargada y lista para usarla la próxima vez, o puedo dejarla abierta encima del sofá y la próxima vez que la necesite estará descargada y no la podré usar. Es probable que no se descargue, pero si es así, pasaré un mal momento. Algo

similar ocurre cuando ponemos nuestra confianza en algo o alguien que no es Dios. Hay probabilidades de que las cosas

salgan bien, pero nuestra experiencia nos demuestra que no siempre ocurre así.

Obviamente, hay cosas y personas en las que podemos confiar, pero no hay garantía de que el resultado será siempre satisfactorio. Puedo decirle honestamente que después de caminar con Dios durante tres cuartos de mi vida, estoy completamente satisfecha de haber puesto mi confianza en Él. Aunque las cosas no siempre resultaron como yo quería o como pensaba que lo harían, ahora me doy cuenta de que Dios siempre hizo lo mejor.

Si no lo ha estado haciendo, ¿tomaría usted la decisión de comenzar a confiar en Dios en cualquier situación en la que se encuentre? Tómelo como un esfuerzo de un día a la vez y le aseguro que le será más fácil hacerlo. ¿Puede confiar en Dios por el día de hoy? ¿Puede colocar su confianza en Él por hoy? Sea cual sea la situación que esté atravesando hoy, ¿se la entregará a Dios y confiará en Él?

La Biblia está llena de historias de gente que dijo que “pondría” su confianza en Dios. Fue una decisión que tomaron. Los escritores a menudo usan la frase en tiempo futuro cuando hablan de confiar en Dios. Tomar la decisión es la primera parte, pero luego hay que seguir, una hora a la vez si es necesario. Los pequeños logros con el tiempo nos ayudan a alcanzar grandes objetivos.

La Biblia dice:

“Jehová Dios mío, en ti *he confiado*; sálvame de

todos los que me persiguen, y librame”.

Salmo 7:1, itálicas añadidas

“En el día que temo, yo en ti *confío*. En Dios alabaré su palabra; en Dios he confiado; no temeré; ¿qué puede hacerme el hombre?”.

Salmo 56:3, itálicas añadidas

Confiar en Dios será más fácil los días en los que la vida nos sonríe, pero en los días en los que nuestros asuntos no salen tan bien, será más difícil. Si estamos atravesando algo muy trágico o doloroso también se nos hará difícil, pero debemos recordar que Dios nunca nos dice que hagamos algo que no podemos hacer. ¡Podemos confiar en Dios día a día! Aunque haya días en lo que debamos decirnos mil veces: “Confiaré en Dios”, vale la pena hacerlo. Esto no solo honra a Dios, sino que nos libera de cargas para las que no estamos preparados y que no estamos obligados a llevar.

Cuando me diagnosticaron cáncer de mama en 1989 estaba asustada, y mi primer impulso fue preocuparme. Mi mente estaba llena de dudas, pero Dios me pidió que dijera: “Señor, en ti *confío*” en vez de hablar sobre mis miedos y preocupaciones. Algunos días tenía que repetirlo una y otra vez, pero persistí. Finalmente llegó el día de la operación, con el examen de mis ganglios para ver si el cáncer había avanzado. Esperar los resultados de los exámenes requirió más confianza en Dios día a día. Parecía que había pasado

mucho tiempo, pero todos los días decía: “Señor, en ti confío”. Finalmente, nos dieron los resultados y todo estaba

bien. No había cáncer en los ganglios, pero los doctores no estaban seguros de si se necesitaba algún otro tratamiento. Solo el oncólogo podía decirlo. Pedí una cita con el oncólogo, que por supuesto no fue de inmediato, así que siguieron más días de confianza en Dios para saber qué sería de mi vida en los próximos meses. Todos sabemos lo difícil que es querer respuestas y tener que esperar por ellas.

Durante ese tiempo de espera tuve muchas oportunidades de dejar vagar mi mente hasta el peor escenario posible, pero Dios me recordaba que confiara en Él. Cuando finalmente vi al oncólogo, me dijo que no había necesidad de tratamientos adicionales porque el cáncer había desaparecido completamente. Podía seguir mi vida normalmente, haciéndome solo un chequeo anual. ¡Qué alivio! Sentía que había soltado un peso de quinientas libras. Cada año, cuando llegaba la hora de hacerme la mamografía, debía atravesar nuevamente todo el proceso. Un día el radiólogo creyó ver algo en la imagen y quiso que me quedara para hacerme un ultrasonido. ¡Tuve que esperar nuevamente! *¿Y si el cáncer regresó? ¿Y si se expandió a otros lugares?* Estas preguntas y muchas otras me pasaron por la mente durante la espera, pero dije: “Señor, en ti confío independientemente de lo que pase”.

Me hicieron el ultrasonido, ¡y no tenía absolutamente nada! De nuevo fui declarada libre de cáncer, y así ha sido durante veintisiete años.

Es probable que cuando usted lea esto piense que ha confiado en Dios en el pasado y las cosas no salieron como usted quiso. Si es así no me sorprende, porque ciertamente las cosas no siempre resultan como queremos. Confiar en Dios (o mejor dicho, confiar totalmente en Dios) no es igual a recibir lo que queremos. Cuando tomamos la decisión de confiar en Dios, nos estamos comprometiendo a confiar en Él sin importar el resultado. Le damos el honor de confiar en que Él sabe más que nosotros.

Job expresa esta confianza total cuando dice: “He aquí, aunque él me matare, en él esperaré” (Job 13:15). Job sabía que su Redentor vivía y que al final se levantaría sobre el polvo (ver Job 19:25). La fe y la confianza en Dios que Job mostró es el mensaje más importante del libro de Job. A menudo nos enfocamos tanto en las razones de nuestro sufrimiento que obviamos las demás lecciones que hay en el libro. La fe de Job me sorprende, y leerlo me anima a confiar en Dios a pesar de lo que me esté pasando.

Job se quejaba y pensaba que no se merecía el sufrimiento que estaba atravesando, pero nunca dejó de confiar en Dios. Al final, Dios le restauró el doble de todo lo que había perdido, y me imagino que se sintió estupendamente. Creo

que Job se sintió estupendamente. Creo

firmemente. Dios recompensa a quienes confían en El constantemente.

Muy pocos podemos atravesar un incidente trágico sin quejarnos aunque sea un poco, y probablemente pensamos que no merecemos nuestros problemas, tal como ocurrió con Job. Pero en medio de todo, podemos tomar la decisión de confiar en Dios un día a la vez y, si lo hacemos, podemos enfrentar cualquier cosa.

¿Cómo será mi futuro?

A todos nos encantaría conocer el futuro. La gente gasta millones de dólares en adivinos y psíquicos deseando tener alguna información sobre lo que les sucederá. La Palabra de Dios condena tales prácticas y es interesante que la gente gaste tanto dinero en eso. Cuando confiamos en Dios no necesitamos hacer nada de eso porque sabemos que Él nos revelará nuestro futuro en su debido momento y, hasta que

llegue ese momento, confiaremos en Él. Abraham Lincoln dijo: "Lo mejor sobre el futuro es que viene un día a la vez".⁹ ¿De verdad nos gustaría saber nuestro futuro? Creo que si lo llegáramos a saber, desearíamos nunca haberlo hecho. En cada vida existen cosas buenas y cosas no tan buenas. Si viéramos el futuro, estaríamos contentos con una parte de él, pero tal entusiasmo se disiparía cuando viéramos las cosas difíciles, dolorosas, decepcionantes o desafiantes.

El hecho de que enfrentemos los días difíciles uno a la vez nos permite hacerlo sin darnos por vencidos. Podemos hacer cualquier asunto un día a la vez siempre que confiemos en Dios, apoyándonos y descansando en Él. Pensar en exceso en nuestros problemas hace que nuestra mente se canse y queramos tirar la toalla con la vida. Si supiéramos el futuro, tal vez nos preocuparíamos por todas las dificultades que vimos

en él, y lo más probable es que nos sintiéramos abrumados. Estoy bastante segura de que si Dios quisiera que

conociéramos el futuro, se las habría arreglado para que lo conociéramos. Todo lo que oculta de nuestro conocimiento es por una buena causa, y podemos descansar en la certeza de que Él nos revelará lo que necesitemos saber en el momento adecuado.

A veces vivimos humillados y a veces en abundancia, y Pablo nos anima a estar conformes en ambos casos (ver Filipenses 4:11–12). Dios usa ambas situaciones en nuestra vida. No todas las épocas son iguales, pero cuando las combinamos, se convierten en una vida hermosa. Después de un largo invierno la primavera siempre llega y las flores brotan nuevamente.

No sé lo que me depara el futuro, pero confío en que será maravilloso y creo que lo mismo le ocurrirá a usted. Vivamos la vida un día a la vez y disfrutemos la victoria que Dios nos da cuando confiamos en Él con toda nuestra mente y nuestro corazón. Por favor, ¡no cometa el error de desperdiciar el presente preocupándose por el futuro! Dios nos sostiene en sus manos, estamos en su mente y podemos hacer todo a través de Él, que es nuestra fuerza (ver Filipenses 4:13).

CAPÍTULO 14

Lo desconocido

“¿Quién hay entre vosotros que teme a Jehová, y oye la voz de su siervo? El que anda en tinieblas y carece de luz, confíe en el nombre de Jehová, y apóyese en su Dios”.

Isaías 50:10

Una cosa es confiar en Dios cuando creemos que tenemos una idea bastante clara de lo que está ocurriendo en nuestra vida, o cuando vemos que ya tenemos todo resuelto y que el plan que nos abrirá las puertas para obtener lo que queremos está en marcha; y otra muy diferente cuando no tenemos la más mínima idea de nuestras circunstancias o nuestro futuro.

Charles Spurgeon dijo: “Confiar en Dios en la luz no es nada, pero confiar en Él en la oscuridad: eso es fe”.¹⁰ El hombre tiene un deseo casi insaciable de conocer todo. Quiere

estar bien informado porque cree que eso le da el control en la vida. Pero cuando entablamos una relación con Dios,

debemos cederle el mando y confiar en Él para que nos dirija. La mayoría no podemos hacerlo sin que Dios nos ayude un poco, ¡así que Él nos ayuda! Nos coloca en situaciones que no podemos resolver y decide no darnos las respuestas en el momento en que quisiéramos. La vida está llena de muchos misterios y nuestras opciones para manejarlos son limitadas. Podemos frustrarnos y confundirnos tratando de entender las cosas ocultas que solo conoce Dios, o podemos indagar en las mentes de los demás, preguntándoles su percepción sobre lo que nos está ocurriendo. Aunque a veces esto ayuda, también puede aumentar nuestra confusión. El camino más rápido hacia la paz es aprender a confiar en Dios. Creo que confiar en Dios es una de las maneras en las que lo honramos. Esto demuestra respeto y afirma que creemos en su Palabra y confiamos en su carácter.

El espíritu del miedo es la raíz de nuestro deseo insaciable de tener todas las respuestas de la vida. Queremos saber qué es lo que vendrá y como será nuestra situación en el futuro. No queremos sorpresas, o al menos ninguna que no sea totalmente agradable.

Aunque hay mucho que Dios nos permite saber, no es algo que hace todo el tiempo y cuando es así, la confianza debe ser nuestra “herramienta” de seguridad. Cuando confiamos en Dios y estamos dispuestos a ser pacientes, veremos que Él nunca nos fallará.

Sé que la expectativa es desconcertante y estresante.
N

nuestra mente pasa de una cosa a la otra, tratando de encontrar algo que tenga sentido, pero por extraño que

parezca, aunque pensemos que tenemos todo descifrado, tal vez estamos equivocados. Nos gusta tener todo bien organizado en un pequeño y bonito espacio, pero hay veces en que la vida es caótica y desordenada. Nadie, incluido Dios, hace lo que queremos, lo cual nos causa frustración. Muchas veces basé mis expectativas en lo que yo *pensaba* que iba a ocurrir, pero solo terminaba afligida porque no ocurría de esa manera.

Este tipo de situaciones nos sirven para aprender, pero para que eso pase debemos tranquilizarnos y preguntarle a Dios en qué momento nos equivocamos. Yo a menudo me doy cuenta de que he hecho planes según lo que yo he querido que pase, en vez de tomar en cuenta lo que Dios quiere.

El paso más básico de fe que podemos dar en lo que respecta a las situaciones de nuestra vida, es decir: “Señor, esto es lo que yo quisiera que pasara, ¡pero que se haga tu voluntad y no la mía!”.

Cuando empecé mi ministerio, escogí a un grupo de amigos que creía que podían ayudarme a materializar aquello que Dios me había revelado que haría como maestra de su Palabra. Fíjese que dije que los *escogí*. Lo hice sin haber orado y sin tomar en cuenta a Dios en mis decisiones. Cuando Jesús escogió a sus discípulos (los hombres que trabajarían con Él) oró toda la noche antes de tomar su decisión (ver Lucas 6:12–13).

Toda esa gente que escogí no era la que Dios había elegido

emotional. Chris me abaló sobre mí, causó un gran daño y todo resultó ser un desastre que me causó un gran daño emocional. Chris me abaló sobre mí, causó un gran daño y todo resultó ser un desastre que me causó un gran daño emocional.

acusaciones falsas y casi me descarrilan antes de comenzar la carrera hacia mi destino.

Nuestras decisiones con respecto a aquellos con los que nos asociaremos son importantes, especialmente si se va a tratar de una asociación cercana y personal. Con frecuencia Satanás utiliza gente, incluso cristianos, para hacernos daño y debilitarnos. La gente puede ser sincera y aun así estar sinceramente equivocada. Aquel grupo pensó que recibía informaciones de Dios sobre mí y era completamente falso, pero su orgullo finalmente se convirtió en su caída.

Después de tomar muchas decisiones en la vida, he aprendido por las malas que la oración debe preceder cada decisión importante que tomemos. ¡Nuestras presunciones y suposiciones no son del agrado de Dios! No cometamos el error de planear algo y luego orar para que Dios haga que nuestro plan funcione. Debemos orar primero y dejar que el Espíritu Santo nos guíe hacia la buena voluntad de Dios para nuestra vida.

Conformémonos con no saber

El apóstol Pablo era un hombre tremendamente educado y, sin embargo, llegó a un punto de su vida en el que dijo: “Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a este crucificado” (1 Corintios 2:2). Cuando le presentó el evangelio a la gente, decía que la salvación por medio de Cristo era un misterio y un secreto de Dios, pero que él había escogido creer en vez de tratar de entenderlo.

Hay muchos que se niegan a disfrutar de los beneficios de una fe sencilla, como la de un niño. Quieren comprender mentalmente todos los misterios de la cruz de Cristo y de la salvación por medio de Él, pero esto solo puede entenderse con el corazón, no con la mente.

Si todas las preguntas de la vida tuvieran respuesta, no necesitaríamos fe. ¡Se puede decir que muchas veces la fe sustituye las respuestas! Debemos concentrarnos en conocer

la Palabra, conocer a Dios y conocer su voluntad, en vez de andar buscando incesantemente todas las respuestas a nuestras circunstancias. Cuando alguien nos pregunte que vamos a hacer cuando nos enfrentemos a un problema, podemos decir simplemente: “No lo sé”. Digámosle a la gente que estamos orando por todo y que estamos seguros en nuestro corazón de que Dios nos guiará en el momento indicado. Aunque sonemos un poco más seguros de lo que

realmente estamos, es bueno expresar nuestra fe. Si decidimos confiar en Dios, nuestros sentimientos con el tiempo se

alinearán con nuestras decisiones.

Ciertamente no hay nada malo en buscar respuestas a los misterios de la vida, pero confundirnos o frustrarnos es una señal de que hemos llegado muy lejos en nuestra búsqueda.

La gente siente mucha confusión a lo largo de la vida y creo que la mayor parte de esta confusión viene de una necesidad desequilibrada de querer saberlo todo. ¿Podemos tener fe en Dios cuando estemos en la oscuridad, sin comprender nada sobre nuestra situación actual? Esa es la clase de fe que Dios anda buscando. Él quiere que confiemos en Él, especialmente cuando estamos en la oscuridad o cuando la vida es un misterio y no lo vemos obrando ni sentimos su presencia. Esas situaciones son beneficiosas para nosotros porque nos ayudan a crecer en la fe. La Biblia habla de la fe pequeña y la fe grande. ¿Por qué conformarnos con una fe pequeña, cuando podemos desarrollar la fe grande que surge cuando confiamos en Dios en los momentos difíciles?

“Necesito saber”

Hace poco vi una película sobre dos agentes del FBI que tenían diferentes niveles de autoridad. Uno parecía estar al tanto de cierta información que el otro no conocía sobre un caso y, cuando preguntó por qué, le dijeron que esta había sido suministrada bajo un criterio de “el que necesite saberlo”. En otras palabras, los únicos que serían informados de los detalles del caso eran los que necesitaran saberlos.

Yo creo que Dios también opera bajo este principio. Si necesitamos saber algo, podemos estar seguros de que siempre nos lo dirá, pero si no necesitamos saberlo, o es mejor para nosotros no saberlo, entonces no nos dirá nada y nosotros debemos aprender a estar conformes con eso.

Saber ciertas cosas puede ser una carga para el alma y hacer que nos preocupemos o nos sintamos ansiosos. No necesitamos eso. ¡En estos tiempos, permanecer sin saber

algo puede ser fuente de paz! La semana pasada estaba hablando por teléfono con alguien y salió a colación cierto tema desagradable sobre la inmoralidad de alguien que ambos conocemos. Estuvimos conversando, pero también tuvimos cuidado de no caer en el chisme o decir cosas innecesarias. Mi amiga me preguntó algo respecto al tema y antes de que pudiera decidir si contestarle o no me dijo: “Olvídalo, no necesito saberlo”.

Pienso que esa actitud demostró madurez espiritual y que puede ser un ejemplo para todos. Hay una diferencia entre

querer saber algo por curiosidad o por querer controlar la situación, y querer saber algo porque realmente necesitamos saberlo. En vez de confundirnos y frustrarnos intentado razonar y cuestionar lo ocurrido, ¿por qué no mejor confiamos en Dios para que obre en nosotros utilizando el criterio de “el que necesite saberlo”?

En la Biblia hay situaciones en las que el hombre debe razonar con Dios, pero no tienen que ver con tratar de descifrar asuntos que Dios todavía no está listo para revelar. He aquí dos ejemplos de las Escrituras que nos demuestran la diferencia entre razonar en la voluntad de Dios y fuera de la voluntad de Dios:

“Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta: si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana”.

Isaías 1:18

“Fíate de Jehová de todo tu corazón, Y no te apoyes en tu propia prudencia”.

Proverbios 3:5

Una vez más, quiero aclarar que no está mal hacerle preguntas a Dios. Él a menudo trata de razonar con nosotros, pero no debemos permitir que el razonamiento saludable se

vuelva perjudicial o impío. Dejemos que la paz sea el árbitro de nuestras vidas (ver Colosenses 3:15). Es decir, dejemos que

la paz sea el factor decisivo para saber si a Dios le complacen o no nuestras dudas.

Cuando no parece haber un camino

El miedo se apoderará de nosotros si estamos convencidos de que no hay solución para nuestros problemas. ¿Qué tan a menudo decimos o escuchamos a alguien decir: “No hay manera de hacer que esto funcione”? Solo porque no sepamos cuál es la manera, no quiere decir que no la haya. Jesús dijo: “Yo soy el camino” (Juan 14:6). Isaías dijo que Dios guiará “a los ciegos por camino que no sabían” (Isaías 42:16). Dios puede guiarnos en las tinieblas porque para Él la luz y las tinieblas son lo mismo. Tal vez ~~nosotros~~ estamos en tinieblas con respecto a lo que está pasando, pero Dios es luz; por lo tanto, Él nunca habita en las tinieblas. Cuando el salmista David escribió uno de los capítulos más grandiosos de la Biblia sobre la confianza plena en Dios, dijo:

“Si tomare las alas del alba y habitare en el extremo del mar, aun allí me guiará tu mano, y me asirá tu diestra. Si dijere: Ciertamente las tinieblas me encubrirán; aun la noche resplandecerá alrededor de mí. Aun las tinieblas no encubren de ti, y la noche resplandece como el día; lo mismo te son las tinieblas que la luz”.

Salmo 139:9–12

Cuando hemos atravesado una larga temporada de pruebas o cuando estamos enfrentando algo extremadamente difícil,

no es extraño que nos desanimemos y comencemos a pensar que el estado en el que nos encontramos será permanente. Pensamos así: “*Esto nunca va a parar. He hecho todo lo que sé que debo hacer y nada funciona. ¡Tal parece que no hay manera!*” Pero Dios cuenta una historia distinta. Él dice:

“No os acordéis [encarecidamente] de las cosas pasadas, ni traigáis a memoria las cosas antiguas. He aquí que yo hago cosa nueva; pronto saldrá a luz; ¿no la conoceréis? Otra vez abriré camino en el desierto, y ríos en la soledad”.

Isaías 43:18–19

Estos pasajes me han animado en muchos momentos y oro para que puedan hacer lo mismo por usted. Cuando esté sufriendo, ¡recuerde que *Dios abrirá un camino!*

Piense en alguna ocasión en la que Dios abrió un camino para usted cuando parecía no haber salida, ¡y recuerde que lo

hará de nuevo. Sus caminos no son los nuestros, pero como dijo Isaías, Él puede abrir un camino en el desierto y traer un río en las temporadas de sequía de nuestra vida.

Aunque decidamos creer que Dios abrirá un camino, nos puede surgir otra interrogante: “¿Cuándo lo hará?”. Solo Dios lo sabe con certeza y la mayoría de las veces que le preguntamos, no está muy interesado en darnos una respuesta. Tal vez porque quiere que confiemos en Él.

CAPÍTULO 15

En la sala de espera de Dios

(Parte 1)

“Los guerreros más poderosos son la paciencia y el tiempo”.

León Tolstoy

Si usted es como yo, aprender a ser paciente es uno de los

retos más grandes de su vida.

¿Alguna vez ha estado en la sala de espera de un hospital en el que familiares y amigos esperan que el doctor venga a traer noticias sobre un ser querido que ha sido operado? La mayoría de la gente que espera luce ansiosa, con una expresión facial intensa y mirada preocupada. Están esperando que les den un resultado, pero en ese momento no saben nada. Solo esperan, esperan y esperan. ¿Las noticias

serán buenas o serán malas? Si la espera se prolonga más horas de lo esperado, la ansiedad aumenta. Nuestro

pensamiento nubla, pero en este mundo físico en el que vivimos eso es comprensible.

La gran pregunta es: ¿Cómo nos comportamos en la sala de espera de Dios? ¿Nos sentimos ansiosos y preocupados, o esperamos pacientemente que las noticias sean buenas? Si la espera es mucho más larga de lo esperado, ¿seguimos sintiéndonos positivos y esperanzados? A menudo decimos que confiamos en Dios pero, ¿estamos mostrando los frutos de la confianza en Él?

Dios cuenta con la eternidad para resolver las cosas

Dios raramente está apurado por nada, ¡y nosotros siempre estamos apurados por todo! No nos satisface saber que Dios nos abrirá un camino; queremos saber *cuándo* abrirá el camino. Las Escrituras nos prometen que en el momento correcto, Dios hará lo que necesitamos, pero, ¿cuándo es el momento correcto? El tiempo que Dios determine es el momento correcto, y casi nunca nos revela su duración. Sin embargo, podemos estar seguros de que no será demasiado largo. Nuestro Señor sabe de lo que somos capaces, ¡y nunca nos presionará más allá de ese punto!

Lo que pensamos que es un largo tiempo es corto desde el punto de vista de Dios:

“Mas, oh amados, no ignoréis esto: que para con el Señor un día es como mil años, y mil años como un día”.

2 Pedro 3:8

Dios ve las cosas desde el punto de vista de la eternidad, por lo tanto, nunca está apurado. Él ve el fin desde el principio. Dios ya estuvo en el sitio al que vamos, ¡y ya sabe exactamente lo que va a pasar! Siempre tiene una buena razón para lo que hace, y saberlo nos ayuda a creer en Él, sea la

espera larga o corta.

Con frecuencia queremos las cosas antes de estar lo

suficientemente maduros para manejarlas adecuadamente, pero Dios sabe cuál es el mejor momento, y le puedo asegurar que Él no nos dará nada hasta que llegue el momento preciso.

Dios puede decir: “Espera”, e incluso decir: “No”, pero lo que decida será lo más perfecto en el momento perfecto. ¡Todo lo que Dios hace relacionado con nuestra vida y nuestra relación con Él es para nuestro bienestar!

Como hijos de Dios, tenemos el fruto de la paciencia en nosotros, según Gálatas 5:22, pero a veces toma años de vida cristiana verlo manifestarse. La paciencia se deposita en nosotros como una semilla, pero se requiere de tiempo y experiencia para que crezca y se fortalezca.

La palabra griega traducida como “paciencia” implica “permanecer debajo”; es decir, quedarse en una situación aunque pueda ser desagradable o incluso dolorosa. Significa atravesar las cosas hasta el final. La mayoría de nosotros quiere huir de lo que le genera cualquier tipo de sufrimiento. El pensamiento de atravesar dificultades sin siquiera saber durante cuánto tiempo debemos hacerlo es muy desagradable. Dios no siempre nos da las respuestas que deseamos cuando las deseamos, simplemente porque Él está comprometido con nuestro crecimiento espiritual, y para Él eso es mucho más importante que darle un alivio instantáneo a algo que estamos viviendo.

Antes de saber lo que sé sobre confiar en Dios, me sentía frustrada cuando necesitaba que Dios hiciera algo que yo

sabía que a Él le sería muy fácil hacer, pero no lo hacía. Ahora me doy cuenta de que aunque nada estaba cambiando en mi

situación, Dios estaba trabajando en mí. Él estaba probando mi fe, y al hacerlo la estaba expandiendo y fortaleciendo. Como yo no sabía confiar en Dios, me sentía infeliz cuando tenía que esperar, y estoy segura de que mi espera fue mucho más larga de lo que hubiera sido si yo hubiera sabido confiar en Dios.

La vida se va haciendo más fácil a medida que vamos teniendo más experiencia con Dios. Aprendemos que aunque Él por lo general no actúa temprano, ciertamente tampoco lo hace tarde, al menos no según su horario. La paciencia no es solo la capacidad de esperar, sino también nuestra forma de comportarnos mientras esperamos. Todos esperamos muchas cosas en la vida, pero “la espera paciente” es la meta que Dios tiene en mente para nosotros. Esperar con paciencia simplemente no es posible a menos que confiemos que el carácter de Dios es sin mácula, que es bueno y que nos brinda su bondad a lo largo de la vida. El hecho de que algo no nos “parezca” bueno, no quiere decir que no lo sea. Tal vez con el paso del tiempo nos demos cuenta de que lo que pensábamos que era malo, era a largo plazo muy bueno para nosotros.

Nunca es demasiado tarde

Marta y María le enviaron un mensaje a Jesús diciéndole que su hermano Lázaro estaba enfermo. Las Escrituras dicen que Jesús amaba a Marta, María y Lázaro, y que eran sus amigos queridos. Pero Jesús, incluso sabiendo que Lázaro estaba enfermo, se quedó dos días más donde se encontraba antes de ir a verlo (ver Juan 11:3–6). Para cuando Jesús llegó, Lázaro había muerto y tenía ya cuatro días en la tumba. La pregunta

obvia es: “Si Jesús los amaba tanto, ¿por qué esperó antes de ir a ayudarlos?”.

Esperó porque quería que la situación pareciera imposible de solucionar para cuando Él llegara. Cuando Jesús llegó, Marta le dijo: “Señor, si hubieses estado aquí, mi hermano no habría muerto” (Juan 11:21). A menudo pensamos o decimos lo mismo de nuestras propias circunstancias: “Jesús, si hubieras querido, hubieras evitado que esto ocurriera”.

Nosotros, por supuesto, nos sentimos decepcionados y no entendemos por qué Dios pudo permitir algo doloroso que pudo haber evitado, así como le pasó a Marta.

Si conoce la historia de Lázaro, sabe que Jesús no veía el hecho de que Lázaro hubiera estado cuatro días muerto como un obstáculo insuperable. De hecho, Él quería que la situación pareciera imposible de solucionar para que los seres queridos de Lázaro, al igual que nosotros, aprendiéramos que con Dios

todo es posible y que nunca es demasiado tarde para que Él haga lo que debe hacer. Jesús levantó a Lázaro de la muerte y

estoy segura de que después de presenciar ese milagro, los testigos estaban felices de que todo hubiera ocurrido de esa forma. Aunque en lo personal nunca he visto a nadie que regrese de la muerte, he visto que Dios revive muchas circunstancias y situaciones muertas. Pienso que esta historia debe considerarse un ejemplo de que nunca es demasiado tarde para que Dios realice maravillas en nuestra vida.

En vez de querer que Dios haga las cosas a nuestra manera, debemos recordar que sus caminos siempre son mejores que los nuestros a largo plazo. Hay muchos misterios ocultos en la sabiduría de Dios. No siempre entendemos *por qué* las cosas salen de cierta forma, pero tenemos el privilegio de confiar en Dios, y eso hace que nuestro dolor sea llevadero.

La paciencia es poder

La paciencia nos da el poder de disfrutar de la vida mientras esperamos por aquello que deseamos. Malgastamos nuestra vida cuando nos sentimos infelices por situaciones que no podemos cambiar. Si podemos cambiar algo desagradable, hagámoslo, pero si no, confiemos en Dios y tomemos la decisión de no sentirnos infelices mientras esperamos que Él actúe. Cada día malgastado es irrecuperable, y una persona sabia y prudente no desperdicia el tiempo que Dios le ha dado sobre la tierra.

La frustración, el desánimo y la infelicidad nunca han mejorado una situación, pero sí han causado enfermedades, acortado vidas y arruinado relaciones. El apóstol Santiago dijo que los hombres pacientes son “perfectos, cabales e intachables” (Santiago 1:4, BLPH). ¡Vaya! Eso me suena muy bien, y estoy segura de que a usted también. Cuando leo este pasaje pienso que *quisiera ser más paciente, pero todavía no he llegado a ese punto*. Pero sí podemos liberarnos de la impaciencia. Hay una forma, y esa forma es pensando correctamente. Si creo que tengo que tener lo que quiero para ser feliz, mi propio pensamiento está destinado a hacerme infeliz. Pero si pienso: *Creo en Dios y sé que sus tiempos son perfectos, por lo tanto, entraré en su descanso y disfrutaré de la vida mientras espero*, no es porque no me falta cosa

alguna en el momento presente. Sea lo que sea que Dios vaya a hacer por nosotros, no lo hará antes si nos impacientamos.

Una cosa es segura: independientemente del tiempo que tengamos que esperar para que Dios actúe a nuestro favor, ¡la paciencia tiene el poder de mantenernos felices mientras esperamos!

Siempre está pasando algo aunque pensemos que no es así. Piense en cómo crece un árbol. No lo podemos ver crecer, pero está creciendo. Se hace más alto y sus ramas se ensanchan. Dicen que los árboles que crecen lentamente dan los mejores frutos, y creo que lo mismo aplica con los seres humanos. Tal vez no veamos nuestras ramas ensancharse, pero nuestras raíces se profundizan. Algún día llevaremos buen fruto y nos daremos cuenta de que estuvimos creciendo durante todo el tiempo que esperamos.

¡Olvídese de eso!

Si miramos algo constantemente no lo podemos ver crecer, pero si nos alejamos durante un tiempo y regresamos, nos sorprenderá. Mi familia tenía una propiedad que necesitaba vender, y aunque había estado en el mercado durante más de tres años, no había pasado absolutamente nada. No solo no la vendíamos, sino que nadie la había mirado. No tuvimos ni una sola oferta en más de tres años, ¡ni siquiera una mala! Me

sentía frustrada porque *en realidad* quería venderla. Oré mucho por ello, y declare por fe que ya estaba vendida. Y cada día que no se vendía, me sentía frustrada. Una mañana, comencé a orar de nuevo y el Señor me habló al corazón, diciéndome: *Solo olvídate de la propiedad y déjame hacerme cargo*. Me di cuenta en ese instante de que había gastado una cantidad de tiempo excesiva enfocándome en eso, y que Dios quería que yo lo expulsara de mi mente y simplemente confiara en que Él estaba obrando.

Cada vez que me acordaba de la venta de la propiedad pensaba: *¡Dios se está encargando de eso!* Finalmente entré en el descanso de Dios con respecto al tema, ¡y dos semanas después la propiedad se vendió! Me gustaría decir que fui paciente mientras esperé esos tres años, pero la verdad es que no fue así, y mi impaciencia pudo haber sido la razón por la que tardó tanto. Con frecuencia pensamos que estamos

esperando en Dios, ¡pero quizás es Él el que está esperando por nosotros!

El miedo de no recibir lo que queremos es una de las razones principales de nuestra impaciencia, pero déjeme repetirle que cambiar nuestra manera de pensar nos ayudará inmensamente. En vez de pensar: *Nada está pasando*, es mejor pensar: *No veo que nada esté pasando, ¡pero creo que Dios está obrando!*

Dios sabe todo lo que ocurrió en el pasado, lo que está ocurriendo y lo que ocurrirá en el futuro, y está en control de todo. Él no está ansioso ni impaciente. Nuestra impaciencia viene del hecho de no saber cómo o cuándo llegará nuestra respuesta. Mientras menos información tengamos, más fácil es impacientarnos en la sala de espera de Dios, pero la Palabra y la experiencia me dicen que su tiempo es perfecto y que la espera que tanto nos disgusta en realidad está obrando cosas buenas en nosotros.

Leemos historias en la Biblia de los llamados grandes hombres y mujeres de Dios, y muchos hemos deseado secretamente que sus testimonios fueran los nuestros. Al menos nos gustaría ser admirados como ellos, aunque probablemente no deseemos tener sus experiencias. En realidad son extraordinarios, pero permítale recordarle que todos estuvieron en la sala de espera de Dios. Moisés esperó cuarenta años en el desierto; David esperó veinte años para ser rey, quince de ellos escondiéndose en cuevas para evitar que Saúl lo matara. José esperó trece años para ser liberado, diez de ellos en prisión. Abraham esperó veinte años antes de tener

el hijo que Dios le había prometido. ¡Si usted y yo estamos en la sala de espera de Dios, quizás algún día tendremos un

magnífico testimonio que alguien leerá y admirará!

CAPÍTULO 16

En la sala de espera de Dios

(Parte 2)

“Aguarda a Jehová; esfuérzate, y aliéntese tu corazón; sí, espera a Jehová”.

Salmo 27:14

Es muy común que malinterpretemos lo que realmente significa esperar en Dios. Tal vez veamos la espera como un período de pasividad e inactividad en el que ponemos la vida en pausa. Casi todos nos sentimos mal cuando no estamos haciendo nada, y si además tenemos un concepto errado de lo que es esperar en Dios, descubriremos que nuestra equivocación nos impide hacerlo cuando realmente hace falta.

Un estudio más profundo del idioma original de donde proviene el término “esperar”, nos revela que esperar en Dios

debería ser algo bastante activo desde el punto de vista espiritual. Aunque Dios podría pedirnos que no intentemos

cambiar nuestras circunstancias, no nos dice que no hagamos nada. Él desea que tengamos una buena actitud con respecto a lo que Él está haciendo, y que esperemos con optimismo que Él haga una obra maravillosa en nuestra vida. Quiere que le demos gracias por lo que hace, incluso antes de que podamos verlo con nuestros ojos físicos.

Nuestros pensamientos y actitudes nos pueden mantener con gozo mientras estamos en la sala de espera de Dios si los manejamos adecuadamente. Analicemos estas dos formas de pensar y veamos cuál nos podría generar mayor gozo: Está esta forma de pensar:

- *He esperado tanto que ya no creo que pueda esperar más.*
- *¡Nada está pasando!*
- *Siento como que si Dios se hubiera olvidado de mí.*
- *Me temo que no hay solución para mi problema.*
- *Creo que voy a rendirme.*

Y está esta forma de pensar:

- *Estoy ansioso de ver lo que Dios va a hacer.*
- *Creo que Dios está trabajando, aunque no vea ningún cambio todavía.*
- *Dios me ama y sé que se ocupará de mi problema.*

- *El Salmo 139 dice que Dios piensa en mí todo el tiempo, así que sé que no se ha olvidado de mí.*

- *¡No voy a vivir con miedo y nunca me voy a rendir!*

Es muy evidente cuál es la forma de pensar que nos brinda mayor gozo. Si eso es así, ¿por qué nos inclinamos hacia las actitudes y pensamientos negativos? La mentalidad carnal de la que habla Pablo en Romanos 8:6, es “muerte” y está basada en razonamientos y lógicas que llevan al pecado. Por lo tanto, si nos guiamos por ella, no tendremos más opción que tomar decisiones basadas en la apariencia de nuestras circunstancias. Pero si tenemos la mente puesta en el Espíritu, como se menciona en el mismo versículo, se nos promete vida y paz en el corazón. Cuando tenemos la mente puesta en el Espíritu podemos pensar como lo hace Dios y nuestros pensamientos estarán llenos de esperanza, a pesar de como luzcan las circunstancias.

¿Qué está viendo usted?

Podemos poner la mente en la carne o en el Espíritu, es nuestra decisión. Desafortunadamente, mucha gente vive pensando en cualquier cosa que le pase por la mente, sin percatarse jamás de que nuestro enemigo Satanás es la fuente de sus pensamientos negativos, pesimistas, temerosos y dubitativos. No se dan cuenta de que pueden elegir sus propios pensamientos, descartando los pensamientos errados que no concuerdan con la Palabra de Dios y reemplazarlos por los que sí lo hacen.

En 2 Corintios 4, Pablo habla de una vez en la que él y otros cristianos atravesaron circunstancias muy difíciles. Dice que estaban “atribulados en todo, mas no angustiados [...] en apuros, mas no desesperados [...] perseguidos, mas no desamparados [...] derribados, pero no destruidos” (4:8–9). También nos dice por qué:

“No mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas”.

2 Corintios 4:18

Pablo y aquellos a quienes ministraba sabían que sus circunstancias eran malas y estoy segura de que así lo vieron

circunstancias eran malas y estoy segura de que así lo vieron, pero también vieron algo más. Vieron a Jesús y sus promesas de liberación y victoria. No vieron solo con los ojos físicos,

sino también con los ojos espirituales. Vieron con sus corazones lo que no podían ver con sus ojos físicos, creyendo que todo era real.

Creemos en Dios aunque no podemos verlo con nuestros ojos físicos. Creemos en los ángeles, creemos en la gravedad y creemos que el sol está allí en los días nublados, aunque no podamos verlo. Creemos en muchas cosas aunque no las podamos ver, así que, ¿por qué no creer que Dios está trabajando mientras esperamos, aunque no tengamos ninguna evidencia de ello? Es porque no nos hemos entrenado para hacerlo, pero eso puede cambiar.

Nuestra vida real está dentro de nosotros. Lo que ocurre en nuestro interior (nuestros pensamientos y actitudes) es más importante que nuestras circunstancias. Independientemente de lo difíciles que sean las circunstancias que nos rodean, si mantenemos una buena actitud y pensamientos positivos basados en la Palabra de Dios, tendremos paz y gozo. Creo que un individuo que esté en prisión, que haya aprendido a

pensar positivo y tenga buena actitud será más libre que alguien que viva en sociedad pero que esté lleno de odio, amargura y actitudes negativas. Cualquiera puede mejorar su calidad de vida inmediatamente con el solo hecho de pensar en cosas buenas y mantener una actitud optimista.

Podemos tener circunstancias favorables, mucho dinero, un buen empleo y una buena familia y sin embargo llevar una vida infeliz porque somos malagradecidos, egoístas y

reaccionamos con ira hacia quien nos ofende. También podemos vivir en una situación difícil, solos, con dinero

suficiente apenas para sobrevivir y no obstante tener paz y gozo, porque somos agradecidos y tratamos de ser una bendición para los demás.

Nuestras actitudes y pensamiento nos pertenecen, ¡y nadie puede hacer que sean malos si no queremos!

En las Escrituras no hay evidencia de que José haya tenido algo más aparte de esperanza y buena actitud durante los trece años que esperó que Dios lo liberara. Él tenía un sueño y no se rindió, aunque nada en su situación indicara que su sueño se pudiera hacer realidad (puede leer la historia de José en Génesis 37–50).

Abraham también esperó veinte años para ver cumplida la promesa que Dios le había hecho de tener un hijo. Veinte años es mucho tiempo para estar en la sala de espera de Dios.

Tengo la certeza de que Abraham tuvo muchas oportunidades para rendirse, pero en las Escrituras vemos que, aunque no tuviera razones para mantener la esperanza, aguardó con fe que sus sueños se harían realidad y que Dios

cumpliría sus promesas. Ni siquiera cuando consideró (observó y pensó en) la impotencia de su propio cuerpo y la esterilidad del útero de Sara se dejó llevar por la incredulidad y la desconfianza, sino que siguió confiando en la promesa de Dios. Se fortaleció alabando y glorificando a Dios. La alabanza es una narración o historia sobre la bondad de Dios, así que Abraham debió haber estado pensando en aquello que Dios había hecho por él a lo largo de su vida. La gloria es la

manifestación de toda la excelencia de Dios y una vez más Abraham debió haber analizado y sopesado todas las cosas

grandiosas que Dios había hecho en el pasado. Su decisión de recordar y pensar en las cosas buenas lo mantuvieron fuerte mientras estuvo en la sala de espera de Dios (ver Romanos 4:18–21).

¿Está usted en la sala de espera de Dios? ¿Tal vez ha estado durante mucho, mucho tiempo? ¿Ha durado más de lo que esperaba? ¿Qué tan bien ha llevado la espera? ¿Cuáles son sus pensamientos y cuál es su actitud? Le animo a elegir los pensamientos y actitudes que le permitan esperar pacientemente en Dios, quien hace bien todas las cosas.

Aguarde con esperanza

Afortunadamente, la esperanza no es algo que debemos *sentir* para poder tenerla. Es algo que podemos escoger, por muy difícil que parezca nuestra situación. Dios nos promete que si nos convertimos en prisioneros de la esperanza, Él restaurará el doble de nuestras bendiciones anteriores (ver Zacarías 9:12). Es decir, si estamos dispuestos a abrazar la esperanza, al punto de estar tan llenos de ella que no podemos dejar de tenerla a pesar de lo que pase, entonces Dios nos devolverá cualquier cosa que hayamos perdido y nos bendecirá el doble.

Esperanza no es solo desear que las cosas salgan bien; es una fuerza poderosa que nos libera cuando nos aferramos a ella diligentemente. Una de las cosas más útiles que podemos hacer para mantenernos fuertes en la fe y llenos de optimismo cuando estamos esperando es estudiar diligentemente la Palabra de Dios (sus promesas) y reflexionar en ella. La Palabra de Dios tiene un poder inherente que anima y empodera a quienes esperan en Él.

El salmista David, un hombre joven que también esperó veinte años para ver cumplida la promesa que Dios le hizo, dijo esto:

“Esperé yo a Jehová, esperó mi alma; en su palabra he esperado”.

La esperanza debe tener un fundamento. Debe haber una razón para tener esperanza y David dijo que su razón era la Palabra de Dios. David solo confió en que Dios era fiel y cumpliría su Palabra.

¿Por qué es tan útil estudiar la Palabra de Dios y meditar en ella? Porque es una semilla, y la semilla siempre da frutos de su misma especie. Cuando la Palabra se planta en un corazón que es terreno fértil (dócil y tierno), no puede hacer otra cosa que producir una cosecha. Vemos este principio a lo largo de las Escrituras, pero el capítulo 4 de Marcos nos ayuda a entender esta verdad. Dice lo siguiente sobre las semillas:

“Y estos son los que fueron sembrados en buena tierra: los que oyen la Palabra y la reciben, y dan fruto a treinta, a sesenta, y a ciento por uno”.

Marcos 4:20

Debemos leer, estudiar, escuchar y reflexionar en la Palabra de Dios tan a menudo como sea posible y hacerlo con un corazón abierto, manso (puro y bondadoso). Santiago nos dice que cuando la Palabra es “implantada” en nuestro corazón tiene el poder de salvar nuestra alma (ver Santiago 1:21). La Palabra de Dios nos transforma, nos permite ser lo que Dios quiere que seamos y hacer lo que Dios quiere que hagamos. Cuando estamos en su sala de espera, Él no quiere que nos rindamos y su Palabra nos da la fuerza para

mantenernos fuertes hasta que venga el momento de nuestra liberación.

¡Pongamos nuestra esperanza en Dios y en su Palabra!
¡Esperemos escuchar buenas noticias en cualquier momento!
Cuando vivimos con esperanza, somos liberados de nuestros problemas y disfrutamos el viaje.

Seamos obedientes durante la espera

“Espera en Jehová, y guarda su camino, y él te exaltará para heredar la tierra”.

Salmo 37:34

Debemos esperar con optimismo para poder ver la victoria en nuestra vida, pero la espera en obediencia a Dios es un aspecto que también hay que tomar en cuenta. Afortunadamente, todos conocemos la importancia de la obediencia, pero también debemos darnos cuenta de que por muy difícil que sea obedecer en los buenos momentos, es mucho más difícil hacerlo cuando nos encontramos en la sala de espera de Dios soportando situaciones complicadas y sin ver ningún cambio en mucho tiempo. En esos momentos no siempre tenemos ganas de hacer lo correcto, como ser

amables y bondadosos con los demás, servir o dar. Mostrar el fruto del Espíritu es mucho más difícil cuando estamos preocupados y bajo presión. Puede ser más difícil orar o estudiar la Palabra de Dios, pero es en esos momentos cuando es más importante hacerlo. Hacer el bien cuando no nos está pasando nada bueno tal vez sea una de las actitudes más poderosas que podamos tener. Pablo nos dice que no nos cansemos de hacer el bien, porque a su debido tiempo

cosecharemos si no desmayamos (ver Gálatas 6:9). ¡Quiero tomar un momento para animarle a que siga haciendo lo

correcto aunque esté en la sala de espera de Dios! Hágalo porque ama a Dios y porque agradece todo lo que Él ha hecho y está haciendo por usted, incluso en este instante.

Dios quiere que vivamos por fe y vivir por fe significa que no vivimos según lo que vemos o sentimos, sino por lo que sabemos que es correcto. Y hacer lo correcto solo porque es lo correcto es algo muy poderoso. Es una declaración firme de que confiamos en Dios y estamos comprometidos a honrarlo con nuestras acciones, a pesar de nuestra situación.

Se nos ha prometido que si permanecemos firmes y constantes, siempre creciendo en la obra del Señor, nuestro trabajo no será en vano (ver 1 Corintios 15:58). Dios siempre ve la fidelidad, incluso si nadie más lo hace. Y los que se mantienen firmes durante las pruebas reciben la corona de la victoria de la vida (ver Santiago 1:12).

Confiemos en Dios y esperemos ansiosos nuestra recompensa, aunque estemos en la sala de espera de Dios. Esperemos que nos pasen cosas buenas, ¡y regocijémonos en

la esperanza de que todo es posible con Dios!

CAPÍTULO 17

Cuando Dios guarda silencio

“Oh Dios, no guardes silencio; no calles, oh Dios, ni te estés quieto”.

Salmo 83:1

En ocasiones he pensado: *¡Desearía que Dios viniera y se sentara aquí conmigo y me dijera qué quiere que haga!* Estoy segura de que usted ha tenido pensamientos similares en algún momento de su vida. Yo creo que eso facilitaría mucho todo, pero al parecer Dios piensa diferente, porque eso no es lo que hace. Si Él no quiere hacer las cosas a nuestra manera, tendremos que aprender a hacerlas a la suya. ¡Él quiere que confiemos en Él incluso cuando guarda silencio!

¿Siente usted a veces que Dios empacó y se mudó a un sitio lejano sin dejar una dirección de contacto? Cuando vemos que Dios no hace nada en nuestra vida ni lo

escuchamos decirnos nada, nos sentimos como si estuviéramos a tientas en la oscuridad, tratando de encontrar

el camino en un laberinto. Aunque en esos momentos se nos hace difícil mantener la fe, podemos aprender una lección importante: confiar en Dios aunque Él guarde silencio. El hecho de que guarde silencio no quiere decir que no esté actuando.

Dios permaneció callado durante cuatrocientos años, entre el final del Antiguo Testamento y el inicio del Nuevo Testamento, pero siguieron ocurriendo cosas durante ese tiempo que prepararon al pueblo para la llegada del Mesías. ¡La Biblia dice que Jesús nacería a su debido tiempo! (ver Gálatas 4:4) Dios siempre tiene un tiempo perfecto para todo. Cuando Él esté listo hablará, y hasta que llegue ese momento, nuestro trabajo es mantenernos atentos y aguardar.

Veamos lo que nos dice la Palabra de Dios sobre Elías en 1 Reyes 17:1. Elías le profetizó al pueblo que no habría lluvia durante varios años, y en efecto no llovió durante tres años y seis meses. El pueblo sufrió una grave sequía y era muy probable que Elías no fuera muy popular en esa época. Me

imagino que él quería escuchar una palabra nueva de Dios con respecto a la sequía, pero según 1 Reyes 18:1 “Pasados muchos días, vino palabra de Jehová a Elías” dándole otras instrucciones. Esta vez, debía anunciar que la lluvia vendría, y así fue.

Hubo otros momentos en los que Dios se quedó callado con quienes confiaban en Él. Guardó silencio con Job y con Abraham. Job 23 nos muestra claramente la desesperación

que sentía Job cuando no podía encontrar o escuchar a Dios.
Veamos algunos de los versículos.

“¡Quién me diera el saber dónde hallar a Dios! Yo iría hasta su silla”.

Job 23:3

“He aquí yo iré al oriente, y no lo hallaré; y al occidente, y no lo percibiré”.

Job 23:8

“Ahora escuche lo que dice Job por fe, aun encontrándose en medio de este terrible silencio de

Dios: ‘Mas Él conoce mi camino; me probará, y saldré como oro’

Job 23:10

Aunque Job no podía ver o escuchar a Dios, dijo que sabía que Dios lo cuidaba y se preocupaba por él. ¡Hablaban de “cuando” Dios lo liberara, no de “si” lo liberaba!

Abraham se enfrentó al silencio de Dios cuando debía sacrificar a su único hijo, Isaac. Dios le había instruido que lo sacrificara como muestra de su fe y obediencia, y esperó hasta el último segundo para decirle que no le hiciera daño al muchacho. Pero hasta ese momento, Abraham solo seguía su fe ciega. Estaba tan convencido de la fidelidad de Dios que creía que aunque asesinara a Isaac, Dios lo levantaría de los muertos (ver Génesis 22:1–12).

Yo nunca he vivido nada tan extremo como lo que describen Job o Abraham, pero he tenido largos períodos de silencio entre momentos en los que he escuchado a Dios. Son

momentos difíciles en los que solemos pensar que Dios no está con nosotros o que no le importamos. También podemos pensar que hemos perdido nuestra capacidad de escucharlo.

Yo me obligué durante muchos años a “tratar” de escuchar a Dios, hasta que me di cuenta de que si Dios quisiera decirme algo, tenía muchas maneras de asegurarse de que yo lo supiera. En vez de *tratar* de escuchar a Dios y de sentirnos frustrados cuando no lo escuchamos, confiemos en que cuando Dios quiera hablarnos, se hará entender claramente.

En vez de tener miedo de no escuchar a Dios, crea que sí lo hará. Si Dios sabe que nosotros realmente queremos escuchar su voz y que estamos preparados para seguirla, Él no dejará de hablarnos en el momento adecuado. Cuando llegó el momento, Dios le volvió a hablar a Elías, ¡y hará lo mismo con usted!

Seis cosas que podemos hacer cuando Dios guarda silencio

1. Cuando Dios esté en silencio, siga haciendo lo que Dios le pidió que hiciera la última vez que creyó escucharlo.

Pablo instó a los creyentes a permanecer firmes en las libertades que se les había dado, y no quedarse atrapados nuevamente en un yugo de atadura (ver Gálatas 5:1). Aférrese

al que tiene y no deje que un período de silencio de Dios lo

desanime y debilita su fe. Hay muchas cosas que no sé, pero muchas que sí, y en este momento de mi vida estoy haciendo todo lo que sé hacer. A veces me preguntan: “¿Qué viene ahora para su ministerio?”. Como no puedo predecir el futuro, casi nunca puedo responder la pregunta. Si hemos planeado algo, puedo hacérselos saber, pero como casi nunca es así, simplemente

les digo que estaré haciendo lo que la mayoría hace: tomar cada día como venga y confiar en Dios. Lo que viene será una sorpresa tanto para mí como para los demás.

Otra cosa que me preguntan mucho es: “¿Qué te ha dicho Dios?”. Esta pregunta me la formulan especialmente el primer día del año, como si el hecho de comenzar un año significa que debo tener una nueva revelación de Dios. Aunque el 1 de enero pueda ser visto como una oportunidad de hablar de

nuevos planes. Dios no siempre tiene una palabra nueva solo porque es el primer día del año. Dios no es una rocola llena de

opciones que podemos pedir en cada ocasión. Él habla cuando quiere, y cuando guarda silencio debemos seguir haciendo lo que sabemos hacer.

Dave y yo nos reíamos hace poco con unos amigos porque la mujer nos contó que cuando ella y su esposo se casaron, él era excesivamente espiritual y le asignó a ella una cierta cantidad de lectura bíblica al día. Cuando él regresaba de su trabajo como copastor en una iglesia, una de las primeras preguntas que le hacía era: “¿Qué te mostró Dios hoy?”. Me imagino la presión que esto ejercía sobre ella y lo fracasada que se debe haber sentido cuando le tocaba decir: “Nada”. Ahora es divertido, pero dudo que lo haya sido en ese momento. No se presione ni presione a los demás para que transmitan una “palabra de Dios”, a menos que quiera abrir una puerta para que el diablo lo engañe.

2. El silencio de Dios puede ser un cumplido para nosotros

Tal vez Él no nos esté dando instrucciones específicas porque confía en que nosotros tomaremos la decisión correcta. Es un error creer que Dios nos va a indicar cada movimiento que debemos hacer. Ese tipo de relación es para padres y bebés, no para hijos e hijas maduros. Uno de mis hijos me dijo esta mañana: “Mamá, voy a pasar por tu casa esta tarde”. No le envié una lista de instrucciones sobre cómo espero exactamente que él venga a la casa. Confío en él, y confío en que él sabe cómo pienso y actuará en consecuencia. Por

ejemplo, sé que él no dejará la puerta abierta después de entrar. No estacionará el automóvil en un lugar que impida

que otra persona pueda retirar el suyo del garaje. No traerá un invitado a la casa sin que yo lo sepa. No tengo necesidad de decirle nada de eso, porque él ya sabe cómo soy.

Dios nos da la libertad de tomar decisiones de acuerdo con su Palabra y lo que sabemos de su voluntad y carácter. Recientemente escuché a un hombre de Dios muy famoso decir que Dios nunca le había dado instrucciones específicas mientras se encontraba en una encrucijada importante de su vida. Él se dio cuenta de que a veces, cuando debía tomar decisiones realmente importantes y oraba por la dirección de Dios, sentía que debía intentar varias cosas hasta que sintiera la paz de estar haciendo lo correcto. Debemos recordar que aunque pueda parecernos que Dios se queda en silencio, Él siempre se comunica con nosotros de muchas maneras: a través de su Palabra, su paz, su sabiduría, nuestra experiencia del pasado, entre otras.

Si Dios no nos dice exactamente lo que debemos hacer, ¿es porque Él confía en que nosotros tomaremos las decisiones correctas? Es imposible conducir un automóvil estacionado, así que hay veces en las que debemos poner nuestra vida en *drive* y comenzar a avanzar de a poco, antes de saber si vamos en la dirección correcta o no.

3. ¡No se compare con los demás!

Con frecuencia escuchamos gente hablando de cómo Dios actuó con ellos y suponen que Dios actuará con nosotros de la

misma manera, pero no es así. He leído libros de autores que hablan como si Dios se sentará en la orilla de su cama a darles

instrucciones diariamente sobre lo que deben hacer. “Dios dijo” y “Dios me dijo” son sus expresiones favoritas. Yo también las utilizo, y tal vez más de lo que debería porque hay veces en las que la gente malinterpreta lo que decimos. Podemos ser guiados por Dios constantemente, pero eso no significa que vamos a recibir una presentación multimedia indicando con pelos y señales lo que debemos hacer todo el día, cada día.

Sé de gente que parece escuchar instrucciones específicas de Dios con mayor frecuencia que yo, pero he aprendido a no compararme a los demás. Si lo hacemos, es probable que nunca estemos satisfechos en nuestra relación con Dios. Somos individuos y Dios trata con nosotros de diferentes maneras por diferentes razones, y debemos confiar en eso. Cuando nos sentimos cómodos con alguien, ¿podemos sentarnos en una habitación sin decir una palabra! ¡A veces debe bastarnos con creer que Dios está con nosotros!

4. Siga hablándole a Dios, aunque crea que no le está respondiendo.

Necesitamos expresarnos y Dios quiere que le hablemos sobre cualquier cosa con toda la frecuencia que queramos o necesitemos. El salmista David derramó su corazón ante Dios, y lo hizo con gran honestidad. Tal vez no nos importe mucho lo que nos tengan que decir, solo queremos alguien que nos escuche y que guarde nuestros secretos, y Dios es siempre

muy bueno para eso.

5. Permanezca atento, aunque haya pasado un largo

período sin escuchar nada.

Cuando permanecemos atentos le decimos a Dios que nuestro corazón está abierto a Él y que estamos esperando por Él. Muy a menudo le pregunto si hay algo que quiera decirme y me quedo unos minutos en silencio. Esa es mi manera de obedecer lo que Él nos dice en Proverbios:

“Reconócelo en todos tus caminos, y él enderezará tus veredas”.

Proverbios 3:6

Aunque no escuche nada cuando hago esa pregunta, sigo creyendo que mi actitud de escuchar es valiosa. He descubierto que Dios puede quedarse en silencio cuando le hago una pregunta, pero luego dirige mis circunstancias de tal manera que se me hace muy claro que Él tuvo que ver con el desenlace de mi situación.

6. Pídale a Dios que lo examine.

En varias ocasiones, David le pidió a Dios que lo examinara para ver si había algo en su corazón que no fuera correcto (ver Salmos 26:2; 139:23–24). Este es un paso valeroso, pero también una prueba fehaciente de que queremos hacer la voluntad de Dios, sin importar cuál sea.

¿Es posible que haya algo que nos esté impidiendo

escuchar a Dios claramente? Un pecado, una actitud equivocada o el desconocimiento de cómo escuchar a Dios pueden estar obstaculizándonos. No debemos temer a la

verdad, porque esta nos hará libres. Cuando Dios está en silencio tal vez no estamos haciendo nada malo, pero no hace daño averiguarlo.

Aunque Dios guardó silencio con Job durante un largo período de tiempo, con el tiempo le respondió, y cuando lo hizo tenía algunas cosas que decirle que Job tal vez no se esperaba. Lleno de frustración, Job llegó al punto de decirle a Dios que él no merecía el trato que estaba recibiendo, y más o menos le exigió algunas respuestas. Dijo que creía que Dios lo trataba injustamente. No era consciente de la guerra espiritual que se desarrollaba detrás del escenario. La Biblia dice que Job se arrepintió, así que obviamente había pecado.

Aunque Job era un hombre justo en todos sus caminos, cuando las pruebas empezaron, comenzó a pensar que Dios no lo estaba tratando adecuadamente (ver Job 42:3–6). Su justicia se convirtió en una especie de justicia propia que es peligrosa para cualquiera de nosotros. Job atravesó momentos realmente difíciles (ciertamente más que cualquier persona que conozcamos), pero al final dijo que conocía a Dios mucho mejor que antes (ver Job 42:5). Dios también le restauró el doble de todo lo que había perdido y lo bendijo grandemente (ver Job 42:10–17).

El viaje fue difícil, ¡pero terminó bien! Nosotros podemos esperar lo mismo. Recuerde: lo que Satanás hace con la intención de dañar, Dios lo encamina para bien (ver Génesis 50:20).

CAPÍTULO 18

Confiar en Dios en tiempos de cambio

“Quienes no pueden cambiar sus mentes no pueden cambiar nada”.

George Bernard Shaw

A mucha gente no le gusta el cambio y se resiste fuertemente.

Pero en este mundo todo cambia siempre, lo queramos o no, así que es inútil negarnos a aceptarlo. Lo que debemos hacer es cambiar nuestra forma de pensar sobre los cambios, ya que al hacerlo la vida se hace más llevadera. Veamos lo que algunos piensan sobre los cambios y por qué.

Hay quienes dicen enfáticamente: “¡Odio el cambio!”. Tal vez lo dicen porque les gusta llevar el control, o porque son inseguros y lo tienen miedo a lo nuevo, o incluso porque se

inseguros y le tienen miedo a lo nuevo, o incluso porque se han habituado a pensar que no les gusta el cambio. Ciertos patrones de pensamiento pueden ser hábitos heredados de

quienes nos influenciaron en la niñez, o reductos que Satanás ha construido en nuestra mente para alejarnos de la vida perfecta que Jesús quiere para nosotros.

El cambio es algo constante en nuestra vida y resistirse a él es como resistirse al viento cuando sopla. Tengo una nieta que planea muy bien todo y cuando hay algún cambio relacionado con lo que ella había planeado, le cuesta adaptarse; incluso se llena de ansiedad. Nada de lo que hagamos evitará que haya cambios en ciertos casos. Hay algunos cambios que podemos evitar, ¡pero también pudiéramos estar evitando algo bueno que Dios ha planeado! No podemos ir desde donde estamos hasta donde queremos estar sin que ocurran algunos cambios. Es imposible seguir haciendo lo que siempre hemos hecho y obtener resultados distintos. Hay gente que quiere resultados diferentes a los que están obteniendo, pero se resisten enérgicamente al cambio.

Cambie su forma de pensar sobre el cambio

Si no nos gustan los cambios, debemos preguntarnos por qué. Quizás nos demos cuenta de que ni siquiera nosotros entendemos la razón de nuestra actitud y que un simple cambio en nuestra manera de pensar nos dará una nueva perspectiva sobre el cambio.

He aquí algunas formas destructivas de pensar sobre el cambio que solo logran hacernos infelices:

- *Odio el cambio.*
- *Le tengo miedo al cambio.*
- *No me gusta el cambio.*
- *Me gusta tener el control de lo que está pasando en mi vida.*
- *Me gusta como está todo actualmente y no quiero que cambie.*

He aquí algunas formas constructivas de pensar sobre el cambio que nos ayudarán a llevarlo con gozo:

- *Me gusta el cambio.*
- *Creo que los cambios en mi vida mejorarán las*

- *Me emociona ver los resultados de este cambio.*

- *Quiero ser todo lo que pueda ser y sé que los cambios son parte del proceso.*
- *Quiero estar donde Dios quiere que esté y eso puede requerir un cambio.*

Todos podemos renovar nuestra manera de pensar escogiendo pensamientos que estén de acuerdo con la Palabra de Dios y su voluntad. En las Escrituras Dios deja claro que Él es el único que nunca cambia y que todo lo demás está sujeto a cambios (ver Malaquías 3:6; Hebreos 12:27).

Cuando algo cambia, no significa necesariamente que lo que se estábamos haciendo antes estaba mal. ¡También puede significar que algo mejor está por venir! Recientemente, uno de nuestros empleados renunció, dándonos solo dos semanas de preaviso, y no teníamos a nadie para reemplazarlo. Su trabajo era importante y no sería fácil encontrar un reemplazo. Estaba preocupada, pero seguí confiando en que Dios proveería y que nos elevaría más alto gracias a este cambio, haciendo que la nueva situación fuera incluso mejor que la anterior.

Al final resultó que no tuvimos necesidad de reemplazar al empleado, porque otros dos hombres de su equipo nos dijeron: “Creemos que podemos asumir más responsabilidades y hacer el trabajo con menos gente”. Esto ha funcionado maravillosamente y no podíamos estar más

contentos con el cambio. Así que algo a lo que en principio nos resistimos y que no nos gustaba, terminó siendo una bendición más grande de lo que esperábamos.

Para todo hay un tiempo y todo es hermoso en su momento (ver Daniel 2:21; Eclesiastés 3:1, 11). En la Biblia vemos que mientras exista la tierra habrá épocas cambiantes (Génesis 8:22). El invierno da paso a la primavera, la primavera al verano, el verano al otoño y el otoño al invierno. La temperatura, la velocidad del viento y la humedad cambian a diario. Sabemos que el clima cambia y no nos sorprende. Del mismo modo debemos esperar cambios en muchos otros aspectos de la vida, porque siempre ocurren. Cambiamos de muchas formas a medida que envejecemos. La gente a nuestro alrededor cambia, sus obligaciones también y tal vez nuestras relaciones con ellos también deban cambiar.

Cuando nuestros hijos crezcan y se vayan de casa nuestra relación con ellos cambiará, pero ellos no tienen que ser menos que lo que quieren ser; solo deben ser diferentes y serán mejores que nunca.

El otro día, mi hija pasó por mi casa a dejar algo y yo deseaba compañía y hablar un poco, así que cuando se estaba yendo, a solo pocos minutos de haber llegado, le dije: “¡Por qué estás tan apurada? Ven y siéntate un rato”. Ella respondió: “Mamá, tengo una familia en casa y quiero regresar con ella”. Comenzaba a sentirme herida, pero cuando le pedí a Dios que me ayudara entendí que ella tenía muchas responsabilidades en su vida además de visitarme, y que yo no debía ponérselo difícil haciéndome la ofendida. Deseo que se sienta libre de vivir su vida de la forma que quiera, sin ninguna presión de mi

viva su vida de la forma que quiera, sin ninguna presión de mi parte. Ella pasa mucho tiempo conmigo y hace mucho por mí, así que presionarla cuando está ocupada con su familia es

egoísta de mi parte y podría dañar nuestra buena relación. Debemos dejar que nuestros hijos crezcan y tomen sus propias decisiones. Y aunque puedan no gustarnos todas las decisiones que tomen, ellos están en su derecho de tomarlas y debemos respetarlo.

La gente a menudo se siente muy infeliz después de que sus hijos se marchan de casa. Esto es particularmente difícil para *Mamá*. Ella ha dedicado su vida a darle amor y atención a su hijo, tal vez demasiado, y ahora los hijos están afuera haciendo cosas nuevas, mientras Mamá está sola tratando de encontrar un rumbo nuevo. Una manera de reaccionar es seguir presionando a los hijos para que pasen tiempo con ella y arruinar su relación con ellos o, en el mejor de los casos, manipularlos, y así cualquier cosa que hagan por ella no será porque tienen el deseo de hacerlo, sino porque es un deber. Una reacción mucho mejor es dejar a los hijos en libertad y desarrollar una nueva relación con ellos que esté basada más en la amistad que en la dinámica madre/hijo. Después de aceptar que las cosas están cambiando y de comenzar a pensar diferente, ella se dará cuenta de que Dios nunca cierra una puerta sin abrir otra. Una puerta que será hermosa en su momento, como lo fue la anterior.

Conozco a una mujer que dijo: “El hijo que nunca pensé que me rompería el corazón, lo hizo ¡y el que siempre pensé que lo haría, no lo hizo!”. Los demás no siempre hacen lo que pensamos que harán y cuando esto pasa, estamos frente a uno

pensamos que harán y cuando esto pasa, estamos frente a uno de los mejores momentos para confiar en Dios. La gente puede cambiar de formas que son difíciles de aceptar para

nosotros, pero incluso eso puede obrar en nuestro beneficio si mantenemos una actitud positiva y seguimos confiando en Dios. La confianza en Dios es la clave para todo. Nos permite entrar en el descanso de Dios y mantenernos en paz durante los tiempos de cambio.

Dios sabe todo lo que ha ocurrido en el pasado, lo que está ocurriendo ahora y lo que ocurrirá en el futuro y tiene el control de todo, así que no se sienta ansioso ni impaciente. Nuestra impaciencia y preocupación derivan del hecho de que desconocemos mucho de lo que nos gustaría saber, especialmente durante los cambios, y esto nos hace sentir intranquilos. Dios, por supuesto, podría revelarnos lo que va a pasar en el futuro y hacernos saber cómo serán los cambios en nuestra vida, pero no lo hace.

Y no lo hace porque espera que confiemos en Él. ¡Es un privilegio para nosotros confiar en Él!

Cuando ocurren cambios inesperados en nuestra vida, incluso cambios planeados, nos quedamos con muchas preguntas que solo Dios puede responder. Por supuesto que nos gustaría saber el plan entero para nuestra vida, pero creo que si supiéramos todo lo que va a ocurrir en el futuro, la vida sería más aburrida o más aterradora que si no supiéramos nada.

Dios es bueno, y eso esa es razón suficiente para estar seguros de que si el hecho de saber de antemano lo que va a pasar fuera lo mejor para nosotros. Él lógicamente arreglaría

pasar fuera lo mejor para nosotros, Él seguramente arreglará todo para que así fuera. Si no lo hace, podemos tener la certeza de que esperar y ser sorprendidos es lo mejor para

nosotros. Confiar en Dios significa que confiamos en sus métodos. No debemos confiar en Él simplemente para que nos dé lo que *nosotros* queremos, sino confiar en que *Él* nos dará lo mejor para nuestra vida, y eso incluye su tiempo y su manera de actuar con nosotros.

Si a usted no le gustan los cambios, le recomiendo que cambie su forma de pensar sobre el cambio, porque muchas de las cosas positivas que ocurren en nuestra vida provienen de él.

El arroyo seco

Tal vez nos gusta nuestra vida como está, pero, ¿y si Dios decide que es el momento de cambiar? ¿Y si ese lugar a donde nos llevó no luce tan bien como el que tuvimos que dejar? Aparentemente, esto fue lo que le pasó a Elías, pero no se hace mención alguna de que no le gustara o de que se quejara por ello.

Elías vivió una época de sequía tremenda, pero Dios se hacía cargo de él milagrosamente. Vivía cerca de un arroyo de agua fresca y los cuervos le traían comida todos los días. Pero con el tiempo el arroyo se secó (ver 1 Reyes 17:7). Dios le dijo a Elías que se fuera a otro pueblo, donde una viuda se haría cargo de él. Cuando llegó, descubrió que la mujer se disponía a comer por última vez y había planeado que después de que ella y su hijo comieran, se dejarían morir. Me parece que era una situación deprimente por la que ciertamente nadie querría pasar, pero, como dije antes, no se menciona en ningún momento que Elías se quejara. Le dijo a la viuda que si lo alimentaba primero a él, su suministro de comida no se acabaría mientras durara la sequía. Ella hizo lo que él le dijo y por supuesto tuvieron mucho alimento (ver 1 Reyes 17:8–16).

El cambio en la vida de Elías no lo benefició necesariamente a él, pero sí a la viuda. Ha habido ocasiones

en mi vida, y las habrá en la suya, en las que Dios cambia algo para ayudar a alguien más. Puede parecer que esto no nos ayuda o que retrocedemos uno o dos pasos, pero Dios nos

está utilizando como agentes de cambio en la vida de otro. Cuando hayamos culminado nuestra misión, podemos estar seguros de que Dios nos elevará a un lugar que es mucho mejor que el que dejamos atrás.

Estoy segura de que a Jesús le gustaba mucho más estar en el cielo con su Padre, que venir a la tierra a pagar por nuestros pecados colgado de la cruz, sufriendo y muriendo por nosotros. Sin embargo, Él aceptó la misión por el bien que significaba para los demás. Si queremos ser utilizados por Dios, puede que de vez en cuando sean necesarios algunos cambios que no nos benefician.

Si su arroyo se seca, no se preocupe. Puedo asegurarle que Dios tiene un nuevo plan. Por ejemplo, si alguien pierde su trabajo por recortes inesperados en su empresa, a lo mejor se siente aterrado por ese cambio. Esto es comprensible, pero seguir confiando en Dios durante los tiempos de cambio es una de las claves para que el cambio nos impulse hacia adelante.

Confiar en Dios en todas y cada una de las situaciones es el ingrediente principal para vivir una vida llena de paz, gozo y victoria.

Espere a que pase la tormenta

Hace más de treinta años, dejé mi trabajo en el ministerio de una iglesia para hacer lo que yo creía que Dios me pedía. Tenía buenas oportunidades en el ministerio de la iglesia, pero sentía que podría tener aún más oportunidades en una situación diferente. Durante un buen tiempo me pareció que el cambio que había hecho no estaba produciendo frutos tan buenos como los que había dejado atrás. En verdad parecía que había retrocedido uno o dos pasos, en lugar de avanzar.

Con el tiempo la situación cambió, probando que efectivamente había tomado la mejor decisión. Pero tomó más tiempo de lo que pensé que tomaría. Si estamos en una época de cambios y pareciera que las cosas no están resultando, debemos ser pacientes y fieles para hacer lo que sentimos que Dios quiere que hagamos. Sería una pena si nos rindiéramos antes de nuestra revelación. Debemos pensar de esta manera: cuando hay una tormenta, tenemos que resguardarnos y esperar a que pase antes de poder seguir con nuestros planes.

Algunos cambios en la vida parecen tormentas. Son repentinos e inesperados y pueden impedirnos hacer lo que habíamos planeado. ¡No todas las tormentas aparecen en el pronóstico del tiempo! Las emociones brotan durante los tiempos de cambio y hay que esperar que se calmen antes de

tomar cualquier decisión. No creo que sea sabio tomar decisiones durante altibajos emocionales. Necesitamos tiempo para adaptarnos a los cambios, tiempo para pensar y tiempo

para escuchar a Dios. En vez de tomar decisiones importantes en medio del cambio, es recomendable esperar. Dese tiempo para acostumbrarse a la nueva forma de actuar, a la nueva responsabilidad, o a la gente nueva en su vida. Mientras espera, apunte su mente en una dirección positiva. ¡Crea que van a pasar cosas buenas y mantenga una buena actitud!

Todo se acomoda en la vida si le damos un poco de tiempo. Recuerdo una ocasión en la que algunos de los líderes más importantes del ministerio quisieron hacer un cambio con el que yo no estaba muy de acuerdo, pero por respeto a ellos decidí que lo aceptaría. En realidad durante algún tiempo no me gustó y a veces tenía que resistir pensamientos y sentimientos críticos que sabía que Dios no aprobaría. Me tomó varios meses, pero finalmente me acostumbré al cambio. Pude haberle hecho caso a mis sentimientos, insistiendo en que nos olvidáramos del cambio solo porque no me gustaba, y tenía la autoridad para hacerlo. Pero en lo profundo de mi ser, sabía que esa no era la manera de proceder, ¡así que esperé! Cesó la tormenta que había dentro de mí y la paz regresó. Resultó que los cambios fueron muy buenos y al final estaba complacida de haber seguido el consejo de mis compañeros.

Quizás no le guste un cambio en su trabajo sobre el cual usted no puede hacer nada, o un cambio en cualquier otra circunstancia o persona de su vida, pero si decide sacar lo mejor de ello, descubrirá que después de todo la nueva

mejor de ello, descubrí que después de todo la nueva situación es mejor.
Hace poco me cortaron el cabello más corto de lo que

nunca lo había tenido y al principio no me gustaba, pero ahora lo adoro. Creo que me hace lucir más joven y es más fácil ocuparme de él. Dave tuvo bigotes durante cuarenta años y un día salió del baño con el bigote rasurado. A mí me parecía que le faltaba un labio y durante mucho tiempo en verdad no me gustó, pero ahora lo adoro y pienso que se ve más joven así y no quiero que se lo vuelva a dejar crecer.

Lo que estoy tratando de explicar es que debemos darle tiempo a las cosas, ya que cuando lo hacemos casi siempre nos adaptamos y terminan gustándonos los cambios.

CAPÍTULO 19

Realmente quiero cambiar

“Todos quieren cambiar el mundo, pero nadie piensa en cambiarse a sí mismo”.

León Tolstoi

En la vida hay situaciones que quisiéramos que cambiaran, y seríamos muy felices si Dios quisiera cambiarlas, pero, ¿qué pasaría si fuéramos *nosotros* los que necesitamos cambiar?

Yo desperdicié muchos años pensando que si mis circunstancias o quienes me rodeaban cambiarán, yo sería más feliz. Traté de cambiarlos y oré a Dios para que los cambiara, pero descubrí que Dios quería cambiarme era a mí. Hasta ese momento, nunca había pensado que era *yo* quien debía cambiar, y que esa era la solución a mucha de la infelicidad y descontento que había en mi vida. Cuando pude

hacer una introspección honesta, me di cuenta de que nada ni nadie podría hacerme feliz hasta que me sintiera feliz conmigo misma. La verdad era que no me gustaba quien era yo, pero

había pasado tanto tiempo tratando de echarle la culpa de mi infelicidad a los demás, que estaba totalmente alejada de la realidad.

A satanás le gusta que nos concentremos en lo que está mal en los demás, porque así nunca veremos lo que está mal en nosotros. Nuestro juicio sobre ellos nos cierra los ojos a nuestras propias fallas. Para mí ha sido de gran ayuda entender que cuando mi tiempo aquí en la tierra se acabe, estaré frente a Dios y solo tendré que rendir cuentas sobre mí (ver Romanos 14:12). Dios no me preguntará por nadie más

~~Dios por mí. Por lo tanto, debo concentrarme en dejar que Dios haga lo que quiere hacer en mi vida, en vez de intentar que cambie a alguien o algo más.~~

Cuando Dios nos enfrenta por comportamientos o actitudes nuestras que Él no aprueba, podemos sentirnos confundidos. La Palabra de Dios denomina este proceso como “convicción” y es el trabajo del Espíritu Santo. Quizás sentimos que “algo anda mal”, pero no sabemos qué es. En

~~vez de intentar descubrirlo, ¡le recomiendo ampliamente que confíe en Dios!~~ Cuanto más vivamos en el reino de la mente, menos capaces seremos de discernir y comprender lo que Dios nos quiere mostrar.

Digamos que estoy discutiendo con Dave por algún motivo, y aunque me siento incómoda, no se me ocurre pensar que el Espíritu Santo está tratando de hacerme sentir culpable por mi mal comportamiento, simplemente porque

culpable por mi mal comportamiento, simplemente porque estoy totalmente convencida de que estoy en lo correcto y que Dave está equivocado.

A menos que aprendamos a reconocer rápidamente estos sentimientos por lo que son, continuaremos resistiéndonos al trabajo del Espíritu Santo y no seremos conscientes de lo que estamos haciendo. Pero si confiamos en Dios para que nos muestre la verdad, aprenderemos y la verdad nos hará libres. Creo que es sabio que oremos para no ser engañados en ningún aspecto de nuestra vida y para que Dios nos cambie y nos transforme a la imagen de Jesucristo (ver Romanos 8:29–30).

¿Estamos dispuestos a cambiar?

Yo creo en el destino, pero no creo que es un resultado automático, totalmente controlado por Dios y en el cual nada podemos hacer. Dios tiene una tarea para cada uno de nosotros, pero lo más probable es que necesitemos ser cambiados antes de que Él pueda usarnos de la manera en que desea. Me emocionó mucho el llamado de Dios para que enseñara su Palabra, pero al principio no tenía idea de todo lo que Él debía hacer *en* mí, antes de poder trabajar *a través* de mí.

Dios tiene un buen plan para cada quien, pero a veces nos salimos del camino y tomamos la dirección equivocada. Afortunadamente, con la ayuda de Dios, siempre podemos corregir el rumbo. Incluso podemos ver que nuestros errores se convierten en bendiciones al seguir la guía de Dios. En la Biblia se habla de dos hombres que iban en la dirección equivocada, Jacob y Pablo, pero cuando Dios obró en sus vidas ambos cambiaron y aunque habían cometido muchos errores graves, terminaron teniendo vidas asombrosas.

Jacob era un embaucador, timador y conspirador que se convirtió en un gran hombre de Dios (ver Génesis 32:22–28) y Pablo era un perseguidor de cristianos que se convirtió en un gran apóstol (ver Hechos 7:58; 8:1–3; 9:1, 4, 17, 22). Nunca es

tarde para cambiar y cumplir nuestro destino.

Muchas veces, para poder ver los cambios que nos gustaría tener en nuestra vida, debemos estar dispuestos a cambiar

nosotros primero. A Jacob y Pablo no solo les cambió la vida, sino que aceptaron los cambios que debían realizar en ellos mismos. Quiero recomendarle que si no está feliz con el rumbo que lleva su vida, antes de pedirle a Dios que la cambie, le pida que cambie cualquier cosa que necesite cambiar en usted. Debemos convertirnos en lo que Dios quiere que seamos; así en poco tiempo estaremos haciendo lo que Él quiere que hagamos y tendremos lo que Él quiere que tengamos. Ser transformados a la imagen de Cristo puede representar un viaje largo y doloroso, pero puede ser más

~~rápido y fluido si cooperamos con el Espíritu Santo mientras~~
~~trabaja en nosotros.~~

A veces en nuestro viaje podemos sentir que somos los únicos que necesitamos cambiar. Para mí fue especialmente difícil cuando sentí que era la única en la que Dios estaba trabajando. Una vez, mientras me quejaba de eso con Él, me susurró en el corazón: “Joyce, me has pedido muchas cosas, ¿las quieres o no?” Dios por supuesto trabaja en todos

~~nosotros, o al menos lo intenta, pero no todos escuchamos y~~
~~aceptamos los cambios que Él quiere hacer. Me gustaría~~
aconsejarle que nunca se preocupe en exceso por lo que Dios está o no está haciendo en la vida de alguien más, y aceptar lo que está haciendo en la suya.

Si en este momento Dios está trabajando en su vida, puede parecer que usted ya no es quien solía ser, pero tampoco

quien debería ser, ¡y se siente como si estuviera estancado!
No puede retroceder ni avanzar sin la ayuda de Dios, y pareciera que El está tomando una siesta. No es el momento

de rendirse: ¡debe seguir confiando en Dios! Confiar en Dios no es un acto breve, que ocurre solo una vez en la vida, sino una experiencia diaria. Dios nos cambia poco a poco y a menudo ni siquiera notamos que está ocurriendo un cambio hasta que después de un tiempo vemos hacia atrás y nos damos cuenta de que somos diferentes a lo que solíamos ser. Con frecuencia digo: “No estoy donde debo estar, ¡pero gracias a Dios no estoy donde solía estar!”.

Tuve varios trastornos graves de personalidad después de que mi padre abusó de mí y aun después de admitirlo y de querer cambiar, me tomó mucho tiempo lograrlo. No se desanime si su progreso parece lento, solo crea que Dios sabe lo que está haciendo y disfrute mientras va cambiando. ¡Recuerde que sentirse infeliz no hace que el cambio ocurra más rápido!

En nuestro viaje hacia la madurez espiritual necesitaremos confiar en los tiempos y métodos de Dios, aunque estos probablemente no sean los que hubiéramos elegido. Sin embargo, dentro de muchos años, cuando miremos hacia atrás, nos daremos cuenta de que fuimos perfectos!

Ser transformados a la imagen de Cristo es el cambio más grande de todos y requiere de muchas etapas en nuestra vida, pero cada una de ellas es muy hermosa en su momento. Dios tiene un programa diseñado específicamente para cada uno de nosotros, así que disfrute de cada etapa, disfrute de Dios, ¡y

disfrute mientras hace el viaje!

Aprender a actuar de forma diferente

Cuando reflexiono en los cambios maravillosos que Dios ha hecho en mí a lo largo de los años, me doy cuenta de que en cada uno de ellos fue necesario que aprendiera cómo actuar o responder ante las circunstancias de forma diferente a como lo hacía antes.

Yo solía ser muy egoísta, pero cuando Dios me reveló la profundidad de mi egoísmo y los problemas que esto me estaba ocasionando, en verdad quise cambiar. Pero la “voluntad propia” muere lentamente y a menudo de forma dolorosa. Me tomó mucho tiempo solamente ver la profundidad de mi egoísmo y mucho más aprender a permanecer feliz y tener buena actitud cuando las cosas no iban como yo quería. Cuanto más aprendía a confiar en Dios, más fácil se me hacía, ¡pero con toda certeza esto no ocurrió de la noche a la mañana!

Aprendí que para poder disfrutar la paz debía adaptarme a la gente y a las circunstancias, en vez de esperar siempre que ellos se adaptaran a mí (ver Romanos 12:16). Me llevó algunos años darme cuenta de que tener paz en realidad era mejor que salirme con las mías todo el tiempo. La paz es una de las cosas más preciosas que podemos tener y debemos apreciarla enormemente. ¿Desea la paz tanto como para hacer

aprendí a apreciarla enormemente. ¿Qué es la paz tanto como para hacer cualquier cambio que sea necesario para tenerla?

También aprendí que le daba demasiada importancia a tener la razón, y que si tengo que perder mi paz para probar

que tengo la razón cuando discuto con alguien, entonces simplemente no vale la pena. Podemos confiar en que si es necesario Dios se encargará de probar que tenemos la razón, y si no, podemos elegir estar conformes de todas maneras.

El proceso de aprendizaje no termina nunca. Seguimos aprendiendo mucho a lo largo de la vida, y aprender a seguir los caminos de Dios es igual. Yo sigo aprendiendo diariamente sobre mi relación con Él y estoy segura de que usted también.

El proceso de cambio

Una vez que hemos decidido que queremos cambiar y estamos dispuestos a dejar que el Espíritu Santo obre en nuestra vida, debemos aprender una lección importante: no podemos cambiar por nosotros mismos, y para poder cambiar de verdad debemos confiar en que Dios hará en nosotros el trabajo que haya que hacerse. La mayoría de nosotros luchamos y terminamos frustrados y decepcionados porque intentamos cambiar y fallamos. Hacemos un pequeño progreso y luego parece que regresamos a las viejas costumbres. Quizás decidamos esforzarnos más o desarrollamos nuevos planes y fórmulas para cambiar, pero seguimos sin tener éxito.

Si queremos cambiar y lo intentamos, ¿por qué no podemos lograrlo? ¿Por qué no podemos simplemente dejar de hacer algo que no queremos hacer? Si sé que hablo sin pensar y que eso me está ocasionando problemas en mis relaciones, y *quiero* cambiar ese rasgo de mí, ¿por qué no puedo hacerlo? La respuesta es simple: porque no podemos tener éxito sin Dios. Él quiere que le pidamos y recibamos su ayuda en todo lo que hacemos. Solo Dios puede cambiarnos de verdad, porque se trata de una obra interna.

Si hacemos un gran esfuerzo para quedarnos callados y no

Si hacemos un gran esfuerzo para quedarnos callados y no generar discusiones diciendo cosas inapropiadas, tal vez tengamos éxito durante un tiempo, pero en lo que estemos desprevenidos el problema surgirá nuevamente. En cambio, si

aprendemos a confiar en Dios para que nos ayude en todas nuestras comunicaciones, descubriremos que Él nos va cambiando poco a poco. Un día nos daremos cuenta de que ese viejo problema ya no es un problema y no podremos hacer otra cosa si no agradecerle, porque sabemos que Él lo hizo. ¡Solo aquellos que permanecen en la voluntad de Cristo vivirán el cambio verdadero! El plan de Dios es este: “El que permanece en mí, y yo en él, este lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer” (Juan 15:5).

Nuestra naturaleza humana nos impulsa a actuar por nosotros mismos para poder sentirnos orgullosos, pero Dios quiere que confíemos en Él en todo y que luego le demos las gracias por lo que ha hecho.

¿Está usted batallando consigo mismo? ¿Está tratando de cambiar aspectos de usted que no le gustan o que sabe que no concuerdan con la voluntad de Dios? Tal vez se preocupa mucho y esté *tratando* de no preocuparse, o tal vez está molesto con alguien y está *tratando* de perdonarlo. Pueden ser mil razones diferentes, pero debe saber que no puede cambiar solo con intentarlo: necesita la ayuda de Dios.

Afortunadamente, podemos orar y confiar en Él, para que haga lo que tenga que hacer en nosotros. Cualquier esfuerzo que hagamos debemos hacerlo apoyándonos en Dios, no estando lejos de Él. Esto parece sencillo, pero es una de las cosas más difíciles de aprender, simplemente porque la carne

humana es muy independiente. Debemos intercambiar nuestra independencia por la dependencia de Jesús si queremos tener éxito verdadero. ¡Aprenda a apoyarse!

¡Aprenda a confiar!

El apóstol Pablo nos dice en Romanos 7:15–25 que intentó y fracasó hasta que aprendió que solo Dios podía liberarlo, y que lo haría a través de Cristo. Después de lo que parecía ser una tremenda lucha de Pablo consigo mismo intentando hacer lo correcto y fracasando, dijo:

“¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro”.

Romanos 7:24–25

Es evidente por el lenguaje y la puntuación que vemos en estos versículos, que Pablo estaba siendo muy enfático y que estaba seguro de haber encontrado finalmente la respuesta. Solo Dios podía hacer lo que era necesario en él, ¡y solo Dios puede hacer lo que es necesario en nosotros!

Pida y reciba

Si usted quiere cambiar, ¡Dios lo ve y se complace! El próximo paso es confiar en que Él hará lo necesario y le dará la fuerza que necesita para cambiar. Demasiado a menudo, cuando queremos cambiar, tratamos de dejar a Dios totalmente fuera de todo el proceso. ¡Eso no funciona! No funcionó para el apóstol Pablo y no funcionará para nosotros. La conclusión es que debemos confiar en que Dios hará su voluntad en nosotros en lugar de intentar hacerlo por nuestra propia cuenta.

Santiago 4:6 dice que Dios “da mayor gracia [a través del poder del Espíritu Santo para derrotar el pecado y vivir una vida obediente que refleje tanto nuestra fe como nuestra gratitud por nuestra salvación]”. La gracia es el favor y el poder capacitador de Dios, y sin un flujo constante de esto en nuestra vida terminaremos frustrados y agotados.

Recuerdo lo eufórica que me sentí cuando descubrí esta verdad. Me había esforzado mucho para ser quien yo pensaba que Dios quería que fuera, pero constantemente fallaba y me sentía confundida y decepcionada. Traté y fallé miles de veces. Decía que me daría por vencida, pero luego recuperaba la determinación y lo intentaba, y fracasaba algunas veces más. Cuando finalmente entendí que la gracia de Dios era el

mas. Cuando finalmente entendí que la gracia de Dios era el ingrediente que faltaba en mis planes y victorias, comencé a confiar en que Él me cambiaría, como me prometió.

Como dice el himno: “Sublime gracia del Señor, que a un

infeliz salvó”. Pero debemos pedirle a Dios su gracia. Santiago 4:2, dice: “No tenéis lo que deseáis, porque no pedís [a Dios]”. ¡Es muy sencillo! ¡Pida! Pida y recibirá, “para que vuestro gozo sea cumplido” (Juan 16:24). Cuando estaba tratando de cambiar, lo estaba intentando pero no estaba pidiendo. No estaba confiando. La confianza en Dios es a menudo el ingrediente que falta en todos nuestros fracasos. Si cambiamos nuestros intentos terrenales por más confianza en Dios, ¡nos asombraremos con los resultados!

¿Cuál es nuestro papel?

La Biblia nos enseña que cuando estudiamos la Palabra de Dios habitualmente somos cambiados a la imagen de Cristo de gloria en gloria (ver 2 Corintios 3:18). Nuestro papel es estudiar la Palabra de Dios y confiar en que esta tiene el poder de cambiarnos. Debemos tomar la Palabra como una medicina para el corazón y confiar en que hará su trabajo. Santiago dijo que la Palabra de Dios tiene el poder de salvarnos (ver Santiago 1:21).

¡Confiar en la Palabra de Dios es lo mismo que confiar en Él! No debemos leer la Biblia solamente para cumplir una obligación religiosa, sino abordarla con reverencia, conscientes de que está llena de poder. Debemos recibirla como si fuera nuestro alimento diario, porque es el alimento que necesitamos para nuestra fortaleza espiritual. Debemos confiar en que hará el trabajo que hay que hacer en nosotros. Así como confiamos en la medicina que nos recetan para sanar nuestro cuerpo, podemos confiar en la medicina (poder sanador) de la Palabra de Dios para sanar nuestra alma.

Me gustaría sugerirle que convierta lo que está leyendo en oraciones. Por ejemplo, cuando lea las instrucciones sobre la importancia de amar a los demás, no se limite a leerlas, pídale a Dios que lo ayude a amar a los demás. Cuando lea sobre la

a Dios que lo ayude a amar a los demás. Cuando sea sobre la importancia de perdonar a sus enemigos, envíalo en oración. Pídale a Dios que siempre lo ayude a ser rápido para perdonar y a ser grande en misericordia. Al hacer esto, no

estamos simplemente leyendo la Palabra de Dios, sino que le estamos pidiendo a Él que la haga realidad en nuestra vida.

¡Recuerde siempre que lo más poderoso que podemos hacer es apoyarnos, descansar y confiar en Dios!

CAPÍTULO 20

Confiemos en que Dios cambiará a los demás

“Aprenda a valorar a la gente como es, no como le gustaría que fuera”.

John Maxwell

Creo que una de las actitudes más fáciles para los seres humanos es encontrar faltas en los demás. ¡También es una de las actitudes más tristes! Todos tenemos defectos, pero pareciera que en nuestro afán de cambiar a los demás, dejamos de ver aquello que necesitamos cambiar en nosotros.

Solo Dios puede cambiar realmente a la gente, porque el cambio es algo que debe ocurrir de adentro hacia afuera. Para que el comportamiento de un individuo cambie realmente.

que el comportamiento de un matrimonio cambie realmente, debe cambiar el corazón, y solo Dios puede darnos un corazón nuevo. En Ezequiel 36:26, dice: “Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré

de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne”. Eso significa básicamente que Dios nos dará su corazón y su Espíritu; que se llevará nuestro corazón duro como la piedra para remplazarlo por uno que sea sensible a su voluntad y su toque. Sin este cambio, no hay muchas esperanzas de que nos amemos unos a otros realmente y de que logremos vivir en paz.

Tal vez haya alguien en su vida a quien le gustaría ver cambiar. Puede ser un cónyuge, hijo, padre, otro pariente, amigo o compañero de trabajo. La gente no cambia a menos

que quiera, así que el primer paso es orar por ellos, pidiéndole a Dios que les dé la disposición de enfrentar la verdad sobre su comportamiento y el deseo de cambiar. Lo único que podemos hacer después de eso es servir de ejemplo para ellos y enfocarnos en sus atributos, en vez de sus defectos.

Ore con humildad

Orar para que otros cambien debe ser un acto de total humildad; de lo contrario, podemos caer en la misma trampa en la que creemos que otros han caído. En 1 Corintios 10:12 se nos dice: “Así que, el que piensa estar firme [inmune a la tentación, demasiado confiado y farisaico], mire que no caiga [en el pecado y la condenación]”. Yo por lo general oro así:

“Padre, te pido que cambies a _____ si esta persona realmente necesita cambiar. Si no es así, cambia mi corazón y permíteme ver mi propio error por pensar de esta manera. También te pido que cambies cualquier cosa de mí que deba cambiar. ¡Amén!”.

Hay muchas cosas que sabemos que son pecado porque la Palabra de Dios lo dice claramente, pero hay muchas otras que no nos gustan de la gente simplemente porque no nos caen bien. Cuando alguien no es como nosotros o tiene opiniones diferentes a las nuestras, es fácil encontrar faltas en él o ella, pero más sabio es ampliar nuestro círculo de inclusión y aprender que todo el mundo tiene valor, si solo lo buscamos.

¡Uno de los mayores retos de la vida tiene que ver con el trato a los demás y lo que no nos gusta de ellos! Queremos que cambien para nuestro beneficio, pero rara vez nos damos

cuenta de lo egoísta que es esa actitud. Al menos yo solía ser así. En nuestro orgullo, suponemos que nuestra manera de ser y actuar es correcta y que el resto del universo debe actuar como nosotros. Es esta actitud la que ocasiona la mayoría de los divorcios y el fracaso de muchas otras relaciones familiares y en la vida en general.

El primer paso hacia la humildad es darnos cuenta de que probablemente tengamos más defectos que aquellos que juzgamos. Pero no vemos nuestras faltas en parte porque estamos muy preocupados por las faltas que creemos que hemos visto en otros. También nos inclinamos a justificarnos cuando nuestro comportamiento es poco menos que perfecto, pero no les otorgamos el mismo nivel de misericordia a los demás.

¡Una de las sacudidas más grandes de mi vida fue cuando Dios me presentó conmigo misma! Un día estaba orando para que Dave cambiara, cuando Dios interrumpió mi oración. ¿Se lo puede imaginar? ¡Yo estaba tratando de orar y Dios me interrumpía! Cuando lo pienso ahora, me avergüenza lo tonta que era, pero en ese momento no tenía idea. Dios me interrumpió cuando estaba orando por Dave y me dijo que Dave no era el problema en nuestra relación, sino yo. ¡Me quedé estupefacta! En los próximos tres días Dios me hizo ver la realidad de lo que era vivir conmigo. Me reveló lo egoísta y controladora que era, lo difícil que era tratar conmigo, y cómo

solo podía ser feliz cuando las cosas se hacían a mi manera. Lloré casi todos los tres días, pero ese fue el comienzo de algunos cambios saludables en mi vida.

El poder de la misericordia

La misericordia siempre triunfa sobre el juicio (ver Santiago 2:13). En otras palabras, la misericordia es mayor que el juicio. Dudo que alguien pueda mostrar misericordia a los demás si no se ha dado cuenta de la profundidad de su propia fragilidad, debilidad y faltas. Cuando nos damos cuenta de la gran cantidad de misericordia que Dios tiene para con nosotros cada día, estamos más dispuestos a tener misericordia. A continuación una linda historia sobre un rey que no entendía la misericordia y un jardinero que sí:

Un rey tenía un gran huerto, donde tenía una gran variedad de árboles frutales. Contaba con un excelente jardinero para que cuidara de los árboles.

Todos los días, el jardinero recogía las frutas maduras y jugosas de los árboles y las colocaba en una cesta. Todas las mañana cuando la corte real sesionaba, el jardinero le llevaba las frutas al rey.

Un día, el jardinero recogió unas cerezas y se las llevó al rey. El rey estaba de mal humor. Cuando probó una de las cerezas, estaba ácida. Así que la pagó con el jardinero. Lleno de ira, le tiró una cereza. Le pegó en la frente, pero el jardinero dijo: “¡Dios es misericordioso!”.

El rey le dijo: “Deberías sentirte herido y enojado, pero

El rey le dijo: “Deberías sentirte herido y enojado, pero dijiste ‘Dios es misericordioso. ¡Por qué?’” iba a traerle piñas, pero cambié de opinión. Si usted me hubiera arrojado una

piña, me habría hecho mucho daño. Dios fue misericordioso por haberme hecho cambiar de opinión”.

El jardinero, obviamente, había aprendido a confiar en Dios, incluso en las situaciones injustas. Las situaciones siempre pueden ser peores de lo que son, y si no fuera por la misericordia de Dios, ¡lo serían!

Para tener misericordia de los demás no necesitamos más razones que el hecho de que Dios tiene misericordia de nosotros. Él espera que demos a otros de lo que Él generosamente nos da. Él nos perdona y espera que

perdonemos a los demás de la misma manera, y espera que amemos a los demás de la misma manera, tiene misericordia de nuestras faltas y espera que tengamos misericordia de los demás. Dios no espera que demos lo que no tenemos, así que nos otorga cosas muy buenas que necesitamos para disfrutar la vida y representarlo bien. ¡Me imagino que el rey inmisericorde reflexionó durante mucho tiempo en la actitud agradecida del jardinero! Cuando tenemos misericordia, los demás se quedan sorprendidos, especialmente si están plenamente conscientes de que merecen castigo.

Me gustaría sugerirle que tome unos minutos para pensar si conoce a alguien que necesita de su misericordia. La misericordia es un regalo. No puede ser ganada o merecida, y cuando se da gratuitamente la gente experimenta el poder del amor de Dios de una forma práctica que a menudo es

transformadora.

Dios nos dio a Dave y a mí la capacidad de perdonar a mi padre por haber abusado sexualmente de mí cuando yo era

niña. Tuvimos misericordia de él en su vejez y cuidamos de él hasta que murió. Recuerdo cuando nos dijo: “La mayoría de la gente hubiera querido asesinarme por lo que hice, ¡pero ustedes siempre han sido bondadosos conmigo!”. Él recibió a Jesús tres años antes de morir, y estoy muy agradecida por eso. Dios le mostró misericordia a través de nosotros. Dios obra a través y en sociedad con la gente, y quiere usarnos a todos constantemente. Hay muchísimas personas en el mundo que están perdidas y sufriendo. Tal vez han intentado con alguna religión que los decepcionó, pero si conocen a

Jesús, nunca volverán a ser los mismos. Tal vez Él solo pueda llegar a alguien a través de nuestro ejemplo. Comprometámonos a mostrarles a los demás como es Jesús en verdad, en vez de solo tratar de explicárselo. Las palabras pueden ser inútiles si no están respaldadas por acciones.

Yo vi mucha gente tratando de convencer a mi padre de que cambiara su comportamiento, porque fue malvado y abusivo casi toda su vida. A pesar de toda la gente que habló con él, nada bueno pasó. Pero cuando experimentó la misericordia de Dios, su duro corazón empezó a derretirse y Dios pudo cambiarlo. Después de recibir a Jesús como su Salvador y ser bautizado, experimentó un cambio verdadero. Solo vivió tres años más, pero afortunadamente, ahora está en el cielo.

El libre albedrío

Dios no obliga a nadie a actuar contra su voluntad, y nosotros tampoco deberíamos hacerlo. No es malo tratar de hablar con alguien sobre un mal comportamiento que le hace daño a sí mismo, a nosotros o a los demás, pero si la persona rechaza nuestras palabras, estamos perdiendo el tiempo tratando de convencerla de que cambie. He visto cambios asombrosos en personas a lo largo de los años, pero nunca fue porque yo las convencí de que cambiaran. ¡Dios realizó los cambios cuando oramos!

La Palabra de Dios dice que si una mujer tiene un esposo no salvo, puede ganarlo con un comportamiento piadoso, pero no con su conversación (ver 1 Pedro 3:1). Estoy segura de que cuando una mujer trata de convencer a su esposo de que cambie, ¡él más se aferra y se decide a no cambiar! Dios es mucho mejor que cualquiera de nosotros convenciendo a la gente para que haga o no haga algo.

Comprométase a orar en vez de tratar de cambiar a los demás, y verá resultados mucho mejores.

La presunción

La presunción es un pecado del que rara vez hablamos, pero debemos saber más de él. La presunción surge de un corazón orgulloso. Quien presume toma decisiones que no tiene la autoridad de tomar y hace cosas que no tiene permiso de hacer.

Un empleado presuntuoso casi nunca recibe un ascenso, un niño presuntuoso termina perdiendo sus privilegios, y un hijo de Dios presuntuoso debe ser transformado antes de poder ser utilizado eficazmente en la obra de Dios. Tomar nuestras propias decisiones sin tomar en cuenta a Dios, es presunción.

“¡Vamos ahora! los que decís: Hoy y mañana iremos a tal ciudad, y estaremos allá un año, y traficaremos, y ganaremos; cuando no sabéis lo que será mañana. Porque, ¿qué es vuestra vida? Ciertamente, es neblina que se aparece por un poco de tiempo, y luego se desvanece. En lugar de lo cual deberíais decir: Si el Señor quiere, viviremos y haremos esto o aquello. Pero ahora os jactáis en vuestras soberbias. Toda jactancia semejante es mala”.

¡Actuar sin tomar en cuenta a Dios, sin orar y sin confiar en su dirección no es bien visto en el cielo! Esto demuestra una

actitud orgullosa que es necesario cambiar.

Decidir que alguien necesita cambiar y tomarse el trabajo de intentar cambiarlo, es presunción. Es por ello que le recomiendo encarecidamente que incluso cuando ore para que Dios cambie a alguien, lo haga con una actitud de humildad, consciente de que usted también tiene mucho que cambiar.

Me encanta cuando Dios tiene paciencia conmigo, pero a veces cuestiono su paciencia con los demás. No siempre entendemos por qué Dios no hace cambiar a esa persona que no nos trata bien. Según Pablo, Dios demuestra su benignidad

~~y retrasa el juicio para guiarnos al arrepentimiento.~~ (ver Romanos 2:4). Si Dios puede tener misericordia y tolerar el mal comportamiento para guiar a la persona al arrepentimiento, tal vez nosotros deberíamos hacer lo mismo.

En una oportunidad tuve un jefe que no trataba bien a sus empleados. No valoraba su trabajo, no les pagaba lo justo, se apresuraba a corregir hasta el más mínimo error y no era respetuoso. Era cristiano y debía comportarse mejor, y admito

~~que muchas veces le pregunté a Dios por qué permitía que aquel hombre continuara con su mal comportamiento y no lo detenía.~~ ¡Solo la gente presuntuosa cuestiona a Dios! Mejor hubiera sido que orara así: “Señor, sé que estás obrando en ———, y oro porque él te escuche y haga lo correcto. Me hace daño, pero sé que este comportamiento te hace mucho más daño a ti. Gracias, Señor, por tu paciencia extrema con todos

nosotros”.

Desafortunadamente, el hombre no cambió hasta que Dios lo enfrentó fuertemente. Como resultado, su vida no terminó

siendo lo que hubiera sido si se hubiera sometido a Dios. Me entristece pensar en ello, y ahora desearía haber pasado más tiempo orando por ese hombre que molestándome con él y preocupándome por cómo me trataba.

Cuando quienes nos rodean no actúan de la manera que deberían y su comportamiento nos hiere a nosotros o a los demás, tenemos que orar diligentemente por ellos. Debemos orar para que escuchen a Dios antes de que sea demasiado tarde. ¡Este tipo de actitud piadosa es mucho mejor que juzgar! Dietrich Bonhoeffer dijo: “Al juzgar a los demás

cerramos los ojos a nuestra propia maldad y a la gracia que les pertenece a ellos tanto como a nosotros”.

Tenemos más paz en nuestra vida cuando oramos por los demás, en vez de intentar cambiarlos, para que Dios haga lo que solo Él puede hacer. Mientras esperamos por los cambios que deseamos en nuestra vida, debemos asegurarnos de cumplir con todo lo que Dios nos pida. ¡Hagámonos plegables y moldeables en sus manos, e invitémoslo a que nos convierta en vasijas buenas para su uso!

~~CAPÍTULO 21~~

Lidiar con la duda

“No arranques en la duda lo que has plantado en la fe”.

Elizabeth Elliot

Sería fácil confiar en Dios si la duda nunca nos embargara; pero lo hace, así que debemos aprender a enfrentarla. A todos nos gustaría no enfrentar oposición en nada, pero es un deseo poco realista. Si tan solo no existieran las tentaciones. Si tan solo no existiera el miedo. ¡Si tan solo no existiera la duda! Pero existen.

Sin embargo, no tenemos que dejar que se conviertan en el problema en que a menudo se convierten. Dios nos dice que tengamos fe y no dudemos, pero no dice que la duda no nos visitará de vez en cuando. La verdadera razón por la que el

visitara de vez en cuando. La verdadera razón por la que el Señor nos dice que no dudemos es porque sabe que la duda llegará y quiere que estemos preparados para enfrentarla de forma rápida y precisa.

Hace poco hice un programa de televisión en el que respondía las preguntas de los televidentes sobre la confianza. Una mujer envió una pregunta sobre la duda por nuestra página de internet. Ella afirmaba que trataba de confiar en Dios y que quería hacerlo, pero no podía liberarse de la duda que la consumía, y me preguntaba qué podía hacer.

Tal vez usted se está haciendo la misma pregunta. Yo me la hice en algún momento. La verdad es que no podemos evitar que la duda aparezca y trate de robarnos nuestra fe y nuestra confianza en Dios.

~~Cuando la duda llegue, podemos escoger no permitir que nos afecte. ¡Podemos aprender a dudar de las dudas!~~

Cuando Dios nos pide que no hagamos algo, no está diciendo que no estaremos tentados a hacerlo, o que nunca tendremos ganas de hacerlo o que no necesitaremos resistirnos a hacerlo. En realidad, nos dice todo lo contrario. ¿Para qué va a decirnos “no tengáis miedo”, si no vamos a tener la oportunidad de tener miedo? ¿Para qué va a decirnos que no caigamos en tentación, si no vamos a ser tentados? ¿Para qué va a decirnos que no dudemos, si no vamos a tener la oportunidad de dudar?

La duda llegará, pero no tenemos que dejar que nos haga tambalear con respecto a las promesas de Dios.

Un ejemplo bíblico

Abraham es el mejor ejemplo que conozco de cómo debe manejar la duda una persona de Dios. Abraham recibió la promesa de Dios de que él y Sara tendrían un hijo. En el mundo físico, su situación era imposible porque ambos habían pasado la edad de tener hijos. Según las Escrituras, Abraham no tenía absolutamente ninguna razón para tener esperanzas, pero él creyó contra toda esperanza (ver Romanos 4:18, NVI).

Cuando consideró la impotencia de su propio cuerpo y la esterilidad del vientre de Sara, Abraham no se debilitó en la fe (ver Romanos 4:19). No puso en tela de juicio (no cuestionó) la promesa de Dios, porque se fortaleció alabando a Dios (ver Romanos 4:20). Dios cumplió la promesa que le había hecho a Abraham y a Sara, aunque tomó un poco más de tiempo de

lo que habían pensado. La duda intentó evitar que toda esta gente sobre la que leemos en la Biblia avanzara con Dios. La Biblia está llena de ejemplos de hombres y mujeres que confiaron en Dios aunque sufrieron una gran oposición, dificultades, y a veces trato injusto. Seguramente la duda embargó a José cuando estaba en prisión por un crimen que no cometió, o a

Ester cuando se preparaba para presentarse ante el rey sin ser invitada, aunque eso era un crimen que se pagaba con la muerte, o a Pablo cuando viajaba llevando el evangelio de Cristo solo para enfrentar terrible persecución, cárcel, azotes,

hambre y otras dificultades. Pero todos vieron la fidelidad de Dios y pelearon la buena batalla de la fe.

Cómo entender la oposición

Hace poco me di cuenta de que ser liberados de algo por la misericordia de Dios no siempre significa la desaparición de ese algo. Somos libres de nuestro pasado doloroso, pero este podría tratar de visitarnos de vez en cuando. Fuimos liberados del miedo, pero a veces este aparece en momentos inoportunos, solo para ver si puede entrar en nuestra vida una vez más.

En Lucas 4, encontramos la historia de cuando Jesús es llevado por el Espíritu Santo al desierto para ser tentado por el diablo. Durante los cuarenta días que estuvo allí, enfrentó con éxito varias tentaciones. Pero la Biblia dice que cuando el ciclo de tentaciones terminó, el diablo se apartó durante un tiempo, esperando un momento más oportuno (ver Lucas 4:13). Es decir, Jesús ganó esa batalla, pero otras batallas vendrían. ¡Tendremos oposición!

Los retos que enfrentamos prueban nuestra fe en Dios. Es probada en el horno de la aflicción, de donde saldrá fortalecida e incorruptible. La duda, el miedo y la preocupación forman parte de la oposición (ver 1 Corintios 16:9). Pablo dijo que cuando él quería hacer el bien, el mal aparecía (ver Romanos 7:21). No debemos dejar que el mal

venza a nuestra fe, ¡pero vendrá!

La oposición viene en varias formas. Independientemente de la forma en que aparezca, su intención es hacer que abandonemos nuestras esperanzas de recibir lo que Dios nos

ha prometido.

Quienes se oponen a nosotros:

Cuando deseamos hacer la voluntad de Dios, puede haber gente que se oponga a nosotros. Los apóstoles tuvieron que enfrentar oposición constante de los líderes religiosos y los romanos. Jesús ciertamente tuvo que afrontar oposición de gente que lo rechazaba y lo despreciaba. Lo acusaron falsamente, lo criticaron y los menospreciaron, pero Él siguió enfocado en hacer la voluntad de su Padre. A veces, quienes se oponen a nosotros son los que se supone que deberían animarnos, algo que puede resultar particularmente doloroso.

Los propios hermanos de Jesús pensaban que estaba loco y sentían vergüenza de estar con Él.

Situaciones que se nos oponen:

Todos hemos vivido situaciones que se nos oponen y nos hacen difícil cumplir con nuestras metas. Una vez, durante un mes, hice una lista de todas las cosas inesperadas y frustrantes que me ocurrían a diario y que requerían de mi tiempo y energía. En ese tiempo, estaba tratando de terminar el manuscrito de un libro, preparándome para las próximas conferencias, grabando para la televisión y viajando para compartir el evangelio de Jesucristo. Luego de los treinta días, recopilé una larga lista de situaciones que se me opusieron, desde derramar una bebida vitamínica de color rojo sobre un sofá blanco, hasta caerme en las escaleras.

Este tipo de cosas son cuando menos molestas, pero algunas situaciones son más graves y requieren aún más atención. Cuando algo se nos oponga, debemos seguir haciendo lo que teníamos la intención de hacer. Usted puede tener la seguridad de que cuando intente seguir a Dios de

tener la seguridad de que cuando intenté seguir a Dios de corazón, Satanás encontrará una forma de oponerse.

Emociones y pensamientos que se nos oponen:

Aparte de las cosas tangibles que he mencionado, también encontramos oposición a través de pensamientos y emociones que intentan debilitar nuestra confianza en Dios. La duda es solo una de ellas. También están el miedo, la ansiedad, el pesimismo, la preocupación y muchas otras. Pero podemos animarnos pensando que muchos de los hombres y mujeres de Dios que vivieron antes que nosotros hicieron un gran esfuerzo y lograron cumplir la voluntad de Dios. Y con la gracia de nuestro Señor Jesucristo, nosotros también podremos hacerlo.

Debemos “velar y orar”, como nos instruye la Palabra de Dios (ver Mateo 26:40–41; 1 Pedro 4:7). Ponga atención a todo lo que se oponga a su fe y esté tratando de evitar que obedezca a Dios. Reconózcalo por lo que es y no deje que le robe su herencia en Dios.

En cuanto a la duda, recuerde que tener dudas no significa

En cuanto a la duda, recuerde que tener dudas no significa que no tengamos fe ni confiemos en Dios. Significa que Satanás nos pone la tentación para evitar que confiemos en Él, pero debemos pensar en la fuente de la duda y darnos cuenta

de que no debemos creer en ella.

Por ejemplo, digamos que escuché que alguien dijo algo crítico sobre mí, pero no sé a quién. No me enfadaré por su crítica, porque debo tomar en cuenta la fuente. Lo mismo aplica cuando los sentimientos y pensamientos impíos aparecen y nos tientan a dejar de confiar en Dios. Jesús les dijo a sus discípulos que oraran para que no cayeran en tentación (ver Lucas 22:40). La tentación llegaría, pero ellos podrían escoger si la recibirían o no.

En lo personal, me ha sido muy útil entender que el solo hecho de sentir miedo no significa que sea cobarde y que el solo hecho de tener dudas no significa que ya no confíe en Dios. ¡No podemos vencer al enemigo si no lo reconocemos! La duda es amiga del miedo, ¡y ambos son nuestros enemigos!

Apagar el ruido

¿Alguna vez ha escuchado un ruido molesto y ha encendido la radio o la televisión para no escucharlo? A veces me quedo en un apartamento que normalmente es bastante callado, pero una vez a la semana, en horas de la noche, un bar restaurant que se encuentra en esa calle presenta una banda que toca una música muy alta que no me gusta y me distrae. Tienen una especie de pared portátil deslizante que se abre para que la música suene tanto adentro como afuera. Me di cuenta de que si le doy un poco de volumen al televisor, puedo atenuar el sonido de la música.

Creo que lo que hizo Abraham cuando venció la duda y la incredulidad alabando a Dios es un ejemplo de esto mismo. El escuchó y sintió la duda, pero apagó el ruido de Satanás alabando.

Se dice que parte de la alabanza incluye narrar un cuento o historia sobre algo bueno que Dios ha hecho. Tal vez cuando Abraham sintió dudas, comenzó a preguntarle a Sara si recordaba cuando dejaron su hogar para seguir a Dios sin tener idea de a dónde quería llevarlos. Dios los guió paso a paso, y estoy segura de que hubo muchas historias sobre la bondad de Dios sobre las que podían hablar.

Dave y yo a menudo hacemos lo mismo. Disfrutamos hablando de los primeros días de nuestro ministerio; de todos los retos que hemos enfrentado y de lo fiel que ha sido Dios. Cuando recuerdo esa época, se me hace difícil dudar de Dios.

Eso no significa que no sienta dudas, ¡pero recuerdo su origen y las ignoro!

Dios no nos habría dado en su Palabra instrucciones de fe. La duda es la herramienta del diablo para evitar que hagamos aquello que Dios quiere que hagamos y tener lo que Él quiere que tengamos.

Cuando Jesús iba en camino para sanar a la hija enferma de un hombre, los demás lo detenían pidiéndole también sanación. Él se detenía para ayudarlos, y en uno de esos momentos, cuando ministraba a una persona enferma, los sirvientes del hombre vinieron y le dijeron que no continuara su viaje porque la niña había muerto. La Biblia dice que Jesús los escuchó pero los ignoró, y le dijo al hombre que siguiera creyendo (ver Marcos 5:22–43). Como puede ver, hasta Jesús tuvo que ignorar noticias cuya intención era sembrar dudas. Estuvo tentado de la misma manera que nosotros, pero nunca pecó (ver Hebreos 4:15).

Nunca sin un camino

En el *Vine's Expository Dictionary of New Testament Words*, el término “duda” es parcialmente definido como “estar sin un camino” o “estar sin recursos”. Nunca estamos sin un camino porque Jesús es el camino (ver Juan 14:6). La fe y la confianza son para esos momentos de la vida en los que no sabemos qué hacer o no contamos con nuestros propios recursos. Jesús no solo es el camino, ¡también es nuestra Fuente! No hay nada que alguno de nosotros desee que Él no pueda proveer.

Algunos, incluyendo el diablo, podrían decirnos que “no hay camino”, ¡pero recordemos que “el Camino” vive en nosotros y está en nosotros! ¿Confíaremos en Él a lo largo de nuestro recorrido hacia la victoria?

Hace cuarenta años, cuando Dios me llamó para enseñar su Palabra, trabajaba cuarenta horas a la semana, además de atender a mi esposo y mis hijos. Mi horario ocupado no me dejaba tiempo para estudiar la Biblia adecuadamente y preparar las clases que debía dar en nuestra reunión bíblica semanal.

Sentía fuertemente en mi corazón que debía dar un enorme paso de fe y dejar mi trabajo para pasar más tiempo

estudiando la Palabra de Dios. Dave estuvo de acuerdo, así que abandoné mi empleo y mi ingreso. Nuestras cuentas mensuales eran un poco más elevadas que el sueldo de Dave, y recuerdo cómo me atacaban las dudas y el miedo,

diciéndome que Dios no proveería y que había tomado una mala decisión al renunciar a mi empleo.

En mi corazón sentía que había hecho lo correcto, pero mi cabeza continuaba discutiendo conmigo misma. Me atormentaba, al punto de hacerme realmente infeliz. Pero una mañana cuando estaba caminando por la casa, Dios me habló al corazón y simplemente me dijo: “Puedes tratar de cuidar de ti misma y vivir con miedo y dudas, o confiar en que yo proveeré de formas milagrosas”. Estaba en una encrucijada de la fe; necesitaba dejar las dudas y decidir si confiaría en Dios

o no. Dios me dio la fortaleza para confiar y durante cinco años vimos como Dios proveía mes a mes de formas asombrosas. Durante esos años mi fe creció y aprendí por experiencia propia que Dios es fiel. Todavía veo hacia atrás, recuerdo esos años y me alegra haberlos vivido, porque sirvieron para acercarme más a Dios que nunca.

Si usted siente que Dios le pide que haga algo, pero tan pronto avanza por fe es atacado por las dudas, no se sorprenda. Su fe está siendo probada y aunque es difícil, es algo bueno. Cuanto más aprendemos a confiar en Dios a través de la experiencia, más fácil se nos irá haciendo. Usted experimentará su fidelidad de muchas maneras y, cada vez que lo haga, se volverá más fuerte.

Una vez que se pasó la prueba, durante más de cinco años me

Una vez escuche que la duda mata mas sueños que el fracaso. No permita que la duda descarrile su fe. Reconózcala por lo que es, ¡y enfréntela con fe!

~~CAPÍTULO 22~~

¿Cuánta experiencia tiene?

“Bienaventurado el hombre que halla la sabiduría, y que obtiene la inteligencia”.

Proverbios 3:13

Si alguna vez se ha postulado para un empleo, probablemente el entrevistador le hizo esta pregunta: “¿Tiene algún tipo de experiencia?”. Si la respuesta fue sí, la siguiente pregunta pudo haber sido: “¿Cuanta experiencia tiene?”. Aunque podamos tener un título universitario en un campo específico en el cual deseamos trabajar, la sola educación no siempre nos califica. Independientemente de cuánto creamos que sabemos, a menos que nuestro conocimiento haya sido puesto a prueba, no habrá evidencia de cómo nos desempeñaremos en un

trabajo.

Dios busca exactamente lo mismo cuando desea utilizarnos para su gloria y sus propósitos en la tierra. Cuando Moisés necesitaba ayuda para liderar a los israelitas, bajo la dirección

de Dios dio estas instrucciones a la gente:

“Dadme de entre vosotros, de vuestras tribus, varones sabios y entendidos y expertos, para que yo los ponga por vuestros jefes”.

Deuteronomio 1:13

¿Se fijó que la lista de requisitos no incluye el talento? Alguien puede tener un talento natural para algo, pero para que sea un recurso valioso también necesita sabiduría, entendimiento y experiencia. Moisés buscaba hombres que tuvieran algo de experiencia para ponerlos en posiciones de liderazgo.

Cuando comenzamos a levantar el ministerio que Dios nos había pedido que creáramos, también necesitábamos gente que nos ayudara. Cuando conversé con mi pastor sobre algunas de las necesidades, me dijo: “Joyce, recuerda siempre que no conocerás a alguien realmente sino hasta que lo veas en todo tipo de situaciones”. ¿Por qué? Porque nadie sabe cómo se comportará una persona hasta que su carácter y conocimientos son puestos a prueba. Ni siquiera sabemos cómo somos nosotros mismos hasta que adquirimos experiencia enfrentando diferentes desafíos en la vida.

Es fácil pensar y hasta decir que confiamos en Dios pero,

¿lo hacemos realmente cuando es necesario? Mientras escribía este libro sobre confiar en Dios, estaba enfrentando un problema muy doloroso que se extendió durante mucho tiempo. En todo ese tiempo fui capaz de confiar en Dios para

que Él se hiciera cargo de todo gracias a que he tenido años de experiencia con Él y he sido testigo de su fidelidad una y otra

vez. Podemos leer un libro que hable sobre la confianza en Dios, pero debemos experimentarla para volvernos verdaderamente buenos en eso. Como maestra de la Palabra de Dios, trato de enseñarle a la gente que escuchar o leer es solo una parte de lo que se necesita. También necesitamos “practicar” lo que estamos aprendiendo. Al hacerlo, aprendemos tanto, si no más, que con el conocimiento que obtenemos a través del estudio.

Jesús era experimentado

Hebreos 5:8–9 afirma:

“Y aunque era Hijo [...] aprendió la obediencia; y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen”.

Incluso Jesús fue preparado para hacer la obra de Dios atravesando situaciones y ganando experiencia. No sé para usted, ¡pero para mí eso es alentador! Me ayuda a entender que vamos a aprendiendo a medida que avanzamos, por así decirlo. Tal vez como cristianos inexpertos se nos haga difícil confiar en Dios, pero a medida que los años vayan pasando y nuestra fe vaya siendo probada, vamos entendiendo que podemos confiar en Él. El conocimiento racional representa un grado de sabiduría, pero el conocimiento experimental es mucho más profundo.

Necesitamos educación (de la Palabra de Dios), pero también necesitamos revelación. Creo que esta última aparece en esos momentos en los que nuestro conocimiento es puesto a prueba y experimentamos la bondad y la fidelidad de Dios en nuestras propias circunstancias.

Cuando el apóstol Pablo instruía a los corintios, les dijo que nunca se enfrentarían a nada que no pudieran soportar. Dios siempre provee una salida porque es fiel a su Palabra (ver 1 Corintios 10:13). Creo que Pablo estaba hablando en base a

su experiencia. Había atravesado por una gran cantidad de situaciones difíciles confiando en Dios, y una y otra vez había sido liberado o había recibido fuerzas para seguir adelante con una actitud victoriosa.

Recientemente, en una sesión de preguntas y respuestas que hice sobre la confianza en Dios, una mujer me preguntó: “¿Cómo puedo confiar en Dios después de haber confiado en Él en el pasado y no me cumplió?”. Hace veinte años me habría costado responderle, pero después de cuarenta años de experiencia con Dios, yo ya sabía la respuesta. Le dije: “Si confiaste en Dios para algo y no lo obtuviste, estabas confiando en Él para algo que tú querías, pero que no estaba en sus planes para ti”. Un individuo que tenga una fe madura puede confiar en Dios *para* algo y seguir confiando en Él aunque no lo reciba. Confía en que si lo que pide es la voluntad de Dios, Él se lo dará, y entiende que si lo que quiere no es la voluntad de Dios, estará mucho mejor sin eso. De hecho, ¡puede aprender a agradecer a Dios por no darle lo que quiere! No confía en Dios simplemente *para recibir*, sino *a lo largo* de todo el camino.

Pablo dijo lo siguiente:

“Pero deseamos que cada uno de vosotros muestre la misma solicitud hasta el fin, para plena certeza de la esperanza”

Cada vez que depositamos nuestra confianza en Dios

cuando atravesamos dificultades o cuando tenemos una necesidad, se nos hace más fácil la siguiente vez. Poco a poco

(a veces muy poco a poco) vamos aprendiendo a confiar en Dios, así que no se desanime si siente que no lo hace tan bien como sabe que debería hacerlo.

La escuela de la vida

Todos estamos en la escuela de la vida y aprendemos cada vez más durante nuestro recorrido. El salmista David habla en diversas oportunidades de aquellos que tienen experiencia con el Señor. Dice que quienes han experimentado la misericordia del Señor se apoyarán y pondrán su confianza en Él (ver el Salmo 9:10). Cuando experimentamos la bondad, amabilidad, misericordia, amor incondicional y generosidad de Dios, estamos seguros de que podemos confiar en Él en cualquier situación. Aunque no nos dé lo que estábamos esperando, veremos que al final siempre nos da lo que es mejor para nosotros. El hecho de no entender las razones por las que Dios actúa como lo hace, no significa que sus métodos sean incorrectos. Al final entenderemos, aunque a veces nos tome una vida para hacerlo.

A menudo la gente dice: “Quisiera saber lo que sabemos ahora solo porque hemos atravesado la escuela de la vida.”

Yo no podía poner la vida en espera para inscribirme en la escuela bíblica cuando Dios me llamó a enseñar su Palabra, pero estaba y aún estoy en la escuela de la vida y he

pero estaba y aún estoy en la escuela de la vida y he aprendido muchas cosas que jamás podría haber aprendido estudiándolas.
David habló de lo que él llamó “experiencias santificadas” (ver el Salmo 119:7). ¡Me encanta eso! Probablemente no

habríamos escogido algunas de las experiencias que hemos vivido, sin embargo en la sabiduría infinita de Dios, esas experiencias se vuelven “santificadas”. En otras palabras, son vivencias santas que nos ayudan a confiar en Dios y en el poder de su resurrección.

Durante los seis años después de que renuncié a mi empleo, en los que Dios probó nuestra fe y en los que tuvimos que depender totalmente de Él, crecí espiritualmente de formas asombrosas. No fue de la forma en que yo habría elegido, ¡pero definitivamente fue la forma correcta!

Me gusta pensar en la manera en que Dios se hizo cargo de los israelitas cuando atravesaban el desierto en la escuela de la vida. Los alimentaba con maná (un alimento sobrenatural) de cuyo origen no tenían ninguna idea o evidencia, salvo la promesa divina de que lo volverían a tener al día siguiente, y al siguiente. Literalmente, tuvieron que confiar en Dios un día a la vez. A veces, la única manera de aprender a hacer algo es cuando no tenemos más opción.

Durante los cuarenta años que viajaron por el desierto, las vestimentas de los israelitas no se gastaron (ver Deuteronomio 8:4). No recibieron vestiduras nuevas, ya que las que tenían duraron un tiempo milagrosamente largo. Dios dijo que los estaba probando para ver si podían seguir sus órdenes. Como podemos ver, ¡no hay demostración de confianza sin una

prueba! Su propósito era elevarlos a una situación mucho mejor, pero primero tenía que enseñarles a depender tanto de Él que nunca lo olvidaran, después de atravesar todas las cosas que vivieron junto a Él (ver Deuteronomio 8:2, 7, 11).

En la escuela de la vida he sufrido la traición de quienes pensaba que eran buenos amigos, el rechazo de miembros de mi familia y amigos cuando no estuvieron de acuerdo con mis decisiones, malos entendidos, falsas acusaciones, persecuciones y muchos otros incidentes dolorosos, pero también he aprendido la importancia de perdonar a los que me hicieron daño y de negarme a estar amargada o furiosa. He aprendido integridad, excelencia, paz, paciencia y autocontrol; cómo escoger a los amigos correctos; cómo mantener a Dios primero en mi vida, valorar a la gente y, literalmente, miles de lecciones más. La mayoría no fueron sencillas de aprender porque requirieron de una prueba que finalmente se convirtió en la experiencia que ahora me permite confiar en Dios con mucha, mucha más facilidad que antes.

Sí se vuelve más sencillo

Creo que no me equivoco al decir que confiar en Dios se va haciendo cada vez más fácil, al igual que la vida con Él. Cuando escogemos “poner” nuestra confianza en Él y no en otras cosas aprendemos, y nuestra capacidad de hacerlo crece cada vez más. He visto a Dave vivir con lo que yo llamo una “santa tranquilidad” durante la mayor parte de los cincuenta y tantos años que llevamos casados. Durante un tiempo me molestó mucho que la vida pareciera tan fácil para él y tan difícil para mí. Después aprendí que la vida no es fácil para ninguno de los dos, pero podemos vivir en una santa tranquilidad confiando en Dios en todo momento, en todas las cosas.

Al parecer, Dave aprende un poco más rápido que yo. Soy un poco cabeza dura y con frecuencia necesito tener algunas

“experiencias santificadas” más que él antes de aprender. Él aprendió rápido a poner sus preocupaciones en Dios y a dejar que Dios se hiciera cargo de él. Recuerdo que en los primeros años de matrimonio, cuando teníamos dificultades, él intentaba decirme que no lograría nada preocupándome y alterándome y que debería confiar en Dios. Quería hacerlo, pero simplemente no sabía cómo. Si a usted le está costando

pero simplemente no sabía cómo. Si a usted le está costando confiar en Dios, le aseguro que sé cómo se siente, pero sé por experiencia propia que aprenderá a lo largo del viaje. No se desaliente si a veces parece que tiene poca fe, solo recuerde que si la pone en práctica, esa pequeña fe puede convertirse

con el tiempo en una fe enorme.

Cuando los discípulos entraron en pánico durante una tormenta, Jesús les dijo que tenían poca fe (ver Marcos 4:40). Sin embargo, pocos años después estos mismos hombres ejercitaban una gran fe cuando difundían activamente el evangelio de Cristo en una época de intensas persecuciones. Su pequeña fe creció y se convirtió en una fe enorme, y lo mismo puede pasar con la nuestra. Ellos no aprendieron a tener una fe enorme acostados en la playa en un día soleado: ¡La aprendieron en una tormenta que parecía un huracán! No pudieron confiar en Dios durante esa tormenta, pero finalmente aprendieron a confiar en El en todo momento, en todas las cosas. Estos hombres enfrentaban la muerte a diario y aun así continuaron presionando, porque bien fuera en la vida o en la muerte, ¡sabían que podían confiar en Dios!

Cuando Jesús estaba sufriendo en la cruz y a punto de exhalar su último suspiro, sus últimas palabras fueron de confianza. Dijo: “¡Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu!” (Lucas 23:46).

¡Oro para que todos aprendamos a confiar en Dios hasta el último suspiro que exhalamos! Vivir una vida de confianza en Dios hace agradable una vida que de otra forma sería infeliz. La confianza es un regalo poderoso que Dios nos ha dado, así que desarrollémoslo y usémoslo todo el tiempo, de todas las

formas.

CAPÍTULO 23

Encomiende todo a Dios

“El mundo todavía tiene que ver lo que Dios puede hacer a través un hombre que está totalmente encomendado a Él”.

D. L. Moody

La gente se preocupa por muchos asuntos, pero estos son los tres temas más frecuentes en las peticiones de oración: orar por los seres queridos y los hijos, orar por las finanzas, y orar por salud y sanación.

La preocupación es enemiga de la confianza en Dios y trata continuamente de robarnos la fe y mantenernos bajo el dominio del miedo. Nadie nunca recibió lo que le pidió a Dios a través del miedo. Solo a través de la una inamovible y la

a través del miedo. Solo a través de la una mano viene y la confianza en Dios podemos tener la vida que realmente queremos y tener la paz y el gozo que deseamos. Veamos estas tres preocupaciones principales, tomando en cuenta que podemos aplicar estos principios en cualquier otro aspecto de

nuestra vida.

1. Preocupación por los hijos

¿Cómo resultarán? ¿Somos buenos padres? ¿Cómo debemos corregirlos cuando haga falta? ¿Somos demasiado estrictos o muy “blandengues”? Si vemos que nuestros hijos tienen problemas de algún tipo cuando son adolescentes o adultos jóvenes, nos preguntamos si la raíz de los problemas fue algún error que cometimos. Al diablo le encanta sobrecargar a los padres con muchos tipos de falsa culpa, que son inútiles y un desperdicio de energía.

Dave y yo tenemos cuatro hijos grandes y once nietos, a los cuales hemos visto luchar contra muchos problemas personales diferentes. Dios me ha enseñado que la oración es mi mayor aliada y la ayudante más potente que tengo cuando debo ayudar a mis hijos con sus problemas. Preocuparme por lo que los preocupa, no me ayuda a mí ni a ellos.

Vemos que nuestros hijos u otros seres queridos toman malas decisiones y queremos desesperadamente convencerlos de que cambien. Sin embargo, la mayoría de las veces, aunque sepamos la respuesta al problema que tienen, no nos escucharán. En especial los adolescentes y adultos jóvenes, quienes al parecer necesitan cometer sus propios errores y descubrir por sí mismos qué funciona en la vida y qué no.

descubrir por sí mismos que funciona en la vida y que no.

A causa de nuestra gran cantidad de nietos, en este momento Dave y yo conocemos a alguien dentro de cada rango de edad. Actualmente tenemos dos nietos adolescentes que abordan sus problemas de formas totalmente diferentes.

Uno de ellos lucha contra inseguridades que se manifiestan de diferentes maneras, mientras que la otra le da cabida a la ansiedad con sus cavilaciones constantes y excesivas y un falso sentido de responsabilidad.

A mí, que tengo esta edad y cierto nivel de experiencia, se me hace fácil ubicar rápidamente la raíz de los problemas de ambos, pero para ellos no es fácil simplemente porque apenas están tratando de entender la vida. Están tratando de entenderse a sí mismos y luchando por su independencia, apoyándose a la vez en sus métodos a veces juveniles e infantiles.

Tenemos otros nietos más grandes a los que hemos visto luchar con otros problemas y salir victoriosos, y que ahora llevan vidas consagradas y fructíferas. Uno de ellos tenía problemas de ira; otro, de drogas; otro lidiaba con su rebelión extrema; y cuando veo hacia atrás, me doy cuenta de que orar fervientemente por ellos al final produjo resultados maravillosos. La oración nunca debe ser vista como el último recurso, sino como lo primero que debemos hacer en cada dificultad. La oración le abre la puerta a Dios para que trabaje y esa puerta se queda abierta cuando seguimos orando y agradeciéndole a Dios porque se encarga de la gente y las cosas que le hemos encomendado.

Nuestros cuatro hijos tuvieron problemas, como casi todos

los hijos, pero ahora son hombres y mujeres adultos que sirven a Dios, y tenemos con ellos una amistad maravillosa. No podría estar más orgullosa de ellos. Tal vez usted esté atravesando una situación con alguno de sus hijos y esté

preocupado por algunos problemas graves que definitivamente necesitan de la atención de Dios. Los padres

tienden a preocuparse por nuestros hijos! Queremos ayudar a nuestros hijos! Queremos liberarlos! Preferiríamos llevar nosotros su dolor antes de verlos sufrir. Así reaccionó el amor de Dios ante nuestra condición pecaminosa y la infelicidad que esta ocasionó, y es bastante normal para nosotros como padres sentirnos de la misma manera. Sin embargo, no podemos liberar a nuestros hijos de todas las incomodidades de la vida, y a veces debemos, por el mismo amor que les tenemos, dejarlos que sufran las consecuencias de las semillas que han sembrado. Podemos confiar en la Biblia, específicamente en Proverbios, cuando nos enseña a instruir a nuestros hijos en su camino, ya que cuando sean mayores, no se apartarán de él (ver Proverbios 22:6).

Aunque los muchachos se pueden descarriar durante un período de tiempo, volverán al buen camino si continuamos orando y siendo un buen ejemplo para ellos.

¿De quién es la culpa?

Si usted tiene un hijo con un problema o que es algo problemático, ¿de quién es la culpa? Como padre, ¿cometió usted un error que generó los problemas de su hijo, o fueron solo malas decisiones por parte de él? ¿Fueron las personas que su hijo escogió como amigos, o simplemente la sociedad de la que formamos parte?

Creo que pasamos demasiado tiempo tratando de encontrar a un culpable y nada de tiempo pensando que, independientemente de quién sea la culpa, ¡la solución es Dios! Yo definitivamente cometí errores con mis hijos. De verdad me sorprende que resulté ser una buena madre. Yo crecí en un hogar extremadamente disfuncional, viendo un mal ejemplo tras otro, pero Dios me dio el privilegio de criar a mis hijos mucho mejor de lo que pude haber imaginado. Mis dos hijas me dijeron: “Mamá, tomando en cuenta la manera en que fuiste criada y el abuso que sufriste, ¡hiciste un trabajo fantástico con nosotras!”.

Debemos recordar que aunque no seamos padres perfectos, Dios puede arreglar las consecuencias de cualquier error que hayamos cometido. Lo único que desea de nosotros es un corazón arrepentido y una oración sincera en la que le

encomendemos el problema a Él, para que Él lo pueda solucionar.

Le animo a resistir la tentación de preocuparse por sus hijos, y a confiar en que Dios hará en ellos lo que usted no

puede hacer. ¡Solo Dios puede cambiar a la gente! Sé que ese “no se preocupe por sus hijos” es más fácil decirlo que hacerlo, pero le prometo que Dios es fiel y, aunque no podamos controlar las decisiones que otros toman, nuestras oraciones pueden abrir la puerta para que Dios obre en sus vidas. No hay problemas demasiado grandes para Él.

Podemos encomendar nuestros hijos a Dios y dejar que Él nos guíe en nuestra paternidad y obre en ellos para que no se aparten del camino estrecho que lleva a la vida, o podemos preocuparnos por ellos y temer que los lastimen o tomen decisiones equivocadas.

He intentado ambas cosas y le puedo asegurar que encomendárselos a Dios es por mucho la mejor opción. Nuestra fe y confianza se liberan a través de la oración y la confesión. Ore por sus hijos y diga lo que ora. Cuando toman decisiones que parecen oponerse a la voluntad de Dios, continúe confiando en Él. ¡Nunca le ponga límites de tiempo a la confianza!

Podemos orar por nuestros hijos y otros seres queridos de la misma manera en que el apóstol Pablo oró por aquellos que amaba y ministraba. Use este pasaje como ejemplo de cómo encomendar a sus seres queridos al cuidado de Dios:

“Y ahora, hermanos, os encomiendo a Dios, y a la

palabra de su gracia, que tiene poder para sobreedificaros y daros herencia con todos los santificados”.

Hechos 20:32

He aquí un ejemplo de cómo podemos crear nuestra propia oración personal a partir de este pasaje. Digamos que la persona por la que usted quiere orar se llama Samuel, y que en vez de preocuparse por Samuel y tratar de cambiarlo, usted ha llegado a un punto en el que está dispuesto a encomendárselo a Dios. Lo puede hacer con las siguientes palabras:

“Padre, te encomiendo a Samuel. Lo pongo bajo tu custodia y lo encomiendo a la Palabra de tu gracia.

Confío en que mantendrás a Samuel a salvo y llevarás una relación cercana y personal con él”.

Ahora, cada vez que sienta la tentación de preocuparse por Samuel, convierta la preocupación en una oración de agradecimiento porque Dios está obrando en la vida de Samuel.

Yo he visto ocurrir maravillas en las vidas de mis hijos cada vez que sigo este método. A veces oro basándome en extractos bíblicos específicos por uno u otro de mis hijos durante meses, y me ha sorprendido ver la obra de Dios. Ni la preocupación, ni el miedo, mueven la mano de Dios. Pero la fe, la confianza y el compromiso sí.

2. Preocupación por las finanzas

En la vida necesitamos dinero para sobrevivir, ¡pero parece que nunca hay suficiente! De nuevo, preocuparnos por los problemas no es la solución. Dios nos dice que llevemos los diezmos y las ofrendas al alfolí (la obra de su Reino) y que Él abrirá las ventanas del cielo para que sobreabunden las bendiciones. Él también reprenderá al devorador por nosotros (ver Malaquías 3:10–11). No podemos esperar cosechar si no hemos sembrado, así que lo primero es asegurarnos de que estamos siendo fieles para poder acercarnos Dios y orar con aplomo, esperando que todas nuestras necesidades sean satisfechas de acuerdo con sus riquezas (ver Filipenses 4:19). También necesitamos manejar nuestras finanzas con sabiduría.

Dios no nos ha prometido darnos todo lo que queramos, pero prometió satisfacer nuestras necesidades. Somos libres de pedir lo que queramos y Él ha prometido concedernos los deseos de nuestro corazón (ver el Salmo 37:4), pero esos deseos y anhelos no deben ser simples deseos carnales que no nos beneficien espiritualmente.

Dios ha provisto para nosotros durante muchos años, y su

nivel de provisión ha aumentado con el tiempo, pero definitivamente puedo decir que vivimos muchos años en austeridad. Dios no quiere que nos enfoquemos demasiado en cosas materiales, y en su sabiduría a menudo detiene lo que queremos obtener de inmediato, simplemente porque él tiene

algo mejor en mente para nosotros. Recuerde siempre que un retraso no es una negativa, y que debemos confiar en sus tiempos. Dios puede retener lo que creemos que queremos porque Él tiene en mente algo mejor para nosotros, algo que no estamos pidiendo en el tiempo presente porque no tenemos la claridad suficiente para hacerlo.

Menos preocupación por las finanzas y más sabiduría para usarlas correctamente, es una de las mayores necesidades de nuestra vida. La sabiduría hace en el presente lo que nos satisfará más adelante en la vida, pero nuestra sociedad nos empuja a llenarnos de deudas, ofreciéndonos muchas formas de comprar dejando el pago para después. Se llama crédito y cuanto más tengamos, más problemas financieros estamos creando. Cuando pagamos a crédito cosas que en realidad no podemos permitirnos, estamos gastando hoy la prosperidad de mañana y cuando llegue el mañana, no nos quedará nada, sino desolación.

Quisiera exhortarlo a que tenga paciencia mientras espera por aquello que desea, en vez de buscar caminos para obtenerlo de inmediato a pesar de lo que eso signifique para su futuro. Ahorrar dinero para pagar en efectivo las cosas que queremos también es una opción que se debe tomar en cuenta, pero muy poca gente lo hace.

¡La paz es mucho más valiosa que las posesiones! Cuando

tenemos una deuda agobiante, la paz nos abandona y pueden surgir problemas en nuestras relaciones. Cuando las finanzas no son bien manejadas, nos sentimos preocupados y presionados, lo cual a su vez ocasiona problemas en nuestras

relaciones. Si ya se encuentra endeudado, no le puedo dar una solución rápida, pero le prometo que si le da a Dios primero de forma diligente, comienza sistemáticamente a pagar su deuda, y se disciplina para no comprar lo que en realidad no necesita, poco a poco quedará libre de deudas y disfrutará de la alegría de la libertad financiera.

Siempre hay excepciones, pero la mayoría de las veces nuestro problema no es que no tenemos suficiente dinero, ¡sino que gastamos más dinero del que tenemos! No sea del tipo de persona que se siente con derecho a poseer bienes por los que no ha trabajado y que no se ha ganado. ¡Sea paciente y confíe en que Dios proveerá aquello que usted quiere, en el momento indicado!

3. Preocupación por nosotros y todo lo relacionado con nosotros

Esta es probablemente la preocupación número uno en todo el mundo. Tendemos a preocuparnos literalmente por cientos de asuntos que tienen que ver con nosotros. Nos preocupamos por nuestra salud. Si el doctor nos da un informe negativo, nuestra mente se llena inmediatamente de

pensamientos. ¿Aunque Dios ha provisto una gran cantidad de tecnología médica de punta, ¿debemos recordar que Jesús es nuestro Sanador! Él desea que confiemos en Él y sigamos sus consejos para nuestra salud.

Cuanto más envejezco, más saludable me siento, porque sigo aprendiendo sobre el cuidado de este cuerpo que Dios en su misericordia me ha dado. No podemos, por ejemplo, vivir

bajo un estrés constante y estar saludables. Cuando tenía treinta y tantos años siempre me sentía mal, pero ahora que estoy en mis setentas, ¡me siento bien casi todo el tiempo! Este cambio se lo atribuyo principalmente a hábitos alimenticios saludables, al hecho de haber aprendido a vivir con muy poco estrés y a confiar en que Jesús aplica sus

poderes de sanación en mí en todo momento. ¡No tenemos que esperar que la enfermedad aparezca para pedir sanación!

Tenemos el privilegio de confiar en que Dios nos mantenga sanos, lo cual es mejor que simplemente recibir su sanación cuando nos enfermamos.

Dios se deleita en cuidarnos. Si Palabra declara que Él se preocupa por todo lo que tiene que ver con nosotros:

“Jehová cumplirá su propósito en mí; tu misericordia, oh Jehová, es para siempre; no desampares la obra de tus manos”

Salmo 138:8

Somos su creación, sus hijos, y Él se compromete a cuidar de nosotros si se lo permitimos. Uno de mis versículos favoritos sobre el tema de la confianza en Dios se encuentra en 1 Pedro. Por favor, lea este pasaje cuidadosamente.

“Quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente”.

1 Pedro 2:23

Este único pasaje resume todo lo que quería decir en este libro. Podemos confiar en Dios en todo momento, de cualquier forma, con nosotros y con todo. Nada que le encomendemos está fuera de su control. A pesar del trato que recibió, Jesús no intentó cuidarse a sí mismo, sino que confiaba constantemente en que su Padre lo haría.

confiaba constantemente en que su Padre lo haría.

¿Cuánto estrés e infelicidad creamos en nuestra vida cuando intentamos que nos traten correctamente y que nadie se aproveche de nosotros? Creo que mucho más de lo que podemos imaginar. Ahora que vamos llegando al final del

libro, me gustaría preguntarle si usted se encuentra en un punto de su vida en el que está dispuesto a encomendarse

usted y todo lo que tenga que ver con usted a Jesús. ¿Se entregará a Él y se comprometerá completamente a obedecerlo en todo lo que Él le pida que haga, mientras confía en que Él cuidará de usted?

¿Cuánto de “usted” tiene usted en su mente?

Queremos saber quién cuidará de nosotros y nos preocupa si hará o no un buen trabajo. Si dependiéramos de otros, ¿nos tratarían bien? Nos preocupamos por lo que los demás piensan de nosotros, o si le gustamos o no. ¿Los estamos complaciendo? ¿Qué pasará en el mundo y cómo nos afectará a nosotros? ¿Perderemos nuestro empleo si la economía se hunde?

“¿Qué pasará conmigo?” es seguramente el temor más grande que tenemos, pero la buena noticia es que podemos dejar de preocuparnos ahora y saber que Dios cuidará de nosotros.

Pídale a Dios que le ayude a mantenerse fuera de su mente, porque mientras menos piense en usted mismo más feliz será. Mientras confiamos en que Dios cuida de nosotros, debemos

asegurarnos de ir plantando también buenas semillas ayudando a otros. Cada vez que ayudamos a alguien necesitado, sembramos semillas para recoger una cosecha de ayuda de Dios en nuestra vida.

Yo llegué a un punto en la vida, hace muchos años, en el que mi infelicidad era tan asfixiante que estaba dispuesta a ver

cualquier cosa que Dios quisiera mostrarme, simplemente para ser feliz. Es una larga historia, pero la versión corta es que

Él me mostró que yo era infeliz porque era egoísta. Pensaba en mí misma la mayor parte del tiempo y con mis excesivos esfuerzos por ponerme a resguardo le impedía a Dios hacerlo.

Dios quiere cuidar de nosotros, pero debemos encomendarnos a Él.

Encomiéndele todo a Dios

Encomendarnos a una persona o cosa quiere decir que nos entregamos completamente. Podemos encomendarnos a una persona o a un empleo. Estamos encomendados a nuestros amigos y familiares. Estoy encomendada al llamado de enseñar la Palabra de Dios. Pero sobre todo, debemos encomendarnos a Dios total y completamente, y pedirle que su voluntad sea hecha en nuestra vida. Un compromiso total no tiene fecha de expiración. Permítame sugerirle que haga diariamente una oración que dice más o menos así:

“Padre, me entrego de nuevo en tus manos. Confío en que cuidarás de mí en todo y de todas las formas. Guíame y dame la gracia de seguirte siempre. Si soy lastimada, confío en que me consolarás. Si me enfermo, confío en que me sanarás. Si tengo una necesidad, confío en que la satisfarás. Si no sé qué hacer, confío en que me lo mostrarás. ¡Soy tuyo y tú eres mío y confío en ti! En el nombre de Jesús, ¡amén!”.

¿Cómo podemos entregarle a Dios todo lo que tiene que

¿Como podemos entregarle a Dios todo lo que tiene que ver con nosotros, si no nos entregamos a Él completamente?

Tal vez como nosotros salvados por cristianos cuando aceptamos completamente a su cuidado? ¡Pienso que esta es nuestra

necesidad más urgente!

¡Nuestra mejor vida puede comenzar ahora si estamos dispuestos a poner todas nuestras preocupaciones en Jesús y dejar que cuide de nosotros!

“Echando toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros”.

1 Pedro 5:7

He disfrutado escribiendo este libro y oro para que usted disfrute al leerlo, pero también para que sea un libro al que usted regrese cuando renueve su compromiso de confiar en Dios, ¡en todas las cosas, en todo momento!

¿Tenemos una verdadera relación con Jesús?

¡Dios nos ama! Él nos creó para que seamos individuos especiales, únicos e irremplazables, y tiene un propósito y un plan específico para cada uno de nosotros. Y a través de una relación con nuestro creador (Dios) podemos encontrar una forma de vivir que realmente satisfaga nuestra alma.

Independientemente de quienes seamos, de lo que hayamos hecho, o de lo que seamos en este momento, el amor de Dios es más grande que nuestro pecado (nuestros errores). Jesús dio su vida voluntariamente para que pudiéramos recibir el perdón de Dios y tuviéramos una nueva vida en Él. Y solo espera que nosotros lo invitemos a ser nuestro Señor y Salvador.

Si usted está listo para encomendar su vida a Jesús y seguirlo, lo único que tiene que hacer es pedirle que perdone sus pecados y le dé un nuevo comienzo en la vida que Él tiene

preparada para usted. Comience con esta oración...

Señor Jesús, gracias por dar tu vida por mí y por perdonar mis pecados para que yo pueda tener una relación personal contigo. Me arrepiento sinceramente

por los errores que he cometido, y sé que necesito de tu ayuda para vivir correctamente.

Tu Palabra dice en Romanos 10:9: “Que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo”. Creo que tú eres el Hijo de Dios y confieso que eres mi Señor y Salvador. Tóname como soy, obra en mi corazón y hazme la persona que tú quieres que sea. Quiero vivir para ti, Jesús, y estoy muy agradecido de que hoy me des un nuevo comienzo y una nueva vida contigo.

¡Te amo, Jesús!

¡Es asombroso saber que Dios nos ama tanto! Él quiere tener una relación estrecha y profunda con nosotros, una relación que crezca cada día a través del tiempo de oración y

el estudio de la Biblia. Queremos animarlo en su nueva vida en Cristo.

Por favor visite joycemeyer.org/salvation para solicitar mi libro *A New Way of Living [Una nueva forma de vivir]* [disponible en inglés], el cual es un regalo para usted. También contamos con otros recursos en línea para ayudarlo a seguir la

vida que Dios le tiene preparada.

¡Felicitaciones por su nuevo comienzo en Cristo!

Esperamos saber de usted pronto.

~~SOBRE LA AUTORA~~

Joyce Meyer es una de las líderes y maestras bíblicas más reconocidas del mundo. Su programa diario *Disfrutando la vida diaria*, se transmite en cientos de canales de televisión y estaciones de radio a nivel mundial.

Joyce ha escrito más de cien libros motivacionales. Entre sus éxitos de ventas se encuentran *La batalla es del Señor*, *Conozca a Dios íntimamente*, *Controlando sus emociones*, *Adicción a la aprobación*, *Cómo oír a Dios*, *Belleza en lugar de cenizas* y *El campo de batalla de la mente*.

Joyce realiza conferencias todo el año para miles de personas en todo el mundo.

Joyce Meyer Ministries
P.O. Box 655 Fenton, MO 63026 EE. UU.
(636) 349-0303

Joyce Meyer Ministries Canadá
P.O. Box 7700 Vancouver, BC V6B 4E2 Canada
(800) 868-1002

Joyce Meyer Ministries Australia
Locked Bag 77 Mansfield Delivery Centre Queensland 4122
Australia
(07) 3349 1200

Joyce Meyer Ministries Inglaterra
P.O. Box 1549 Windsor SL4 1GT
United Kingdom 01753 831102

Joyce Meyer Ministries Suráfrica
P.O. Box 5 Cape Town 8000 South Africa
(27) 21-701-1056

NOTAS

1. “Trust”, *Webster’s Dictionary 1828*, edición en línea, <http://webstersdictionary1828.com/Dictionary/trust>.
2. “Trust”, Merriam-Webster.com, www.merriam-webster.com/dictionary/trust.
3. Dr. Erwin W. Lutzer, “WhoCanYouTrust?”, Moody Church Media, 2002, www.moodymedia.org/articles/who-can-you-trust/.
4. “Charles Dickens Quotes”, Goodreads, www.goodreads.com/quotes/18876-no-one-is-useless-in-this-world-who-lightens-the.
5. “John Bunyan Quotes”, Goodreads, www.goodreads.com/quotes/41980-you-have-not-lived-today-until-you-have-done-something.
6. “Saint Augustine Quotes”, BrainyQuote,

www.brainyquote.com/quotes/quotes/s/saintaugus108487.

7. Lee Strobel, “Why Does God Allow Tragedy and

Suffering?” CT Pastors,
<http://www.christianitytoday.com/pastors/2012/july-online-only/doesgodallowtragedy.html>.

8. “C. S. Lewis Quotes About Conscience”, A Z Quotes,
www.azquotes.com/author/8805-

9. C. S. Lewis/tag/conscience, Goodreads,
www.goodreads.com/quotes/24046-the-best-thing-about-the-future-is-that-it-comes.

10. “Charles Spurgeon Quotes” A Z Quotes,
www.azquotes.com/quote/1411293.

11. “Dietrich Bonhoeffer Quotes”, Goodreads,
www.goodreads.com/quotes/328974-judging-others-makes-us-blind-whereas-love-is-illuminating-by.

**Thank you for buying this ebook, published by
Hachette Digital.**

To receive special offers, bonus content, and news about our
latest ebooks and apps, sign up for our newsletters.

Sign Up

Or visit us at hachettebookgroup.com/newsletters